



**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES SEDE ACADÉMICA
MÉXICO**

**MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES
XVI PROMOCIÓN
2006 – 2008**

***Castillos de ARENA.*
Hegemonía y proyecto de derecha en El Salvador 1989-2004**

**Tesis que para obtener el grado de Maestro (a) en Ciencias Sociales
Presenta:**

Irene Lungo Rodríguez

Director de tesis:
Dr. Carlos Figueroa Ibarra

Seminario de tesis

Discurso, Subjetividades e Identidades Políticas

México, D. F. Agosto de 2008.

Resumen

El presente estudio es un esfuerzo por develar las principales características del proceso de institución de un nuevo orden social en El Salvador. En base al concepto de hegemonía, la investigación busca comprender la consolidación de un proyecto político “neoconservador” vinculado al partido ARENA, el cual ha logrado reconstruir la representación política de la elite empresarial y articular una propuesta social, política y económica de alcance nacional. Asimismo, se persigue delinear las principales características políticas y sociales de la posguerra salvadoreña, enfatizándose los elementos económicos, políticos, culturales e ideológicos que definen este período. Esta nueva etapa en la historia salvadoreña es inseparable de una reforma económica, orientada a la liberalización, y de una reforma política, que busca pacificar y democratizar a la sociedad salvadoreña: tales procesos constituyen el marco en el cual se desarrolla el proceso hegemónico estudiado. Proceso que deriva en la institución de un orden social que, si bien se fundamenta en la democracia liberal, conserva implícita la lógica excluyente que ha caracterizado históricamente al sistema político salvadoreño y establece límites importantes al proyecto político en la posguerra.

Abstract

The present work aims to disclose the main characteristics of a new social order's institution process in El Salvador. Taking as theoretic base the concept of hegemony, the research tries to understand the consolidation of the neo-conservative politic project of the ARENA party, which has managed to rebuild the political representation of corporative elites and to articulate a social, politic and economic proposal at national level. Also, the research aims to delineate the main politic and social characteristics of the Salvadorian post-war era, underlining the economic, politic, cultural and ideological elements which define the period. This new stage in Salvadorian history it's attached both with an economic reform, oriented to market liberalization, and with a social reform, which aims to pacify and democratize the Salvadorian society: these processes constitute the frame in which the studied hegemonic process develop. This process derives in the institution of a social order which, even while resort to the liberal democracy, conserves implicit the exclusive logic that has characterized the Salvadorian political system and state significant boundaries to the post-war political project.

Agradecimientos

La presente investigación se llevó a cabo gracias al invaluable apoyo de la Fundación Heinrich Böll y al Instituto Internacional de Educación-Fundación Ford, entidades que financiaron mi estancia en México y la posibilidad de desarrollarme académicamente. Asimismo me gustaría agradecer el apoyo que FLACSO me brindó estos dos años.

Quisiera agradecer a todas las personas que me ayudaron a empaparme del tema y a discutir sobre los procesos políticos salvadoreños, muchos de los cuales amablemente me concedieron agudas entrevistas. Destaca el apoyo y orientación del Dr. Figueroa Ibarra.

Especiales cariños a la comunidad de amigos y estudiantes latinoamericanos y latinoamericanistas que me acompañaron los dos años y con los cuales formamos una familia. Gracias a todos ustedes la estadía en México se convirtió en una rica experiencia de compartir conocimiento y sensibilidades ...

Finalmente quiero agradecer a mi madre América y a mi hermano Alejo, quienes siempre me han acompañado en todos los pasos de la vida... Y como siempre a Mario... cuyo amor y ejemplo me da la inspiración y la fuerza para estar acá.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I: HEGEMONÍA	17
1.1 TEORÍA DE LA HEGEMONÍA	19
<i>1.1.1 Hegemonía y visión de mundo</i>	<i>24</i>
<i>1.1.2 Hegemonía e ideología</i>	<i>26</i>
1.2 APORTES A LA TEORÍA DE LA HEGEMONÍA	28
<i>1.2.1 Crítica al “esencialismo”</i>	<i>30</i>
1.3 A MODO DE BALANCE.....	33
CAPÍTULO 2: CRISIS HEGEMÓNICA EN EL SALVADOR: GUERRA Y RECONFIGURACIÓN POLÍTICA	41
2.1 ANTECEDENTES: ESTADO OLIGÁRQUICO SALVADOREÑO	42
<i>2.1.1 Orígenes: el café</i>	<i>42</i>
<i>2.1.2 1932 y los militares en escena</i>	<i>44</i>
<i>2.1.3 Medio siglo de gobiernos militares (1931-1979)</i>	<i>47</i>
2.2 LA CRISIS POLÍTICA SE DESBORDA: LA GUERRA CIVIL	53
<i>2.2.1 Telón de fondo: los setenta</i>	<i>53</i>
<i>2.2.2 La guerra civil.....</i>	<i>57</i>
2.3 NUEVO ESCENARIO: PACIFICACIÓN, DEMOCRATIZACIÓN Y LIBERALIZACIÓN ECONÓMICA	64
CAPÍTULO 3: EN BUSCA DE LA HEGEMONÍA	70
3.1 ARENA: BÚSQUEDA DE LOS EMPRESARIOS POR CONFIGURAR UN PROYECTO HEGEMÓNICO.	72
<i>3.1.1 Politización de los empresarios</i>	<i>74</i>
<i>3.1.2 Constitución de ARENA</i>	<i>77</i>
<i>3.1.3 Elementos ideológicos.....</i>	<i>83</i>
3.2 CONTRAPARTE: EL FMLN SE INSTITUCIONALIZA	90
<i>3.2.1 De liberación nacional a negociación.....</i>	<i>91</i>
<i>3.2.2 FMLN como partido político</i>	<i>95</i>
CAPÍTULO 4: PROCESO HEGEMÓNICO: ARENA Y LA POSGUERRA .100	100

4.1	HEGEMONÍA NEOLIBERAL: CRISTIANI Y LA ARISTOCRACIA FINANCIERA.	
		102
4.1.1	<i>“El presidente de la Paz”</i>	106
4.2	EL MODELO DE DESARROLLO NEOLIBERAL SE PROFUNDIZA: CALDERÓN SOL	115
4.2.2	<i>Democracia y Privatizaciones</i>	122
4.3	HEGEMONÍA EN CRISIS. FRANCISCO FLORES	128
4.3.1	<i>El retorno del Miedo</i>	138
4.4	LA FRAGILIDAD DE UN ORDEN SOCIAL EXCLUYENTE	142
	CONCLUSIONES	144
	BIBLIOGRAFÍA	150
	ANEXOS	159

Índice de cuadros y gráficas

Cuadro No. 1: Incremento en los efectivos de las Fuerzas Armadas, Paramilitares e Insurgentes durante la primera mitad de la década de 1980	59
Cuadro No.2. Resultados electorales de ARENA durante la década de los ochenta.	82
Cuadro No 3. Vínculos entre organizaciones guerrilleras y frentes de masas durante la década de los ochenta.	93
Cuadro No. 4: Tasa de Crecimiento económico El Salvador 1985-1994	103
Cuadro No. 5: El Salvador 1990-1994. Ingreso por remesas y exportaciones (en millones de dólares)	104
Cuadro No. 6: Tasa de Crecimiento económico El Salvador 1989-1999	120
Cuadro No. 7: Variación en los votos obtenidos por ARENA y el FMLN durante las elecciones de 1994 y 1997	121
Cuadro No.8: Porcentaje de votos obtenidos por ARENA y el FMLN en elecciones municipales y legislativas 1997-2003	131
Cuadro No.9: Apoyos legislativos a los gobiernos salvadoreños 1989-2003	132
Cuadro No. 10: Análisis político del CIDAI durante la gestión presidencial de Francisco Flores	137
Gráfico No. 1: Tasa de crecimiento económico en El Salvador 1971-2005	130

Introducción

“Buscamos propiciar... un gran acuerdo entre los sectores fundamentales que intervienen en la productividad económica: los trabajadores y los empresarios como fuerzas directamente productivas, y el Gobierno como regulador de las normas indispensables para que la economía funcione, reduciendo el papel del Estado a lo estrictamente necesario, bajo el principio de subsidiariedad, para que se garantice la armonía y el desarrollo social”

Alfredo Cristiani

(Discurso de toma de posesión, 1 de junio de 1989)

La historia política salvadoreña se encuentra plagada de altibajos, crisis y esfuerzos de reconfiguración. Desde la fundación del Estado oligárquico hacia finales del siglo XIX se han presenciado numerosos acontecimientos, entre los que destacan, casi cinco décadas de gobiernos militares, importantes movilizaciones sociales, fuertes represiones, numerosos golpes de Estado, otros tantos esfuerzos por democratizar el sistema político y una cruenta guerra civil, entre otros. Asimismo, se han llevado a cabo distintos esfuerzos por establecer proyectos hegemónicos en el país, unos con más éxito que otros, pero todos con un carácter marcadamente excluyente y autoritario. Las debilidades de un sistema político fundamentado en este carácter, toma su punto más álgido durante las últimas décadas del siglo pasado, cuando la crisis política decanta en la confrontación armada en el seno de la sociedad salvadoreña.

En los orígenes del Estado salvadoreño se encuentra un proyecto político de carácter oligárquico cafetalero desarrollado hacia finales del Siglo XIX. Así, se plantea un vínculo directo entre gobierno y familias cafetaleras que inicia en 1870 y perdura hasta 1931. Durante los primeros años de la década de los treinta se da la primera ruptura en el sistema político del país, cuando el General Hernández Martínez entra en escena a partir de un golpe de Estado en 1931. Con el arribo de este personaje al poder estatal se institucionaliza el uso de la violencia como mecanismo privilegiado de control social y político en el país. De tal suerte que en 1932 se desarrolla una revuelta indígena-campesina de gran envergadura en el occidente del país, frente a lo cual el Gral. Hernández Martínez ordena la masacre de entre 10 000 y 30 000 indígenas, a los cuales vincula con el *comunismo*¹. Este

¹ No existe un acuerdo entre los historiadores sobre la cifra exacta de los indígenas y campesinos masacrados en los días posteriores a la Revuelta. Las estimaciones transitan entre 10, 000 (Anderson,

momento constituye un punto de inflexión en la historia política del país. A partir de entonces, además de profundizarse el carácter excluyente del sistema político, se abre paso a una serie de gobiernos militares que, sin desvincularse de la oligarquía, controlan el Estado durante casi medio siglo².

Luego de casi cinco décadas de gobiernos militares, hacia finales de los años setenta, el proyecto político dirigido por las Fuerzas Armadas colapsa, generando así, una crisis política inédita en el país; la cual, pone en evidencia los límites de un régimen incapaz de legitimarse frente a la sociedad y de incorporar a diferentes sectores dentro de un proyecto de país (Gordon, 1989). A nivel político, la crisis se expresó fundamentalmente en tres elementos, primero en la ruptura de la coalición entre oligarquía y militares que había perdurado durante casi cincuenta años, excluyendo así, a la elite económica del control del Estado; segundo en el ascenso de movilizaciones sociales y en la estructuración de organizaciones revolucionarias de carácter político militar y; finalmente, en la posterior rearticulación de los sectores económicamente dominantes dentro de un nuevo proyecto político.

Para la década de los ochenta dos polos se enfrentan militarmente. Así, con el estallido de la guerra civil emergen dos proyectos que disputan la hegemonía de la nación. De un lado, se desarrolla un proyecto revolucionario encabezado por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Del otro lado, desde el Estado se desarrolla un proyecto constrainsurgente, el cual, integra al Partido Demócrata Cristiano, al gobierno de los Estados Unidos y a las Fuerzas Armadas. En este marco, comienza a gestarse un proyecto político alternativo que, en el fondo, deriva en el proceso de reconstrucción de la representación política de la elite empresarial en torno al partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA).

Hacia el final de una convulsionada década de guerra civil ARENA obtiene la presidencia de la república. De esta forma, luego de casi sesenta años, se asiste al retorno de la elite económica al control directo del aparato estatal. Paralelo a ello, se abre un nuevo capítulo en la historia del país, caracterizado por el desarrollo de un

2001) y 30 000 (Gordon, 1989). Por otra parte, cabe destacar que a partir de entonces se construye un imaginario en torno al comunismo que permeó la política salvadoreña, y que continua vigente en los discursos políticos hasta la actualidad, aún y cuando han pasado más de quince años desde la caída del muro de Berlín y de los países socialistas de la Europa del Este.

² Tal como se señala en el segundo capítulo del presente trabajo, este período no constituye una fase homogénea, por lo cual no se puede hablar de una “dictadura militar”. Sin embargo, si se pueden observar suficientes elementos de continuidad entre los diferentes gobiernos presididos por los militares (Walter y Williams, 1993); lo cual permite ubicar dicho período como un bloque dentro de la historia salvadoreña.

doble proceso de reforma, uno de carácter económico y otro político (Ramos, 2002). Cabe destacar que, si bien se trata de procesos relacionados, éstos no se plantean ni desarrollan de manera interdependiente o coordinada (Boyce, 1999). Así, mientras el proceso de reforma económica se ejecuta desde el gobierno salvadoreño presidido por ARENA; la reforma política deriva de un complejo proceso de negociación de larga data entre distintos actores de la sociedad, en el cual el proyecto insurgente juega un papel fundamental (Wood, 2000).

Así, ligado al ascenso de ARENA al poder y a la consolidación del modelo neoliberal en el mundo, en el país se lleva a cabo una reforma económica de corte neoliberal que, además de transformar el modelo de acumulación imperante en el país (Albiac, 2002), redefine el rol del Estado en la sociedad. De esta forma, este proceso deriva en la implementación de un nuevo modelo basado en la promoción de las exportaciones no tradicionales agrícolas e industriales –incluyendo la maquila- y de las actividades relacionadas con los servicios y el comercio; sustituyendo así, el modelo económico agroexportador (Segovia, 2005:17). Por otra parte, hacia 1992 con la firma de los Acuerdos de Paz, culmina un largo proceso de negociación y reforma política en El Salvador. Se trata del primer esfuerzo de concertación y diálogo en la historia del país, el cual, además de concluir una larga guerra civil, persigue establecer las bases para democratizar el sistema político salvadoreño. Los Acuerdos de Paz constituyen un intento de consolidar un proceso de pacificación sustentable; sin embargo, éstos no discuten sobre el futuro de las políticas económicas, lo cual deriva en el predominio del modelo neoliberal durante el período de reconstrucción de la posguerra (Van der Borgh, 2000: 36).

Más de quince años después de firmados los Acuerdos de Paz, ARENA mantiene el control del gobierno salvadoreño, mientras ha profundizando un modelo económico coherente con los principios de liberalización de la economía. Es decir, en El Salvador de posguerra se han implementado una serie de políticas económicas de corte neoliberal. En este marco llama la atención que el proceso de consolidación de dicho modelo se ha llevado a cabo, aún cuando emerge un importante actor político de oposición en la posguerra, lo cual manifiesta la capacidad del bloque aglutinado alrededor de ARENA para dirigir los procesos políticos y económicos dentro de la sociedad salvadoreña³.

³ En este marco, el FMLN, luego de un proceso de inserción al sistema político como partido legal, se vuelve un actor político clave de oposición, tornándose así, en la segunda fuerza electoral. No

Dentro de este escenario surge el interés por encontrar claves sobre el proceso de consolidación de ARENA y su esfuerzo para dirigir los procesos económicos y políticos en El Salvador. Es decir, la presente investigación persigue identificar y analizar algunos elementos del proceso hegemónico que se lleva a cabo durante los primeros años de la posguerra salvadoreña. Se trata de un proceso inscrito dentro de un escenario enmarcado en una aguda crisis política y caracterizado por abruptos cambios; en el cual, la elite empresarial reconstruye su representación política en torno a dicho partido y se configura en un proyecto político sólido.

Esto pone sobre la mesa el concepto de *hegemonía*, el cual permite dar cuenta de la consolidación de proyectos políticos dentro de períodos históricos definidos. Se propone así, el uso de un marco analítico que permite aproximar a procesos de institución de un determinado orden social, el cual aborda distintos componentes políticos, culturales, económicos e ideológicos que intervienen en el mismo. Plantear al proceso de consolidación de ARENA como un proceso hegemónico, permite dar cuenta de la complejidad implícita en el mismo. Así, en la presente investigación este actor, más que como partido político, se aborda como proyecto político. Es decir, éste se concibe como producto de un proceso, en el cual, un sector de la sociedad busca incorporar a otros sectores superando sus intereses corporativos, esto le permite presentarse como “fuerza nacional”; lo fundamental dentro de este proceso radica en las pretensiones de control estatal que orienta la creación del mismo (Gaspar Tapia, 1989).

Asimismo, el marco conceptual en torno a la noción de hegemonía, permite esbozar algunos elementos de corte cultural e ideológico que intervienen dentro del proceso de constitución de un determinado orden social. De esta manera, se puede orientar la investigación hacia la forma en que los proyectos políticos desarrollan una visión de mundo encaminada a legitimarse en el sistema político, acá, la ideología establece un puente entre esta concepción y los procesos políticos más inmediatos. De ahí el interés en el componente ideológico dentro del presente estudio.

La pertinencia del abordaje de los procesos políticos salvadoreños a la luz de la teoría de la hegemonía, radica en las potencialidades que este marco analítico brinda para esbozar la complejidad de los factores que intervienen dentro de un proceso particular de rearticulación del orden social. En el fondo, se buscan pistas

obstante, éste no ha sido capaz de acceder al poder central o a controlar el poder legislativo, elemento que limita su injerencia sobre las principales políticas que se desarrollan en el país.

sobre el proceso de instauración del modelo de desarrollo neoliberal en el país. De tal suerte, se incorporan al análisis aquellos elementos de corte cultural e ideológico que, además, se encuentran vinculados a las transformaciones económicas y políticas referentes al proceso señalado. Por otra parte, estudiar el proceso hegemónico durante la posguerra, brinda luces sobre algunas características particulares de la dinámica política salvadoreña. Así, permite identificar algunos elementos sobre el desarrollo del proceso de democratización, pacificación y cambio en las relaciones sociales en dicho país, mientras arroja datos sobre las relaciones entre los diversos actores durante el período en cuestión.

Esta labor se vuelve fundamental en un país, caracterizado históricamente por la exclusión y la represión, cuyo punto más álgido se manifestó durante la recién pasada guerra civil. En este marco, el proceso de democratización y pacificación que cristaliza en los Acuerdos de Paz constituye un parteaguas en la historia del país, en el cual, por primera vez se abren espacios de participación social y política. En este sentido, identificar las principales características del proceso hegemónico permite matizar los alcances y límites de este proceso encaminado a transformar la lógica del sistema político y las relaciones sociales a su interior. Por otra parte, la importancia de este estudio deriva de reconocer que éste se ubica ante una sociedad con elevados índices de desigualdad económica y social, frente a lo cual la implementación de la reforma económica de corte neoliberal ha profundizado esta situación⁴. Es decir, el modelo de desarrollo económico propuesto por el proyecto político en estudio, lejos de disminuir la histórica brecha de desigualdad, la ha exacerbado, lo cual, contrasta con la capacidad de dicho proyecto de situarse en una posición privilegiada en el sistema político salvadoreño. La búsqueda de respuestas a esta cuestión deberá integrar componentes de tipo político, cultural e ideológico que permitan dar cuenta de procesos sumamente complejos.

Frente al interés por abordar el proceso hegemónico durante la posguerra, la presente investigación plantea, como hipótesis principal, que ARENA ha conseguido mantener su posición privilegiada en el escenario político salvadoreño y como rector de las decisiones políticas y económicas del país, fundamentado en el proceso de reforma económica neoliberal –en sus implicaciones económicas y políticas- y en la

⁴ Según el Informe de Desarrollo Humano del PNUD del año 2003 para El Salvador, la diferencia entre el quintil más rico y el más pobre en dicho país aumentó en un 24% en el año 2000 con respecto a 1992, reflejando el aumento de la brecha de desigualdad en el país durante la primera década posterior a los Acuerdos de Paz. (PNUD, 2003: 14)

apropiación discursiva del proceso de reforma política. Ambos procesos dotan de sustento económico y político al proyecto, mientras permiten el desarrollo de una serie de elementos ideológicos que hábilmente combinan elementos conservadores con aquéllos de corte neoliberal. De esta forma destaca el uso político de elementos como la *libertad*, la *democracia* y el *miedo* en la legitimación del proyecto político.

De manera complementaria a la hipótesis principal, se plantean otras dos hipótesis. En primer lugar, se considera que el contexto internacional y nacional en que se desarrolla el proceso hegemónico fue favorable para el desarrollo del mismo. Se trata de un proceso ligado al ascenso del neoliberalismo en el contexto mundial, al fin de la guerra fría, a la derrota del régimen sandinista y al auge de los procesos de transición a la democracia en América Latina, entre otros. En este marco, un proyecto ligado al modelo neoliberal y que, al menos en términos formales, defiende la democracia cuenta con legitimidad dentro del escenario político internacional. Por otra parte, el proyecto se inscribe en un país agotado por casi una década de guerra civil, en el que las promesas de cambio y seguridad adquieren una impresionante potencialidad interpelatoria dentro de la sociedad.

En segundo lugar, se plantea que los sectores aglutinados alrededor del partido ARENA tienen la capacidad de conformar un proyecto político sólido. En efecto, hacia la segunda mitad de la década de los ochenta una serie de elementos, entre los que destacan el auge de un proyecto contrasurgente reformista que excluye a la elite económica de las decisiones gubernamentales y la consolidación de un proyecto revolucionario que cuestiona los fundamentos de la riqueza de dicha elite, decantan en la consolidación de un proyecto político fuerte y con importante base social. Esto constituye un requisito fundamental en la conformación de un proyecto hegemónico dentro de un país determinado.

En base a las hipótesis apuntadas, la presente investigación propone analizar el desarrollo de dicho proyecto político durante el período 1989-2004. La temporalidad corresponde a los tres primeros períodos presidenciales consecutivos en manos del partido ARENA. Cabe destacar que, el proyecto aglutinado en torno a dicho partido, asume por primera vez el poder en 1989 y continua vigente hasta la actualidad. Si bien el año 2004 corresponde a última elección presidencial llevada a cabo hasta la fecha -en la cual dicho partido volvió a resultar electo-, el período 2004-2009 no se aborda en la presente investigación en la medida que no constituye un mandato finalizado durante la elaboración de la misma. Por otra parte, la unidad

de análisis está constituida por el proyecto político, no obstante, esta categoría resulta difusa como referente empírico. Por esta razón, aún cuando el proyecto no se limita a una estructura partidaria, el análisis toma como punto de referencia a ARENA, reconociendo los riesgos implícitos en dicha reducción.

Se trata además, de un proyecto político de derecha. Al respecto, se reconoce que la noción *derecha* conlleva algunas dificultades semánticas desde su nacimiento en la Revolución Francesa. Sin embargo, existe un acuerdo mínimo en la línea divisoria entre izquierda y derecha que permite ubicar al objeto de estudio de la presente investigación hacia la derecha. Tanto la elite empresarial como los otros sectores, se cohesionan mediante una serie de valores que, según Fediakova, constituyen el rasgo fundamental de la derecha. Así, el proyecto político, abordado en el presente estudio, expresa una serie de actitudes políticas orientadas al mantenimiento del status quo, un anhelo al poder para mantener el orden y las jerarquías establecidas y conservar el establishment político- económico (Fediakova, 2003: 38-39). Por otra parte, se reconoce que este proyecto no agota las expresiones de derecha dentro del sistema político nacional; al respecto destaca la vigencia durante la posguerra del Partido de Conciliación Nacional (PCN), el cual se funda en un intento por renovar el proyecto político militar durante la década de los sesenta. No obstante, en la medida que los valores referido de derecha –expresado además en un virulento anticomunismo- constituyen el principal punto de encuentro de los diversos sectores que establecen la alianza y, reconociendo en ésta un esfuerzo que va más allá de la conformación de un partido político, en la presente investigación se hará referencia a un *proyecto político de derecha*.

Por otra parte, se considera que la hegemonía constituye un proceso abierto y relacional, frente a lo cual se vuelve fundamental incluir dentro del análisis al principal proyecto contrahegemónico. Se trata del FMLN que, luego de los Acuerdos de Paz, se convierte en un partido político legal y durante la posguerra se convierte en el partido de oposición más importante dentro del naciente sistema democrático. Este actor tiene capital importancia dentro de la historia reciente del país, no solo por su papel como proyecto político capaz de aglutinar en torno a sí a diferentes sectores opuestos a un sistema político y económico profundamente excluyente, sino también, constituye el principal referente frente al cual se construye el proyecto político de derecha. De esta manera, en el presente estudio se analizan algunas de las

características más importantes del papel que juega este actor con relación a los procesos abordados.

Una vez definido el problema de investigación, las hipótesis que dirigen el estudio y la delimitación espacio- temporal, se propuso una estrategia metodológica de carácter cualitativo. Ésta contempla una serie de fases que brindan luces en la comprobación de las hipótesis apuntadas. La primera etapa consiste en una extensa revisión bibliográfica y documental sobre los procesos políticos más relevantes del país. El objetivo fundamental radica en la posibilidad de identificar los rasgos más importantes tanto del marco histórico-político como del período analizado, conservando al problema de investigación como hilo conductor. Para ello, se ubicaron y sistematizaron libros y artículos de carácter académico, documentos que registran análisis de coyuntura –entre los que destaca el boletín Proceso⁵- y otras fuentes escritas de opinión, entre otros.

A continuación se lleva a cabo una etapa de diagnóstico en El Salvador. Dicha fase busca identificar los principales elementos a partir de los cuales el proyecto político de derecha se legitima e impulsa una determinada visión de mundo. Para ello, se realizaron once entrevistas semiestructuradas dirigidas a dos grupos. El primero de ellos integrado por actores claves en la política salvadoreña, tanto a miembros del proyecto de derecha, como a miembros de otros partidos y organizaciones políticas. Asimismo se entrevistó a diferentes académicos y analistas especializados en los procesos políticos del país⁶.

Una vez identificadas las temáticas privilegiadas en el proceso hegemónico, se seleccionaron una serie de documentos oficiales y/o elaborados por ARENA con el fin de extraer y analizar los componentes ideológicos más relevantes que operan dentro del proceso hegemónico. Cabe destacar, que se privilegiaron los documentos que se producen en los puntos álgidos del período identificados a partir de la revisión documental y bibliográfica, tales como los Acuerdos de Paz, períodos electorales y de cambio de gobierno. Tanto la etapa de diagnóstico, como la de análisis

⁵ El Boletín Proceso es un semanario editado por el Centro Universitario de Documentación e Información (CIDAI) de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) el cual “sintetiza y selecciona los principales hechos que semanalmente se producen en El Salvador y los que en el extranjero resultan más significativos para nuestra realidad, a fin de describir las coyunturas del país y apuntar posibles direcciones para su interpretación.”

⁶ La pauta de las entrevistas, los criterios de selección y la lista de entrevistados se incluyen como anexo.

documental persiguen identificar de los componentes culturales e ideológicos del proceso de construcción de hegemonía durante la posguerra salvadoreña.

El presente trabajo se encuentra estructurado en cuatro capítulos. El primero, de carácter teórico-conceptual, se enfoca en la discusión sobre una teoría de la hegemonía. Se trata de un debate que parte de la propuesta conceptual gramsciana e incorpora algunas revisiones y discusiones contemporáneas en torno al concepto, lo fundamental acá, radica en argumentar la pertinencia y potencialidades de un marco analítico fundamentado en la categoría de hegemonía. Por otra parte, se problematiza en torno a la relación entre hegemonía, ideología y visión del mundo. Este elemento permite desarrollar una categoría de hegemonía más precisa en relación con nociones como ideología o visión de mundo, con las cuales, no pocas veces se ha confundido (Acanda, 2007). Finalmente, definir el vínculo entre estas categorías permite establecer un marco que oriente la sistematización y el análisis del material empírico y documental que sirve de fundamento para la investigación.

El segundo capítulo esboza las principales características del sistema político durante el Siglo XX, en función del problema de investigación. De tal suerte, se enfatiza en aquellos procesos que permiten establecer el marco en el cual se inserta el proceso hegemónico que se desarrolla durante la posguerra. Asimismo, se busca dar cuenta de la crisis política que se desborda en la década de los setenta en El Salvador, en la cual, la crisis del proceso hegemónico abre la puerta a la búsqueda de diferentes alternativas de reconstrucción del espacio político salvadoreño. Este momento constituye el telón de fondo en el cual se inscribe el surgimiento del proyecto político de derecha, de ahí su importancia para la presente investigación. Cabe destacar que no se trata de una reconstrucción histórica en sentido estricto, sino más bien en problematizar sobre los aquellos elementos que fungen como telón de fondo para el análisis de la problemática central de la investigación.

Una vez establecido el marco histórico- político, se plantea un capítulo enfocado en el proceso de articulación y consolidación del proyecto de derecha. En el fondo se analiza el proceso mediante el cual diferentes sectores de la sociedad se politizan y formulan un *proyecto político*. Así, durante la década de los ochenta se asiste a un proceso de politización de los sectores empresariales y el desarrollo de un proyecto político aglutinado en torno al partido ARENA que, hacia finales de la década, se vuelve una opción política viable dentro del sistema político salvadoreño. Para ello, el análisis se orienta hacia los actores que lo integran, los principales

puntos de quiebre y recomposición y el fundamento ideológico implícito en el proyecto político. Por otra parte, este capítulo también esboza las principales características del principal proyecto contrahegemónico en el país. Así, aproximarse al FMLN se vuelve una referencia obligada en el análisis de la hegemonía, el cual constituye un proceso eminentemente relacional.

El último capítulo hace referencia al proceso de construcción de hegemonía durante los primeros quince años gobernados por ARENA. Con base al análisis bibliográfico y documental se busca dar cuenta de las principales características políticas, económicas y sociales en el país durante el período central del análisis: 1989-2004. Se trata de un trabajo de reconstrucción que privilegia aquellos elementos relacionados con el proceso hegemónico. Por otra parte, en base al análisis de documentos elaborados por el partido ARENA, se persigue identificar las principales características de dicha propuesta política, así como los elementos ideológicos implícitos en la misma. El balance entre los resultados de ambas revisiones, aunado al análisis de las entrevistas constituye la base sobre la cual se estudian y matizan los alcances y límites del proyecto hegemónico dirigido por la derecha en el país.

Capítulo I: Hegemonía

El presente capítulo pretende abordar y debatir elementos de la teoría gramsciana de la hegemonía, labor que busca establecer un marco que oriente la discusión en torno a los procesos políticos de la posguerra salvadoreña. En efecto, el interés de la presente investigación radica en encontrar algunas claves sobre los procesos de transformación política en El Salvador luego de una aguda crisis política y una cruenta guerra civil; frente a lo cual, destaca la utilidad de la noción de hegemonía, que permite dar cuenta de las transformaciones socio políticas en un momento histórico determinado. Es decir, pensar en dicha categoría resulta pertinente en la medida que abre la puerta a pensar en un horizonte histórico dinámico y así dar cuenta del cambio social (Zizek, 2003: 7).

Asimismo, el objetivo primordial de la investigación radica en ubicar algunas respuestas sobre la forma en que se ha configurado el espacio político a partir de la implementación de un modelo económico orientado a liberalizar la economía y de los procesos de democratización y pacificación en El Salvador. Para ello, el marco conceptual referente a la hegemonía constituye un aparato analítico que permite comprender el proceso de institución de un orden social determinado, su soporte cultural, así como sus límites. Tal y como señala Acanda, el aporte de la teoría de la hegemonía radica en poner sobre la mesa la importancia de los factores culturales en la estructuración y reproducción del poder y en su esfuerzo por destacar la interrelación orgánica entre lo político, lo cultural, lo ideológico y lo económico (Acanda, 2007: 12).

En este sentido, se trata de una teoría generada en torno a los procesos de institución de un orden social que establece un vínculo entre las relaciones de poder y elementos de corte económicos y culturales. En este marco, destaca el papel conferido dentro de la teoría hegemonía a los elementos culturales e ideológicos. Esto permite una aproximación a la forma en que se desarrolla una visión de mundo que sustenta el proceso hegemónico y los elementos ideológicos que permitan identificar aquellos elementos que legitiman el poder dentro de dicho proceso (Eagleton, 2005). En este sentido, el presente capítulo también abordará el debate en torno a las nociones de visión de mundo e ideología, conservando a la hegemonía como concepto articulador.

En síntesis, el debate en torno a la teoría de la hegemonía permite orientar la investigación sobre el proceso de construcción de un proyecto hegemónico en El Salvador. Particularmente, sirve de soporte conceptual en la búsqueda de pistas sobre las raíces, el soporte ideológico, los alcances y los límites del proyecto político de derecha; el cual, a partir del último año de la década de los ochenta, se configuran en un proyecto hegemónico mientras buscan instituir determinado orden político y social en dicho país.

La conceptualización desarrollada por Antonio Gramsci constituye el punto de partida en el abordaje teórico de la hegemonía. Aún cuando el concepto de hegemonía surge en los debates de la socialdemocracia rusa hacia finales del Siglo XIX⁷, es hasta con la obra gramsciana que dicha noción adquiere carácter científico (Portantiero, 1998: 282). En efecto, Gramsci no solo redefine la noción, sino que da un giro conceptual que conlleva a hablar propiamente de una teoría de la hegemonía, la cual se extiende desde su referencia original como mecanismos de emancipación de la clase trabajadora, hasta convertirse en un concepto que abarca los procesos de estructuración y reproducción de una sociedad concreta (Anderson, 1977). En este sentido, reconocemos en Gramsci a un teórico clásico y, como sostiene Alexander, los clásicos condensan diversas tradiciones, simplifican y facilitan la discusión teórica a la vez que constituyen un punto de referencia fundamental que hace inteligible las elaboraciones posteriores (Alexander, 2006: 43-44).

Durante la segunda mitad del siglo XX se presencian numerosos debates en torno a la obra gramsciana, los cuales estuvieron plegados de ambigüedades que derivan de las condiciones en que ésta fue escrita⁸ (Anderson, 1977). Dentro de los debates se puede distinguir aquellos de corte teórico de otros orientados a la práctica política; en torno a esta amalgama de discusiones, también se desarrollaron numerosas interpretaciones contrapuestas entre sí (Acanda, 2007). Burgos distingue dos períodos en los cuales el trabajo de Gramsci se ha hecho presente en el

⁷ Perry Anderson ha ubicado el surgimiento de dicho concepto en el seno del movimiento social demócrata ruso (1890-1917). Sostiene que Plejanov lo usó por primera vez frente a la necesidad de plantear la lucha política –y no meramente económica- contra el zarismo por parte de la clase trabajadora. Posteriormente dejó de usarse en la URSS, sin embargo sobrevivió en los documentos de la Internacional Comunista y fue recuperado en la Tercera Internacional de donde, según este autor, Gramsci la tomó y redefinió (Anderson, 1977: 15-18)

⁸ Las claves de la conceptualización gramsciana sobre hegemonía se encuentran en *Los cuadernos de la cárcel*, escritos entre 1926-1937, momento en el cual Antonio Gramsci se encontraba en prisión. Esto explica ciertas ambigüedades y el uso de palabras cifradas en la obra del pensador italiano (Acanda, 2007).

pensamiento latinoamericano. Un primer momento, que va de 1950 a 1975, en el cual la discusión adquirió un carácter más político que teórico y, el segundo, a partir de 1975, que corresponde a la discusión académica de la obra del pensador italiano (Burgos, 2002). Durante esta etapa las ideas de Gramsci son reinterpretadas en función del contexto en el que se encontraba sumergida la región y en el cual el concepto de hegemonía aparece como categoría privilegiada de análisis⁹.

En este marco el presente capítulo parte del análisis de la propuesta teórica de Gramsci respecto al concepto de hegemonía, así como los debates posteriores en torno al mismo. Es decir, aún cuando se reconoce la importancia de la producción intelectual de corte político que deriva de la obra gramsciana, el énfasis se establecerá en torno al debate académico y teórico de la hegemonía. De esta manera, en el capítulo se esbozan los principales postulados gramscianos en torno a los conceptos referidos, así como algunos debates en torno a los mismos desarrollados por diferentes autores que siguen la misma tradición, cuyos avances y discusiones enriquecen la teoría de la hegemonía y la complejizan a la luz de los procesos actuales. Esta labor permite problematizar sobre algunos elementos que orientarán el análisis del caso empírico en cuestión.

Por otra parte, este capítulo también analiza el vínculo entre hegemonía, visión de mundo e ideología; lo cual responde a la forma en que se plantea el abordaje del caso empírico. En efecto, lo que interesa es poder visualizar el proceso de construcción de hegemonía durante los primeros años de la posguerra salvadoreña, así como aproximarse a algunos elementos ideológicos y culturales que sustentan dicho proceso.

1.1 Teoría de la hegemonía

Gramsci construye una teoría de la hegemonía a partir de una serie de relaciones dicotómicas entre categorías. Se trata de un marco conceptual en el cual la noción de hegemonía se encuentra imbricada a la relación entre Estado y Sociedad civil desarrollada por dicho autor. Sin embargo, tal y como señala Anderson, se trata de

⁹ El segundo período señalado se caracterizó por el auge de la producción latinoamericana en torno a los procesos de democratización, que luego de las dictaduras del cono sur ocupaban la preocupación fundamental en unas sociedades que necesitaban reconstruirse (De Riz y De Ípola, 1998).

una relación problemática que deriva en una serie de ambigüedades que explican algunas dificultades en su concepción de hegemonía. Así, dentro de los *Cuadernos de la Cárcel* se pueden distinguir tres modelos en torno a la relación entre Estado y Sociedad Civil; el primero separa al Estado de la sociedad civil y la hegemonía quedaría en el segundo ámbito; en el segundo, ambos elementos se encuentran en equilibrio lo cual ubicaría a la hegemonía en los dos ámbitos y, finalmente un tercer modelo en el cual la sociedad civil y el Estado están fundidos en una unidad, al igual que la hegemonía (Anderson, 1977: 22). Pese a las contradicciones que derivan de un sistema categorial ambiguo, se reivindica la existencia de una teoría sobre la hegemonía en los escritos gramscianos.

Dentro de la teoría de la hegemonía, esta noción es planteada como una dirección política, intelectual y moral por parte de un determinado grupo social frente a los demás grupos que conforman una sociedad concreta (Gramsci, 2002). Siguiendo la lógica dicotómica que subyace en el pensamiento gramsciano, la hegemonía se compone de dos elementos complementarios. Así, por una parte se encuentra la orientación política que corresponde a la acción práctica, por la otra parte, destaca el carácter intelectual y moral que vincula a la hegemonía con elementos de tipo cultural e ideológico, agrupadas por el autor bajo la categoría de filosófico (Gramsci, 2000: 99). Al respecto, Mouffe señala que dentro del concepto gramsciano se distingue de un lado el aspecto propiamente político, que consiste en la capacidad que tiene una clase dominante de articular sus intereses a los de otros grupos, convirtiéndose así en el elemento director de una voluntad colectiva. Mientras de otro lado señala el aspecto de la dirección intelectual y moral, que indica las condiciones ideológicas que deben ser cumplidas para que sea posible dicha voluntad colectiva (Mouffe, 1998: 130). Esta vinculación entre práctica y teoría, o bien, entre política y filosofía logra su punto culminante cuando se construye hegemonía en una sociedad.

En el texto titulado *Algunos temas sobre la cuestión meridional*, aparece por primera vez aplicado el concepto de hegemonía en los escritos de Gramsci. Se trata de la propuesta política del autor frente a la Italia de principios del Siglo XX, caracterizada por una ruptura entre un norte industrializado y el sur con amplia base social campesina y por la debilidad de la burguesía italiana, entre otros factores:

“El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el

capitalismo y el estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las relaciones de clase existentes en Italia, en la medida en que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas” (Gramsci, 1998: 307).

A partir de este fragmento se puede empezar a delinear algunas características importantes del concepto en cuestión. En primer lugar, destaca la díada *dirigente – dominante*; a continuación se distingue la idea de acción como punto central del concepto, en tanto se trata de dirigir –o en este caso movilizar- y; finalmente, se observa la importancia que el autor le confiere a la obtención de *consenso* como elemento central de la hegemonía.

Retomando el primer punto, cabe destacar que dentro de la elaboración conceptual de Gramsci aparece de manera recurrente una construcción dicotómica que relaciona la idea de *dirección* a la de *dominación*. Una somera mirada muestra como se van tejiendo una serie de conceptos contrapuestos en torno a esta relación fundamental. Así, por una parte, vinculado a la idea de dirección encontramos categorías como consenso, momento universal y hegemonía; por la otra parte se ubican sus opuestos correspondientes: fuerza, momento individual y dictadura o autoridad, estos últimos vinculados estrechamente a la idea de dominación (Gramsci, 2002: 36). Vemos entonces, como la hegemonía constituye una noción relacionada no solo a la idea de dirección, sino también a la de consentimiento y a momento universal.

De esta manera, un primer acercamiento nos muestra que el concepto en cuestión va un paso más allá de la idea de dominación mediante el uso de la fuerza. Es decir, la teoría de la hegemonía constituye una herramienta analítica que permite abordar los procesos de estructuración y reproducción social, en los cuales las relaciones de poder ya no se reducen a la coerción. Al contrario, la hegemonía se torna una orientación que permite cohesionar a una determinada sociedad, en tanto se constituye como proceso vinculatorio capaz de dotar de carácter universal a un determinado proyecto político.

Sin embargo, resulta necesario matizar la relación entre hegemonía y dominación. En el fondo, al igual que la relación problemática entre Estado y sociedad civil referida, la relación entre hegemonía y dominación también presenta ambigüedades. Esto se refleja en distintos pasajes de la obra gramsciana, en los cuales a la vez que se presenta como una relación contrapuesta también expresa un

vínculo complementario. En el fondo, el corte analítico entre ambas nociones no es tan clara en la realidad. Gramsci, a partir del análisis de la experiencia italiana del Risorgimiento, ejemplifica la forma en que la disyunción entre dominio y hegemonía no implica una separación radical, mientras destaca la posibilidad que en determinado momento histórico se dé dominio directo, hegemonía o un momento mixto en el cual ambos se combinen formando así el Estado (Gramsci, 2000: 61).

Por otra parte, la hegemonía implica la división entre un grupo dirigente y grupos dirigidos dentro de una sociedad. Este elemento constituye una premisa analítica fundamental para entender las relaciones políticas conceptualizadas por Gramsci. Se trata de una división que además se encuentra vigente al interior de los grupos sociales, dotando así de complejidad a las relaciones sociales. Esto revela la existencia de diferentes niveles de hegemonía en un momento determinado; en efecto, la hegemonía no solo se puede desarrollar a nivel nacional, sino que también se puede llevar a cabo un proceso hegemónico tanto dentro de los mismos grupos sociales, como en el nivel de las relaciones internacionales (Gramsci, 2001: 35).

En el caso de una relación hegemónica el grupo dirigente necesita desarrollar un sector de *intelectuales*, que constituyen el puente entre éste y el grupo dirigido. En efecto, estos serán los encargados de determinar y organizar la reforma moral e intelectual básica para que se de la hegemonía. La relación entre dirigentes y dirigidos, tiene que pasar por ese momento de universalización a fin de posibilitar el intercambio entre ambos actores. En este sentido, los intelectuales fungen como actores claves en la articulación social dentro de un determinado bloque social.

El vínculo relacional entre dirigentes y dirigidos en la tradición gramsciana constituye la llave para entender en qué consiste la idea de consenso, el cual se logra cuando ambos actores logran establecer un vínculo de carácter universalizante. Se trata de lo que Gramsci denomina una relación pedagógica, es decir una relación de reciprocidad entre dirigentes y dirigidos, clave para que se establezca un vínculo orgánico, que mediado por la política posibilite la creación de un bloque social y cultural. El autor sostiene que para poder establecer un vínculo orgánico entre dirigentes y dirigidos -que en última instancia posibilite a la hegemonía misma-, resulta necesario superar la fase económico- corporativo, que constituye una de las etapas de la historia de las agrupaciones sociales, las fases subsiguientes son aquellas de lucha por la hegemonía en la sociedad civil y fase estatal (Gramsci, 2001: 98).

En efecto, la hegemonía es posible cuando se han superado determinadas fases previas y se llega a un momento que el autor denomina *estrictamente político*. Éste se caracteriza por la capacidad de un determinado grupo de superar sus intereses corporativos y, así, absorber los intereses de otros grupos subordinados. Solo de esta manera surge una unidad intelectual y moral que al tornarse universal posibilite la hegemonía. Lo fundamental entonces, reside en la capacidad del grupo dominante de coordinar con los intereses generales de los grupos subalternos, elemento que implica desplazar en alguna medida los intereses de los mismos dirigentes. Tal y como lo señala Gramsci en el siguiente fragmento:

“El hecho de la hegemonía presupone, sin duda, que se tengan en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejercerá la hegemonía, que se constituya un cierto equilibrio de compromiso, o sea que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico corporativo, pero también es indudable que tales sacrificios y el mencionado compromiso no pueden referirse a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política no puede no ser también económica, no puede no tener su fundamento en la función decisiva que ejerce el grupo dirigente en el núcleo decisivo de la actividad económica” (Gramsci, 1998: 353).

Para Gramsci la hegemonía implica entonces un proceso que deriva del momento estrictamente político. Es decir, se superan los intereses corporativos haciendo posible establecer un consenso entre dirigentes y dirigidos. Sin embargo, la subordinación de los elementos corporativos que se vinculan con componentes económicos no implica que éstos se encuentren excluidos dentro de un proceso hegemónico. Al contrario, Gramsci reivindica el papel de las estructuras económicas como parte integral de la hegemonía.

Se puede plantear entonces, que una hegemonía abarca elementos políticos, culturales, económicos e ideológicos, los cuales se encuentran estrechamente interrelacionados formando una totalidad dentro de un momento histórico determinado (Gramsci, 2002: 11). Por otra parte, la hegemonía constituye un proceso abierto. En efecto, la búsqueda de consensos implica la continua negociación entre el grupo dirigente y el dirigidos, lo cual además de explicar el surgimiento de contrahegemonías, dota de un carácter eminentemente conflictivo e inacabado a los procesos políticos y sociales.

1.1.1 Hegemonía y visión de mundo

Uno de los aportes más valiosos de la concepción gramsciana radica en el reconocimiento del papel que juegan los elementos culturales dentro del proceso hegemónico. Esta cuestión orienta la mirada hacia una noción clave dentro de la teoría de la hegemonía: la visión de mundo. Se trata de un componente primordial dentro de una concepción abierta e integral de la hegemonía, el cual se encuentra estrechamente relacionado con los otros elementos que forman parte del proceso hegemónico. Así, Gramsci sostiene que una visión de mundo está ligada a un programa de reforma económica, a la vez que ésta es precisamente la manera concreta en que una visión de mundo se presenta en la sociedad (Gramsci, 2002: 11). Por otra parte, el autor señala que cuando una visión de mundo se manifiesta en prácticas sociales entonces se establece el vínculo entre ésta y los componentes ideológicos de la hegemonía (Gramsci, 2001: 16).

Toda hegemonía supone siempre una unidad intelectual y una ética conforme a una determinada concepción de la realidad. Se trata de una visión de mundo que constituye una orientación promovida por un grupo social, la cual deriva en la capacidad por parte de éste de imponer una forma de ver el mundo. Lo fundamental radica en la capacidad de promover una visión de mundo que sea entendida por los grupos dominados como conforme a un interés general. Se puede decir entonces que si la hegemonía implica una concepción de mundo, esta última deberá implicar dicha coordinación intelectual y moral (Gramsci, 2001: 20).

“La realización de un aparato hegemónico, en cuanto crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento, es un hecho de conciencia, un hecho filosófico... en cuanto se logra introducir una nueva moral conforme a una nueva concepción del mundo, se concluye por introducir también tal concepción, es decir, se determina una completa reforma filosófica” (Gramsci, 2001: 48).

Para Gramsci una determinada concepción de mundo se conforma como una posible elección entre distintas posibilidades. En este sentido, constituye una construcción concreta de carácter colectiva e históricamente referida, en tanto pertenece siempre a un determinado agrupamiento y contiene a todos los elementos sociales que participan de un mismo modo de pensar y de obrar (Gramsci, 2001: 12). La concepción de mundo está conformada por componentes filosóficos –entendidos como una reforma moral e intelectual-, políticos y la económicos. Estos tres

elementos constitutivos se encuentran estrechamente interrelacionados, formando un círculo homogéneo que deriva en un todo integral y complejo (Gramsci, 2001: 97). En tanto constituye una unidad integral, la concepción de mundo se manifiesta tanto en una actividad práctica como en una voluntad colectiva.

Esto refleja como dentro de la conceptualización de visión de mundo continúa vigente la combinación de los dos niveles fundamentales desarrollados en la obra de Gramsci, un nivel práctico ligado a la política y un nivel cultural e ideológico. De acá deriva una concepción holística de la sociedad, en la que se puede ver como se supera el tradicional debate dentro de la tradición marxista entre estructura y superestructura. En efecto, ahora lo político, lo cultural y lo económico no se ven como componentes disgregados, al contrario conforman una unidad y solo así se explica la conformación de la hegemonía en una sociedad determinada.

La visión de mundo constituye una unidad coherente que deriva de un proceso histórico en el cual uno de los grupos sociales que conforman la sociedad se torna dirigente. Asimismo, para que una concepción del mundo se vuelva hegemónica, es decir, se imponga frente a otras resulta necesario que ésta controle a otras concepciones o elementos de otras concepciones (Gramsci, 2003: 12). Gramsci señala que las visiones de mundo se difunden de manera gradual. Sostiene además, que se trata de un proceso que a la vez que sustituye lo viejo, puede combinar elementos viejos con otros nuevos. Lo fundamental dentro del proceso de difusión de una nueva concepción de mundo radica en que ésta sea reconocida y apreciada al menos en general por los intelectuales y por el grupo expositor (Gramsci, 2001: 24).

En este sentido, la visión de mundo refleja algunos elementos sociales de dicho grupo social sin reducirse a éstos. Se trata de una combinación de nuevos significados, prácticas y formas de relación con elementos tradicionales que han sido resignificados y son efectivos en el presente, es decir, lo que Williams denomina elementos emergentes y residuales (Williams, 1980) que, al entremezclarse reflejan el carácter dinámico y abierto de este proceso.

En el fondo, se trata de una concepción dinámica e histórica de hegemonía y visión de mundo. La posibilidad de difundir nuevas concepciones de mundo y aún más, de concebir a la hegemonía como proceso abierto, permite pensar en una sociedad que debe ser continuamente renovada, recreada, defendida y modificada (Williams, 1980). Se trata de una conceptualización historicista de lo social y lo

político, lo cual se contraponen a una concepción estructuralista que dan cuenta de procesos de más larga data.

1.1.2 Hegemonía e ideología

Dentro de la teorización gramsciana existe un fuerte vínculo entre las nociones de ideología y la hegemonía, lo que a menudo se presta a confusiones e incluso se ha llegado a reducir a la hegemonía a mera la lucha ideológica (Acanda, 2007: 166). Resulta necesario entonces establecer la diferencia entre ambos conceptos. En el fondo, la hegemonía constituye un proceso social total que incluye el elemento ideológico y va más allá. Es decir, la ideología constituye solamente un elemento dentro de una noción más amplia que también implica procesos políticos y económicos. En palabras de Gramsci, la diferencia entre ambas concepciones estriba en el carácter universal y consensual de la hegemonía, frente a un carácter más inmediato y circunscrito de la ideología (Gramsci, 2001: 195). Eagleton, quien ahonda en las implicaciones de la ideología dentro de la concepción gramsciana sintetiza muy bien la relación descrita:

“La hegemonía, pues, no sólo es una forma de ideología eficaz, sino que podemos distinguir entre sus diferentes aspectos ideológicos, culturales, políticos y económicos. La ideología se refiere específicamente al modo en que se libran las luchas de poder en el nivel determinante y, aunque esta determinación está implicada en todos los procesos hegemónicos, no siempre es el nivel dominante por el que se mantiene el gobierno” (Eagleton, 2005: 153).

Una vez apuntada la diferencia entre ambas categorías, y reconociendo a la ideología como una parte integral de la hegemonía, se pasa a delinear con mayor detalle la definición gramsciana del primero. En primer lugar, cabe destacar que para Gramsci las ideologías no se reducen a simples sistemas de ideas o creencias, ni se pueden equiparar a la idea de “falsa consciencia”, mientras su valor radica en el papel que juegan en la organización de la sociedad (Gramsci, 2001: 57-58). Se trata entonces de ideologías operantes en la conformación de un poder político. Eagleton sostiene que con Gramsci se dio la transición crucial de la concepción de ideología como sistema de ideas a ideología como una práctica social auténtica y habitual. En síntesis, con este marco conceptual se amplía y enriquece la noción otorgándole un cuerpo material y una vertiente política (Eagleton, 2005: 155).

Emerge así, una concepción de ideología que se encuentra intrínsecamente relacionada con el componente económico y cultural de la hegemonía. Para Gramsci esta categoría constituye la forma concreta que toman las fuerzas materiales dentro de un bloque histórico (Gramsci, 2001: 58). Por otra parte, la ideología juega un papel mediador entre la hegemonía como proceso total y la visión de mundo que deriva del mismo. Así, ésta funge como cemento que unifica a todo el bloque social, tornándose históricamente necesarias (Gramsci, 2001: 16). Es decir, la ideología permite cohesionar procesos sociales, económicos y políticos en un determinado momento; de ahí que se conforme como una categoría integradora, objetiva y operante.

“En cuanto históricamente necesarias, éstas tienen una validez que es validez “psicológica”; “organizan” las masas humanas, forman el terreno en medio del cual se mueven los hombres, adquieren conciencia de su posición, luchan, etc. En cuanto arbitrarias, no crean más que “movimientos” individuales, polémicas, etc.” (Gramsci, 2001: 58).

La ideología funge como elemento que posibilita el desarrollo de una determinada hegemonía al vincular a lo político con lo cultural. En este sentido, la hegemonía implica el desarrollo de una determinada ideología que opere como instrumento de dominación. Tal y como sostienen Laclau y Mouffe, el liderazgo intelectual y moral supone que hay un conjunto de ideas o valores que son compartidos por varios sectores e, implica además, una voluntad colectiva que a través de la ideología pasa a ser el cemento orgánico de un bloque histórico (Laclau y Mouffe, 2004: 101). En este sentido, la ideología se torna el terreno en el cual se constituyen las relaciones de dominación entre los grupos.

Laclau y Mouffe, van un paso más allá al sostener que ideología para Gramsci constituye un todo orgánico y relacional encarnado en aparatos e instituciones (Laclau y Mouffe, 2004: 101). En este sentido, la ideología como articulador toma forma corpórea y se traduce en una serie de instituciones sociales. Por otra parte, Mouffe sostiene que, si bien las ideologías necesitan una inscripción institucional, no pueden ser reducidas a ella ya que las ideologías no son segregadas por las instituciones en las cuales se encarnan y, es por esa razón precisamente, que la hegemonía no puede limitarse al control de los aparatos ideológicos (Mouffe, 1998).

En la medida que la ideología opera como mediador dentro del proceso hegemónico, expresándose en una serie de instituciones y prácticas sociales

concretas, se debe tener cuidado de no reducir esta categoría a su componente discursivo. Al respecto, De Riz y De Ípola sostienen que lo ideológico no se agota en este ámbito, sino que también sienta base en las costumbres, tradiciones e instituciones (De Riz y De Ípola, 1998: 58), así lo ideológico lejos de superponerse a lo social, lo atraviesa y lo constituye como tal.

Nos encontramos entonces, frente a un concepto de ideología operante dentro de los procesos socio políticos. Éste a su vez permite aproximarse a las relaciones de poder dentro del proceso de construcción de una hegemonía. Por otra parte, establecer el vínculo entre estas dos categorías de análisis permite abordar el tema organizacional, en relación tanto a instituciones como a los espacios discursivos, cuestión que permitirá orientar la presente investigación.

1.2 Aportes a la teoría de la hegemonía

Durante la segunda mitad del siglo pasado tuvieron auge distintos debates e interpretaciones sobre en la problemática de la hegemonía en la obra de Gramsci¹⁰. Sin pretender agotar la discusión, en este apartado se abordarán algunos aportes desarrollados en esta línea, labor que permitirá identificar elementos útiles a fin de delinear mejor el concepto de hegemonía en función de sus aportes y limitantes para el abordaje de nuestro objeto de estudio.

Desde la academia estadounidense se han discutido y utilizado elementos de la teoría de la hegemonía esbozada por Gramsci. Destacan los aportes desarrollados por la Escuela los Sistemas Mundiales, la cual aborda la problemática partiendo de una conceptualización gramsciana de hegemonía, en la cual, ésta se opone a la mera dominación física o de la idea de supremacía. En general, el análisis de la hegemonía es abordado por la Escuela de los Sistemas Mundiales en dos niveles. El primero apunta a las relaciones económicas interestatales, mientras el segundo implica las relaciones políticas intra estatales (Taylor, 1994: 364). Esta corriente privilegia la primera dimensión, en la cual la hegemonía explica las relaciones internacionales

¹⁰ Entre la abundante bibliografía al respecto se puede mencionar a Anderson, Perry. 1977. *The antinomies of Antonio Gramsci*. New Left Review No 100. Inglaterra; Portelli, Huges. 2003. *Gramsci y el Bloque Histórico*. Siglo XXI Editores. México; Mouffe, Chantal. 1979. *Hegemony and ideology in Gramsci*. Londres; Bobbio, Norbert. 1977. *Gramsci y la concepción de sociedad civil*. Grijalbo.

jerárquicas y la difusión de determinados patrones de desarrollo a partir de un poder hegemónico central (Chasse-Dunn, 1994: 361).

En general, este enfoque pone énfasis en relaciones macro, elemento que permite dimensionar las relaciones políticas, económicas y culturales a nivel mundial, a costa, sin embargo, de los análisis particulares. En este sentido, el principal aporte de esta escuela radica en el énfasis en la dimensión global que asumen las relaciones hegemónicas y su papel en el ordenamiento de las relaciones internacionales. Enriqueciendo mediante el desarrollo de trabajos empíricos el debate en torno a esta concepción.

Dentro de los aportes latinoamericanos destaca una serie de debates desarrollados principal aunque no exclusivamente desde el cono sur. Tal como se señaló, a partir de la segunda mitad de la década de los setenta, la región presencia el auge en la producción académica latinoamericana en torno a la obra gramsciana. Sin pretender limitar la dimensión de la producción latinoamericana, destaca la realización de un seminario denominado *Hegemonía y Alternativas Políticas en América Latina* en México hacia principios de los años ochenta, el cual persigue condensar años de debate.

Entre los académicos de la región que forman parte de estas discusiones destaca Portantiero, cuyo esfuerzo se orienta a esbozar una concepción de hegemonía que se pueda vincular con los procesos políticos latinoamericanos. Dicho autor sostiene que la hegemonía constituye una ordenación particular e irrepetible de elementos simbólicos y materiales con los cuales una cultura política se organiza institucionalmente (Portantiero, 1982: 54). Lo fundamental acá es entender a la hegemonía como principio ordenador. Otros elementos de su postura se extraen de la definición que dicho autor exploya sobre acción hegemónica:

“Acción hegemónica sería aquella constelación de prácticas políticas y culturales desplegadas por una clase fundamental, a través de la cual logra articular bajo su dirección a otros grupos sociales mediante la construcción de una voluntad colectiva que, sacrificándolos parcialmente, traduce sus intereses corporativos en universales. Esto implica un proceso de constitución política de las que clases que no puede ser visto fuera de un análisis de las relaciones de fuerza, de la historia de las prácticas sociales expresadas en un nivel organizacional” (Portantiero, 1998: 282).

El aporte de Portantiero introduce dentro del debate la importancia de la dimensión organizacional dentro de una configuración hegemónica. El autor plantea que la hegemonía no puede ser concebida únicamente como configuración ideológica o

como agregado de comportamientos individuales que acatan la legitimidad de un orden en el sentido funcionalista de internalización de valores, sino que implica necesariamente una dimensión organizacional. Tal y como se evidencia en el siguiente fragmento:

“La hegemonía implica necesariamente una dimensión organizacional: no hay producción de hegemonía sin desarrollo de instituciones o aparatos, sin una práctica estructurada materialmente, de lucha ideológica, cultural y política” (Portantiero, 1998: 282).

La dimensión institucional u organizacional enfatizada por Portantiero, funge como puente conector entre los elementos de corte cultural con aquellos de carácter económico. Este elemento resulta fundamental en la medida que pone sobre la mesa la importancia del análisis de la organización política como referente empírico de la hegemonía.

1.2.1 Crítica al “esencialismo”

Dentro de las revisiones de la teoría de la hegemonía destaca la obra realizada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Aún cuando los autores también parten del marco conceptual esbozado por Gramsci, la propuesta da un giro sustancial respecto a éste. En el fondo Laclau y Mouffe buscan complejizar la teoría de la hegemonía al incorporar en el análisis elementos del psicoanálisis, mientras redefinen elementos con la intención de dar cuenta de las relaciones sociales en un contexto posindustrial. Interés muy a tono con las transformaciones mundiales de finales del siglo pasado y que captó el interés de muchos teóricos que no encontraban en los paradigmas tradicionales respuesta para dichos cambios.

A nivel general, para los autores el concepto hegemonía se torna el concepto central del análisis político. Es decir, la hegemonía opera como eje articulador de la política. Por otra parte, dentro de esta perspectiva, lo político no constituye un elemento separable de lo social, más bien se conforma como elemento estructurante de lo social y ontología del mismo:

“Nuestro enfoque se funda en privilegiar el momento de la articulación *política* y la categoría central del análisis político es, en nuestra perspectiva la *hegemonía*... Su condición inherente es que una fuerza social *particular* asuma la representación de una *totalidad* que es radicalmente inconmensurable en ella. Este tipo de “universalidad hegemónica” es el único que una comunidad política puede alcanzar” (Laclau y Mouffe, 2004: 10).

Una vez revelada la importancia conceptual atribuida a la hegemonía, los autores redefinen el concepto. Para ello parten de la revisión del concepto de hegemonía en la tradición marxista, dentro de la cual reconocen en la obra de Antonio Gramsci un parteaguas en el desarrollo teórico de dicha tradición, en la medida en que es a partir de su teorización que comienza a visualizarse la hegemonía como un concepto relacional y vinculatorio. Sin embargo, Laclau y Mouffe se proponen ir más allá, para ello problematizan sobre dos elementos propios de la teorización marxista que según ellos dotan de carácter esencialista al análisis. El primero de ellos se refiere a la noción de clase social como elemento explicativo de los procesos sociales, mientras el segundo apunta hacia la concepción de historia como un continuo necesario a través de etapas. Así, cuestionando estos dos supuestos pretenden construir una conceptualización que incorpore complejidad y el elemento contingente al análisis de la política y lo social.

“Lo que está actualmente en crisis es toda una concepción del socialismo fundada en la centralidad ontológica de la clase obrera... el carácter plural y multifacético que presentan las luchas sociales contemporáneas ha terminado por disolver el fundamento último en el que se basaba este imaginario político, poblado de sujetos “universales” y constituido en torno a una historia concebida en singular” (Laclau y Mouffe, 2004: 26).

La ruptura con la importancia conferida a las clases sociales, conllevó a vincular al concepto de hegemonía con el de identidades no esencialistas. Así, la hegemonía en tanto concepto relacional implicaría la formación de identidades no determinadas por la pertenencia de clases, en este sentido la constitución de sujetos políticos no coincidiría con la idea de agentes preconstituidos (Laclau y Mouffe, 2004: 90). Mediante dicho desplazamiento el concepto de hegemonía se fundamenta en la idea de *articulación*, la cual constituye una práctica que enfatiza en el posible carácter relacional e identidad de elementos que componen la sociedad. Asimismo, la práctica articuladora deriva en lo que los autores denominan un discurso, entendido éste como esa totalidad que resulta de dicha práctica, mediante un proceso en el cual los *elementos* se transforman en *momentos* a través de la articulación de posiciones diferenciales (Laclau y Mouffe, 2004: 143). Para los autores la esencia de la articulación consiste en lo siguiente:

“En la medida en que toda identidad es relacional pero el sistema de relación no consigue fijarse en un conjunto estable de diferencias; en la medida en que todo discurso es subvertido por un campo de discursividad que lo desborda; en tal caso la transición de los elementos a momentos no puede nunca ser completa...la práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan

parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad” (Laclau y Mouffe, 2004: 153-154).

Cabe señalar acá, que para Laclau y Mouffe un discurso tiene existencia objetiva. En este sentido se encuentran cercanos a la concepción gramsciana que sostiene que las ideologías no son simples sistemas de ideas, sino que se encarnan en instituciones o rituales. Esto resulta fundamental en tanto para nuestro análisis se recupera la importancia que tienen las ideologías y las concepciones de mundo que fundamenta la estructuración de un orden político en un período histórico determinado. Otro elemento central para entender la hegemonía bajo esta perspectiva lo constituye la idea de *antagonismo*. Así, resulta necesario un momento articulador que brinde la posibilidad misma de hegemonía, y esta articulación se verifica a través de un enfrentamiento con prácticas antagónicas. De esta forma continúan manteniendo la centralidad del conflicto dentro del análisis de la hegemonía y la política.

Aun cuando Laclau y Mouffe retienen elementos centrales de la propuesta gramsciana tales como el carácter relacional, conflictivo y abierto de la hegemonía, se puede observar que el desplazamiento conceptual referido conlleva consecuencias importantes sobre dicha noción y sus potencialidades analíticas. Encontramos fuertes implicaciones en el intento de los autores en combatir lo que ellos denominan el “supuesto de unicidad del espacio político” (Laclau y Mouffe, 2004). En el fondo, los autores están en contra de pensar en una práctica hegemónica primordial en la estructuración de la sociedad, frente a lo cual advierten que dentro de una sociedad se pueden reconocer una variedad de puntos nodales o relaciones hegemónicas. En este sentido, la hegemonía pasa a implicar simplemente un tipo de relación política, lo cual resulta problemático en tanto impide distinguir niveles diferenciados y jerarquías entre las distintas relaciones políticas que se desarrollan en un contexto determinado. Es decir, las relaciones de poder y la influencia de determinados centros hegemónicos quedan diluidos y anulados en una conformación social determinada.

Este desplazamiento conceptual que lleva a identificar la hegemonía como un simple tipo de relación política también vacía a la noción de su contenido histórico, elemento fundamental en la conceptualización gramsciana. Así, además de diluir las relaciones de poder al punto de perder de vista la diferencia entre los elementos

vinculados al poder político –es decir, al poder que interviene en la estructuración de la sociedad-, vacía el concepto al tornarlo extremadamente abarcativo y ahistórico.

Otra implicación deriva de la crítica al esencialismo, es decir, de eliminar del análisis de la hegemonía a las relaciones de clase. Esto conlleva a ignorar el papel que han jugado los grupos económicamente dominantes en la conformación de las visiones de mundo y, en la estructuración y reproducción de un orden político, elemento que ha sido central en América Latina. Frente a ello, se considera necesario tomar en cuenta este elemento para el análisis que nos ocupa, lo cual lejos de negar la complejidad de las relaciones sociales actuales, ayuda a visualizar las matices concretas que adquieren los procesos de estructuración social en los países latinoamericanos y en El Salvador, donde numerosos estudios revelan el papel de las clases dominantes en la configuración de las relaciones políticas¹¹.

1.3 A modo de balance

La teoría de la hegemonía, planteada por Antonio Gramsci y enriquecida por numerosos autores, constituye una herramienta analítica sólida y con grandes potencialidades para un abordaje del caso empírico en cuestión. Se trata de un marco conceptual que da cuenta de la institución y reproducción de un determinado orden social, mientras permite integrar elementos económicos, políticos, culturales e ideológicos dentro de este proceso. Este elemento permite el acercamiento a distintas variables que se intervienen dentro de los procesos sociales. En este sentido, la hegemonía constituye un concepto multidimensional que condensa una pluralidad compleja de elementos (De Riz y De Ípola, 1998: 46). Lo cual posibilita incorporar en el análisis una serie de componentes constitutivos de la misma, en distintos niveles, y no perder de esta manera la complejidad inherente a la sociedad. Por otra parte, la concepción gramsciana de bloques históricos incorpora el cambio social al análisis, mientras ubica a los procesos de estructuración y reproducción de la

¹¹ Para mayor información al respecto véase: Albiac, Dolores María Dolores. 2002. “Los ricos más ricos de El Salvador” En Cardenal, Rodolfo; González, Luis Armando. *El Salvador: la transición y sus problemas*. UCA Editores. El Salvador Alvarenga, Patricia: *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. 1996. EDUCA San José; Fonseca, Elizabeth: *Centroamérica: Su Historia* 1996. EDUCA- FLACSO. San José; Vilas, Carlos (coord.).1994. *Mercado, Estados y Revoluciones. Centroamérica 1950-1990*. UNAM. México DF. Entre mucha otra bibliografía que ahonda al respecto.

sociedad en un momento determinado de la historia¹². De ahí su pertinencia para el abordaje de un proceso hegemónico concreto dentro de la historia salvadoreña.

No obstante, se considera fructífero problematizar algunos elementos la teoría de la hegemonía a la luz de los procesos y transformaciones de las últimas décadas. En la actualidad emerge un nuevo escenario –en el cual se incorpora El Salvador– caracterizado por el auge del mercado como ente articulador de la sociedad y en el cual los límites de lo político se redefinen en función de una racionalidad socioeconómica de corte neoliberal.

En este marco vale la pena orientar la mirada hacia algunos elementos de la teoría brevemente expuesta. En primer lugar destaca la importancia de la base social en la constitución de un proceso hegemónico. Este elemento se torna fundamental en el análisis de los procesos políticos dentro de una sociedad como la salvadoreña, la cual se ha desarrollado históricamente bajo un rígido esquema jerárquico, manifiesto en las profundas brechas sociales que continúan vigentes.

Otra cuestión fundamental deriva de reconocer tres niveles en los cuáles opera la hegemonía. En un primer nivel, encontramos el desarrollo de un proceso hegemónico al interior de los grupos sociales, en el cual un determinado sector busca superar sus intereses corporativos y así incorporar a otros sectores. Cabe destacar que este proceso constituye un requisito fundamental en la conformación de lo que acá se denomina proyecto político. En efecto esta categoría se torna una herramienta útil en el abordaje del problema empírico que corresponde a la presente investigación. Siguiendo a Gaspar Tapia, un proyecto político es aquel que, desarrollado por una fuerza social determinada, persigue el control estatal. Se trata de una pretensión que involucra a otras fuerzas sociales a fin de conformar un bloque social hegemónico, para lo cual, se requiere que la fuerza social desborde sus marcos corporativos y se presente como una fuerza “nacional”, es decir, como una interpelación dirigida al conjunto de la sociedad (Gaspar Tapia, 1989: 40).

Una vez conformado al menos un proyecto político dentro de una sociedad, se puede llevar a cabo el segundo nivel en el que se dan los procesos hegemónicos. Se trata de la búsqueda por hegemonizar el espacio nacional, para lo cual resulta necesaria la existencia de uno o más proyectos políticos que persigan dirigir a la sociedad conforme a un proyecto particular que se presenta como “nacional”. El

¹² Para una discusión a fondo sobre la idea de bloques históricos en Gramsci, véase Portelli, Hugues. 2003. *Gramsci y el Bloque Histórico*. Siglo XXI Editores. México

tercer nivel en que se desarrollan los procesos hegemónicos enmarcan y desbordan los dos niveles previamente referidos. Se trata del nivel de las relaciones internacionales, trabajado agudamente por la Escuela de los Sistemas Mundiales. La importancia de este macro nivel en el análisis de la estructuración de las sociedades nacionales, deriva de la creciente complejización de los nexos entre los distintos países, lo cual ha tornado difusas las fronteras nacionales (Acanda, 2007: 165). Esto fortalece el papel de un centro hegemónico supranacional en la conformación y límites de las hegemonías de los países.

Por otra parte, una dificultad de la teoría de la hegemonía deriva de la relación ambigua entre dominación y consenso. Anderson apunta que el uso de hegemonía por Gramsci es inconsistente; así, a veces se señala una oposición irreconciliable entre ambas categorías, mientras en otras ocasiones parece mostrar a la hegemonía como síntesis de coerción y consenso (Anderson, 1977). Frente a los límites difusos entre ambas nociones, se considera que la institución de un orden político –que pasa por el control del Estado–, implica necesariamente la presencia de elementos coercitivos. Es decir, en una configuración hegemónica intervienen tanto elementos coercitivos como aquellos orientados a establecer consensos dentro de la sociedad. En general, se presencia la coexistencia de ambos elementos. Una hegemonía es a la vez dominante y dirigente. Así, aún cuando un régimen político exprese con más fuerza el carácter dominante, para ser sólido y duradero –es decir, para estructurar y reproducir un orden político– debe tener cierto grado de consentimiento de sus subordinados (Eagleton, 2005: 156). Del otro lado, hay que tener cuidado de no confundir un proceso hegemónico con la mera adquisición del poder del Estado. Se trata pues de la síntesis entre consenso y coerción, en la cual prima el carácter consensual de la hegemonía -ligado al elemento universalizante-.

El carácter universalizante -señalado por Gramsci y reivindicado por algunos de sus discípulos-, constituye uno de los elementos más importantes para entender como opera la hegemonía. En todo proceso hegemónico se persigue universalizar una determinada visión de mundo. Es decir, se naturalizan determinados esquemas de división social y ciertas disposiciones que permiten que un determinado orden político se instituya y se reproduzca; lo cual corresponde a lo que Bourdieu ha denominado violencia simbólica. Este autor sostiene además, que la imposición de un punto de vista universal es producto de la lucha de posiciones antagónicas sobre el espacio social, proceso en el que está en juego la imposición de la representación

legítima de dicho espacio. Como producto de esta lucha se instituye no solo una visión de mundo, sino también, un principio de división dentro de un campo político (Bourdieu, 1999: 242). En este sentido, se considera fundamental rescatar la idea de las clasificaciones y divisiones fundantes en la institución de un orden político determinado.

El elemento universalizante se encuentra ligado al carácter relacional y vinculatorio de la hegemonía. En efecto, para que este elemento se lleve a cabo resulta menester el desarrollo de relaciones vinculantes entre diversos sectores y grupos en una sociedad. Cabe destacar, que esto no implica que todos los miembros de una sociedad estén relacionados entre sí y compartan una sola visión de mundo; más bien refiere a la capacidad de un proyecto hegemónico de cohesionar a la sociedad mediante el establecimiento de consensos.

Al tratarse un proceso abierto e inacabado, la idea de consenso no implica ausencia de conflictos y resistencia, de ahí que puedan surgir proyectos contrahegemónicos en el seno de la sociedad. En este sentido, dentro de un determinado orden social coexisten y se vinculan polos antagónicos (Zizek, 2003: 34), de lo cual deriva la centralidad del carácter conflictivo inherente a las luchas por la hegemonía. El carácter relacional y vinculatorio conduce a pensar en una conceptualización abierta y creativa de la hegemonía, la cual nunca es absoluta ni acabada. Tal y como apunta Williams, la hegemonía debe ser continuamente renovada, recreada, defendida, modificada e incluso limitada y desafiada:

“Una hegemonía dada es siempre un proceso. Y excepto desde una perspectiva analítica, no es un sistema o una estructura. Es un complejo efectivo de experiencias, relaciones y actividades que tiene límites y presiones específicas y cambiantes” (Williams; 1980: 134).

Por otra parte, resulta necesario matizar la fuerte carga otorgada por Gramsci a la idea de consciencia y voluntad colectiva. Al respecto, se considera que en el desarrollo de los procesos sociales los actores sociales no siempre actúan de manera consciente. Frente a esta idea Bourdieu cuestiona que en el funcionamiento del mundo social la conciencia constituya un factor fundamental; al contrario, sostiene que lo central radica en prácticas y mecanismos sociales muchas veces inconscientes (Bourdieu y Eagleton, 2003: 298). Es necesario entonces, establecer un balance entre consciencia e inconsciencia, lo cual corresponde a una concepción de hegemonía que incorpora ambos elementos. Con el fin de ahondar más en esta relación, resulta

productivo abordar el papel que juega la ideología dentro de un proceso hegemónico, teniendo cuidado de no reducir éste último al plano ideológico.

El concepto de ideología ha tenido un largo recorrido en la literatura del Siglo XX, dando lugar a una multiplicidad de definiciones e infinitas discusiones en torno a las mismas. Se trata de una noción con límites difusos e incluso contrapuestos, lo cual, puede generar un concepto demasiado abarcativo. Eagleton señala que las debilidades de la noción devienen de su dependencia de los modelos de representación; la identificación de ideología con suerte de acceso a verdad; su vinculación con la idea de falsa conciencia ilustrada y, finalmente, con la idea de que el capitalismo avanzado opera por sí mismo y que no necesita pasar a través de la conciencia para asegurar su propia reproducción (Bourdieu y Eagleton, 2003: 297).

En un esfuerzo por sistematizar el debate, Zizek agrupa esta multiplicidad concepciones en tres bloques: a) la ideología como complejo de ideas y doctrinas destinadas a convencernos de su verdad b) la ideología en su apariencia externa, acá se hace referencia a la materialidad de la ideología sintetizada en los Aparatos Ideológicos del Estado de Althusser que designa la existencia material de la ideológica en prácticas ideológicas, rituales e instituciones¹³ y, c) la ideología como operante dentro de la realidad social, acá se dispersa la noción misma de ideología en tanto ya no se concibe como cemento de la sociedad, sino como serie de procedimientos heterogéneos y relacionados vagamente unos con otros (Zizek, 2003).

La concepción gramsciana ubica a la ideología en un punto medio entre los dos primeros bloques señalados por Zizek. En efecto, la categoría no se limita a un sistema de ideas o a prácticas institucionales materializadas. Con relación al tercer bloque, aún cuando la ideología opera organizando la realidad social, ésta no está conformada por procedimientos heterogéneos en tanto se vincula directamente con el poder político. En el fondo, dentro de la concepción gramsciana el elemento ideológico permite establecer un puente entre los elementos culturales y políticos de la hegemonía dentro de un momento político particular.

¹³ Louis Althusser distingue entre Aparato represivo del Estado y Aparatos Ideológicos del Estado, los primeros corresponden a aquellas instituciones estatales en cuyo centro se encuentra el uso de la violencia como mecanismo de control social, por lo menos en situaciones límites. Por el contrario los Aparatos Ideológicos del Estado encarnan una pluralidad de instituciones que corresponden más bien al dominio privado –no estatal-, tales como la iglesia, la escuela, los partidos, los cuales privilegian mecanismos ideológicos sobre la violencia (Althusser, 2003: 125-127).

Siguiendo la misma línea, Eagleton propone una conceptualización de ideología que enriquece la discusión en función del problema empírico que nos concierne. Este autor desarrolla una noción amplia de ideología, entendida como cualquier tipo de intersección entre sistemas de creencias y poder político que deriva en una síntesis nuclear entre discurso y poder (Eagleton, 2005: 52). El poder al que se hace referencia refiere a aquel que estructura las relaciones sociales y políticas, es decir, que las organiza y dirige; en un sentido cercano a lo que Wolf ha denominado poder estructural¹⁴.

Colocar en el centro de dicha noción al poder político implica incluir en el análisis el conflicto y los elementos relacionales y vinculatorios que, tanto la hegemonía como la ideología implican. Pensar en una concepción relacional de ideología implica no reducir la visión de mundo como mero reflejo del grupo que detenta el poder. Este carácter permite que la ideología aproxime a la forma en que se dan las relaciones entre los grupos dirigentes y los dirigidos en el conjunto de la sociedad (Eagleton, 2005: 164). Se trata de una comprensión relacional del poder y la dominación, que vuelve tangible el vínculo que cohesionan a la elite con el resto de la sociedad. Al respecto, Zizek hace hincapié en el carácter relacional de la ideología, que reivindicamos en el abordaje de nuestra problemática.

“No hay ideología que no se afirme a sí misma por medio de su demarcación respecto de otra “mera ideología”. Un individuo sometido a la ideología nunca puede decir por sí mismo “estoy en una ideología”, siempre necesita otro corpus de doxa para poder distinguir de ella su propia posición “verdadera” (Zizek; 2003: 29).

Subyace así, una concepción en la cual la ideología funge como el elemento que vincula el poder político con los otros componentes de la hegemonía. Una vez identificado este elemento, se puede abordar de mejor manera la discusión en torno al papel que juegan los elementos conscientes e inconscientes en la configuración de las prácticas sociales, e incluso en el cambio social. Dentro de este debate destacan autores que defienden o rechazan esa capacidad movilizadora y estructurante de los elementos conscientes, encarnados en ideas y sistemas de ideas.

De un lado, encontramos a quienes como Althusser defienden el papel de los elementos conscientes en la estructuración social. En su texto titulado *Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado* este autor defiende el papel central de la ideología

¹⁴ Eric Wolf sostiene que el poder estructural refiere “... al poder que se manifiesta en las relaciones; no sólo opera dentro de los escenarios, sino que también organiza y dirige esos mismos escenarios, además de especificar la dirección y la distribución de los flujos de energía” (Wolf, 2001: 20).

en la constitución y mantenimiento de un Estado. Para dicho autor la ideología implica una representación que tiene existencia material y corpórea -expresados en los Aparatos Ideológicos del Estado- (Althusser, 2003: 139). Poner en el centro de análisis a las representaciones, aún cuando estas tengan referente en la realidad concreta, evidencia el peso conferido por Althusser a los componentes de consciencia, llegando al punto en que incluso las materializa.

Del otro lado, Bourdieu cuestiona el papel de las ideas y las elaboraciones conscientes en el desarrollo de los procesos sociales. Este autor no solo se opone al uso del concepto ideología sino que traspasa su función sociológica hacia la noción de violencia simbólica, para poder explicar el vínculo entre prácticas sociales y un orden político naturalizado. Lo fundamental de este traspaso, radica en que este nuevo concepto busca poner en cuestión la sobredimensión teórica a dos elementos: la conciencia de los actores y el papel implacable de la coerción en los procesos de legitimación política. Así, la violencia simbólica constituye ese mecanismo de adhesión por medio del cual el dominado se subordina frente al dominante mediante una relación que se presenta como natural (Bourdieu, 1999: 238)

“Si paulatinamente he acabado por eliminar el empleo del término ideología, no es solo por su polisemia y los equívocos resultantes. Es, sobre todo, porque, al hacer referencia al orden de las ideas, y de la acción por medio de las ideas y sobre las ideas, tiende a olvidar uno de los mecanismos más poderosos del mantenimiento del orden simbólico, a saber, la doble naturalización que resulta de la inscripción de los social en las cosas y los cuerpos” (Bourdieu, 1999: 224-225).

Por su parte otros autores tratan de mediar entre ambas posiciones. Eagleton está en contra de la sobreestimación del papel de las creencias y valores en la reproducción del sistema en su conjunto, pero al mismo tiempo tiene el cuidado de destacar que cualquier orden dominante debe otorgar a sus subordinados el suficiente significado para que se reproduzca (Eagleton, 2005: 68). Asimismo, Anderson sostiene que si bien las ideas y los procesos asociados a los elementos de consciencia no constituyen determinantes absolutas en los cambios históricos, si han cumplido un papel importante en el balance y resultados de la acción política. Así plantea tres ejemplos del mundo moderno en los cuales el papel de estos procesos han sido claves: la ilustración, el marxismo y el neoliberalismo (Anderson, 2006: 390).

Tanto Anderson como Eagleton cuestionan el papel de las ideas y los componentes de consciencia como único elemento explicativo de los procesos de reproducción y cambios sociales, lo cual no implica su negación como un elemento

importante dentro de los procesos hegemónicos. Así, se reconoce que la hegemonía constituye un proceso total que no se reduce a procesos relacionados con la conciencia, sino que incluye elementos no-conscientes implícitos en las relaciones de dominación y subordinación (Williams, 1980: 131).

Cabe destacar que la presente investigación persigue encontrar pistas sobre la estructuración de un orden político fundamentado en el modelo neoliberal, frente a lo cual se asume una postura en la cual los componentes conscientes y no-conscientes se entremezclan en la conformación y consolidación de un proyecto hegemónico en El Salvador. Así, el neoliberalismo como telón de fondo, propone un modelo de mercado que implica un nuevo proyecto moral y cultural determinado, pero también, en el caso salvadoreño se sustenta una serie de relaciones sociales de corte autoritarios y excluyentes que han caracterizado históricamente el sistema político y económico. En este sentido, una ideología capaz de sustentar un proyecto hegemónico, como que el que se aborda en la presente investigación, debe incorporar un mínimo de sentido y significado a la experiencia concreta de la gente, así como expresar las circunstancias reales en las que se insertan las relaciones sociales. Este proceso también se inscribe en una lógica de relaciones políticas, económicas y sociales previas. Así, en la presente investigación se reivindica una noción de ideología que va más allá de un sistema de ideas y creencias, la cual, en el fondo permite establecer un puente entre las dimensiones conscientes y materiales a través de la práctica política.

Se trata de una noción que opera dentro de una visión integral, relacional y abierta de hegemonía. En este marco, la ideología también presenta un carácter conflictivo e incluso contradictorio, lo cual se manifiesta en una unidad organizadora precaria en constante negociación (Eagleton, 2005: 282). Esto se refleja en la forma en que se combinan distintos elementos emergentes y residuales (Williams, 1980: 144-146). Es decir, dentro del proceso hegemónico, se crean continuamente nuevos significados, valores, prácticas, relaciones y tipos de relaciones, los cuales se entremezclan con elementos constituidos en el pasado y operan dentro del proceso de definición social en el presente, en un esfuerzo por legitimar un determinado orden social. Ambos elementos se encuentran combinados en el estudio del caso salvadoreño, en el cual elementos emergentes vinculados a la ideología neoliberal se combinan con otros residuales que, finalmente constituyen el marco en el que se inscribe el proyecto político.

Capítulo 2: Crisis hegemónica en El Salvador: Guerra y reconfiguración política

El presente capítulo busca esbozar las principales características del sistema político salvadoreño durante el siglo XX. Dicha labor se orienta en base a la discusión sobre la noción de hegemonía desarrollada en el capítulo anterior, a fin de dar cuenta de los esfuerzos por consolidar proyectos políticos y sus crisis a lo largo del siglo pasado. En este sentido, no se trata de un trabajo de reconstrucción histórica en sentido estricto, sino más bien se busca problematizar sobre aquellos puntos de inflexión a través de los cuales se visualizan los intentos de crear proyectos hegemónicos, las rupturas y principales actores; haciendo un esfuerzo por analizar dichos procesos a la luz de la teoría de la hegemonía y haciendo énfasis en los elementos ideológicos presentes en los momentos en cuestión.

El objetivo principal consiste en establecer el marco contextual en el cual se inscribe el proceso hegemónico llevado a cabo hacia finales de la década de los ochenta. Al respecto, se plantea como momento clave la crisis política que tiene lugar hacia finales de la década de 1970, la cual deja un vacío de poder en el sistema político que, detona el proceso de reconstrucción de la representación política de los empresarios, antecedente directo en la constitución del proyecto analizado en la presente investigación. Se trata así, de la ausencia de un proyecto hegemónico que deriva en la posibilidad de plantear diferentes alternativas en miras a la reconstrucción del espacio político salvadoreño.

Cabe destacar que dicha crisis generó una serie de reacomodos dentro del sistema político nacional. Así, destacan tres grandes transformaciones, primero se asiste al fin de la coalición entre oligarquía y militares que había controlado el Estado durante casi cincuenta años; en segundo lugar emergen numerosas movilizaciones sociales, mientras se estructura un proyecto político insurgente dirigido por diferentes organizaciones revolucionarias de carácter político militar y; finalmente, se lleva a cabo un proceso de reconstitución de representación política por parte de la elite empresarial, lo cual decanta en la posibilidad de articular un proyecto político. Estos procesos se llevan a cabo dentro de un contexto mundial caracterizado por el apogeo de la guerra fría, las dictaduras militares del cono sur, los

efectos de la crisis económica mundial de 1973, y la influencia en la región del triunfo de la revolución cubana en 1959 y sandinista en 1979, entre otros.

En base a ello, el presente capítulo revisa los procesos más importantes de la historia política. Así, se abordan los momentos claves en tres bloques, en primer lugar, se exponen los orígenes del sistema político moderno y el subsiguiente auge de una serie de gobiernos en manos de las Fuerzas Armadas. En este bloque destaca el esfuerzo por construir un orden social de carácter oligárquico y su dramática caída hacia la década de los treinta; frente a ello se propone reconstruirlo mediante un proyecto político inestable dirigido por las Fuerzas Armadas que, pese a enfrentar pequeñas crisis, mantiene el poder durante cerca de cincuenta años. El segundo bloque ahonda en la crisis que deriva de la dramática caída de los gobiernos militares, la cual encuentra su punto álgido en el desarrollo de la guerra civil. Tal como se señaló, este momento de crisis de hegemonía funge como telón de fondo de un proceso de reconstitución del sistema político en el país. Finalmente, el capítulo contempla un tercer bloque orientado a esbozar algunas características de la transición a la democracia, proceso que articula tres grandes transformaciones: pacificación, democratización y liberalización de la economía. Se trata de un proceso inscrito en el desarrollo de dos reformas, una económica que deriva en un nuevo modelo económico que sustituye el tradicional modelo agroexportador y, otra de carácter político que cristaliza con los Acuerdos de Paz, el cual abre la puerta a la pacificación y a la inédita democratización de la sociedad salvadoreña.

2.1 Antecedentes: Estado oligárquico salvadoreño

2.1.1 Orígenes: el café

El Estado salvadoreño se constituyó en torno a un proyecto político estrechamente ligado a un modelo económico oligárquico-cafetalero. Se trata de un proyecto dirigido por la elite económica y promovido durante las tres últimas décadas del siglo XIX, el cual buscaba insertar al país dentro del mercado mundial mediante la promoción del café como principal producto de agroexportación (Fonseca, 1996: 157). De tal suerte, el país se configura en torno a este cultivo, lo cual, además de definir el modelo económico, determina las características más importantes de la

configuración política inicial de dicho país. Es decir, se instituye un orden social de carácter *oligárquico* fundamentado en un proyecto cafetalero, el cual implica el desarrollo de un modelo socioeconómico agroexportador que, en el país, se sustentó en una serie de relaciones laborales de carácter coercitivo (Wood, 2000: 6).

La centralidad del café en la estructuración de la sociedad salvadoreña deriva en la consolidación de un sistema político de carácter excluyente construido a partir de un estrecho vínculo entre gobierno y familias cafetaleras. Se trata del surgimiento de un orden social que, deriva de la capacidad de la elite ligada al cultivo del café, de llevar a cabo un proceso hegemónico dentro de la sociedad salvadoreña. Por otra parte, a diferencia de los demás países centroamericanos, en los cuales el patrón de monocultivo se dio mediante enclaves extranjeros, en El Salvador el control tanto del café como del sector financiero quedó en manos de la elite nacional, lo cual, según Cabarrús, generó la creación de una burguesía salvadoreña más “altanera” y nacionalista que la de los países vecinos (Cabarrús, 1983: 35). Este elemento permite el desarrollo de altos niveles de cohesión al interior de la oligarquía cafetalera, carácter que fortalece el proyecto político inicial y, que se mantiene vigente a lo largo de la historia salvadoreña.

En la constitución de la nación salvadoreña, al igual que en el resto de América Latina, el liberalismo jugó un papel fundamental como trasfondo ideológico. No obstante, esto en la versión nacional se tradujo en gobiernos autocráticos que, si bien desarrollaron un modelo económico liberal, no hicieron suyas las libertades individuales y políticas (Ching, 2007: 16). Esta especie de “revolución burguesa” con su Constitución Liberal (1870-1944), da pie a un modelo económico fundamentado en lo que distintos estudiosos denominan el “cuadrado mágico” de la dominación oligárquica, es decir, en el control incuestionable por parte de la elite de la producción, del sistema financiero, exportación y propiedad de la tierra (Montobbio, 1999: 31).

Por otra parte, dentro de la elite económica se puede ubicar dos grandes sectores, uno ligado a la producción agroexportadora y otro orientado hacia actividades industriales. Esta diferencia no se traduce en rupturas profundas dentro de la oligarquía durante la mayor parte del Siglo XX. Paige sostiene que ambos grupos –a los que denomina agro-financiero y agro industrial-, convergen en el apoyo y hegemonía al interior de la elite de la facción agro-financiera, la cual era ideológicamente más conservadora (Paige, 1993: 10). En este sentido, conviene

señalar que, el sector industrial se vio subordinado a la oligarquía cafetalera en la conformación de proyecto que da vida al sistema político nacional, lo cual evidencia la hegemonía de éste sector durante las primeras décadas de la República Liberal y el predominio de un *ethos* conservador dentro de la elite económica salvadoreña.

Así, se constituyó un Estado gobernado por los sectores cafetaleros que perduró desde finales del Siglo XIX hasta principios de la década de 1930 (1871-1931). Durante este período se generan las dinámicas excluyentes y se consolida el carácter represivo del sistema político en el país. Asimismo, con la implementación del modelo cafetalero y la consecuente transforman las relaciones sociales y políticas, se desarrollan una serie de mecanismos orientados a cooptar a sectores externos a la elite dentro del sistema de político. Según Alvarenga este elemento permite explicar como se lleva a cabo la dinámica de consentimiento durante el período, en la cual la cooptación incorporó a algunos trabajadores como participantes directos en la coerción (Alvarenga, 1996: 17). De tal suerte, pese al carácter represivo con el que nace la nación, el consenso fundamentado en la cooptación permite el desarrollo de una un proceso hegemónico de carácter oligárquico.

Se trata así, del primer intento de construir hegemonía en el naciente Estado nacional, proyecto que, sin embargo, no consigue cohesionar en torno así un proyecto sólido para el país; este elemento se refleja en el carácter predominantemente coercitivo de este primer ensayo, así como su drástica caída hacia comienzos de la década de los treinta. En efecto, el proyecto político oligarca entra en crisis ante los impactos mundiales de la gran depresión de 1929 en Estados Unidos, la cual no solo genera cambios en el sistema político del país sino que, además, transforma el rostro del mundo entero con la aparición del modelo keynesiano.

2.1.2 1932 y los militares en escena

Hacia finales de la década de los veinte e inicios de los años treinta, la sociedad salvadoreña sufrió los percances de la crisis financiera de 1929 en Estados Unidos. La caída de los precios internacionales del café produjo una crisis de enorme envergadura en Centroamérica, la cual se tradujo en una profunda crisis económica y en una reacción política que puso en jaque el modelo oligárquico liberal en la región (Fonseca, 1996: 205). Paralelo a esto, El Salvador vivió un intento de replantear el

sistema político vigente. En efecto, luego de casi cuatro décadas de gobiernos autocráticos liderados por oligarcas cafetaleros, hacia 1927 se dio un intento de democratizar el régimen a partir de una serie de reformas impulsadas por Pío Romero Bosque, que culminó con el proceso de apertura durante nueve meses de gobierno del presidente Araujo en 1931¹⁵ (Ching, 2007). No obstante, el proyecto de corte democratizador, generado en un período inmerso en la crisis mundial generada por la gran depresión de 1929, fue incapaz de mantener cohesionado al bloque político emergente y consolidar el proyecto burgués hegemónico (Montobbio, 1999: 35).

Este corto período se interrumpe abruptamente por un golpe de Estado encabezado por el General Hernández Martínez hacia finales de 1931. Con la entrada en escena de este personaje, se inaugura un nuevo período en la historia sociopolítica salvadoreña, caracterizado por el ascenso de gobiernos militares durante casi cincuenta años. Cabe destacar que, la suerte de proyecto político dirigido por las Fuerzas Armadas plantea mantener, con algunas modificaciones, las bases del modelo económico agroexportador sostenido por la continua represión y la cooptación como mecanismo de consentimiento (Alvarenga, 1996).

Este momento constituyó un punto de inflexión, en tanto se institucionaliza el uso de la violencia como mecanismo de control social y político. Un hecho fundamental en la historia salvadoreña refleja la magnitud del carácter coercitivo del sistema político, se trata de la insurrección y masacre indígena de 1932 en el occidente del país –zona fundamentalmente cafetalera-. Así, hacia enero de 1932 se lleva a cabo el histórico levantamiento campesino-indígena en numerosos pueblos cafetaleros¹⁶, a lo que siguió una de las más cruentas represiones en América Latina, cuando el General Hernández Martínez ordena la masacre de entre 10 000 y 30 000 campesinos indígenas¹⁷. Anderson relata la dimensión de este evento:

¹⁵ Según Eric Ching, las reformas impulsadas por Pío Romero Bosque eran genuinamente democráticas y su objetivo era asegurar que los funcionarios de elección directa fueran escogidos por medios democráticos (Ching, 2007: 25).

¹⁶ Existen diversas interpretaciones sobre las causas de rebelión, unas le otorgan un papel central al Partido Comunista (Anderson, Dalton), otros caracterizan la revuelta como un movimiento de carácter campesino (Segundo Montes) o incluso de carácter étnico (Ching y Tilley), que estalló en un marco de golpe de Estado militar y de las consecuencias de la gran depresión de 1929.

¹⁷ Pese a la ambigüedad de los datos sobre el número de campesinos e indígenas masacrados, encontramos entre los historiadores un rango que va de 10 000 a 30 000 personas. Así, mientras Anderson sostiene que se trata de aproximadamente 10 000 (Anderson, 2001: 252), Gordon sostiene que la cifra se ubica entre 20 000 y 30 000 (Gordon, 1989: 65)

“Los campesinos habían escogido el momento de la erupción del Izalco, para lanzarse a una de las más sangrientas rebeliones de la historia de América Latina. Antes de quedar sofocada, varios millares de personas perderían la vida, se cometerían desmanes indescriptibles, la economía del país retrocedería por varios años, y cambiaría por completo la personalidad de la nación salvadoreña” (Anderson, 2001: 71).

En su interpretación sobre los sucesos, Anderson pone sobre la mesa un tema fundamental para entender la importancia política e ideológica de este hecho en la historia salvadoreña. Señala que, con la insurrección y masacre de 1932, se abre una nueva fase en la historia regional, que se inaugura con la vinculación entre el levantamiento y el recién creado Partido Comunista Salvadoreño por parte del gobierno salvadoreño y numerosos intérpretes de los sucesos¹⁸. Este elemento es rescatado por el autor al punto de sostener que la época de las ideologías había llegado a América Latina (Anderson, 2001: 72). En efecto, el fantasma del comunismo había llegado a El Salvador y a Centroamérica, lo cual marcó un punto de inflexión en la ideología de la elite dominante. A partir de entonces el *anticomunismo* se convirtió en idea rectora de las oligarquías de la región durante la mayor parte del Siglo XX.

Más allá del papel real que jugó el Partido Comunista en la revuelta -según algunos autores bastante cuestionable¹⁹-, resulta fundamental señalar que el tema del *comunismo* se ubicó como justificación de la masacre, mientras sentó las bases para la construcción de un imaginario político que permeó la política salvadoreña desde entonces. Cabe destacar que el anticomunismo como eje ideológico privilegiado continúa vigente en los discursos políticos hasta la actualidad, aún y cuando han pasado más de quince años desde la caída del muro de Berlín y de los países socialistas de la Europa del Este. López Bernal señala que para inicios de la presente década, los sucesos de 1932 y la referencia al *comunismo*, continúan vigentes en los procesos de identidad de los actores más relevantes del sistema político:

“El lema de la derecha hace referencia inequívoca a 1932; y Farabundo Martí fue uno de los principales líderes de la revuelta, calificada de comunista, hecho que también constituye un referente histórico inequívoco de la izquierda salvadoreña” (López Bernal, 2007: 188).

¹⁸ El Partido Comunista fue creado y legalizado en marzo de 1930 y posteriormente durante el período del Gral. Hernández Martínez fue prohibido en 1939. (Guidos Vejar, 1982)

¹⁹ Eric Ching ha rechazado lo que él denomina una interpretación sobre 1932 fundamentada en la *causalidad comunista*, en base a un exhaustivo trabajo de gabinete realizado en los Archivos del Comitern de la antigua URSS, que revelan la poca injerencia del Partido Comunista en este sucesos (Ching, 2007: 36)

En este sentido, el *anticomunismo*, que encuentra sus raíces discursivas desde este momento histórico, constituye un recurso ideológico que ha penetrado en la lógica misma del sistema político salvadoreño y, que como se señalará adelante, conforma uno de los ejes centrales de autodefinition del proyecto de derecha que emerge durante la década de los ochenta e, incluso, constituye un recurso retórico a la hora de autodefinirse y plantearse frente a sus oponentes en la arena política en la actualidad.

2.1.3 Medio siglo de gobiernos militares (1931-1979)

Con la entrada en escena del General Hernández Martínez se abre la puerta a casi medio siglo de gobiernos militares. Durante este período destaca el desarrollo de una suerte de proyecto político constituido por una estrecha alianza entre oligarquía agroexportadora y la entidad castrense. Éste se fundamenta en una serie de medidas económicas modernizadoras que, respondían al auge del modelo socioeconómico keynesiano en las sociedades capitalistas, y en un régimen político orientado a perpetuar a toda costa la estabilidad del status quo. Cabe destacar que, aún cuando el poder político recae directamente en manos de los militares, la burguesía no se desliga completamente de la participación política, involucrando a diversos cuadros dentro de las estructuras de los partidos oficiales de turno (Zamora, 1998: 46).

Walter y Williams, a partir de un estudio panorámico sobre los regímenes militares, sostienen que, aún cuando cada administración tuvo sus características peculiares, durante el período a cargo de los militares se manifiesta un alto grado de continuidad entre los diferentes gobiernos, permitiendo así hablar de un bloque diferenciado dentro de la historia salvadoreña. El estudio en cuestión revela que durante este período la estructura y composición de las Fuerzas Armadas permanecen básicamente sin cambios sustanciales, persiste la lógica de partido único, se desarrolla y mantiene una extensa estructura paramilitar en el área rural – frente al peligro del comunismo- y, finalmente, la dinámica de las fuerzas de seguridad permanece intacta (Walter y Williams, 1993: 42-48).

Cabe destaca que aún cuando se reconoce en este período una fase de la historia del país -en el cual el estamento militar funge como actor central en la conducción del sistema político-, no se trata de una etapa estable. Destacan numerosos golpes de estado (1944, 1948, 1960 y 1961) y la presencia de

movilizaciones sociales, sin que esto disolviera el binomio oligárquico-militar a cargo del Estado salvadoreño. Un breve acercamiento a esta época permite distinguir diversos momentos, entre los que se pueden observar intentos de consolidación del régimen, crisis y reacomodos en la distribución de cuotas de poder (Lungo, 1990: 113). Consideramos que distinguirlos, aunque sea de manera breve, permite observar puntos de inflexión, a la vez que revela los alcances y límites de este nuevo intento de reconstruir la hegemonía en el país.

A grandes rasgos, dentro de la época de gobiernos militares en El Salvador se pueden distinguir tres etapas. La primera corresponde a la institución de un orden social oligárquico- militar, las otros dos refieren a momentos en los cuales el proyecto político debe ser actualizado; es decir, debe replantearse ante las debilidades de un régimen frágil y una serie de cuestionamientos que emergen de diversos sectores de la sociedad. Cabe subrayar que se trata de un proyecto político sumamente excluyente, de donde derivan algunos de los límites en la capacidad de desarrollar un proceso hegemónico. En este marco, en primer lugar destaca la dictadura unipersonal encabezada por el General Hernández Martínez (1931-1944), seguido por el régimen del Partido Revolucionario de Unificación Democrática (1948-1960) y finalmente el régimen del Partido de Conciliación Nacional (1961-1972). Resulta interesante señalar, que en cada uno de estos tres momentos se llevó a cabo una nueva Constitución de la República (Montobbio, 1999: 36).

La dictadura militar de carácter personalista del Gral. Hernández Martínez inicia con el golpe de Estado en 1931 y se prolonga hasta 1944. A nivel político esta fase se caracterizó por el cierre de los canales de expresión por una parte, y la continuidad de métodos clientelistas por la otra; a nivel social destaca la creciente militarización de la sociedad vinculada a la consolidación militar en el poder y, a nivel económico se formulan de una serie de políticas económicas reformistas encauzadas a dinamizar la estancada economía, sin transformar el modelo agroexportador (Ching, 2007). Cabe destacar que, la lógica clientelista como fundamento de las relaciones políticas aunado al auge de la militarización de la sociedad -sobre todo en el área rural-, fundamenta en gran medida el desarrollo de una base social que sirve de soporte al proyecto político. Es decir, persiste la lógica de la cooptación como fundamento del consentimiento dentro del período encabezado por los gobiernos militares.

Luego de trece años en el poder, salen a la luz distintas pugnas dentro del estamento militar, lo cual, aunado a una famosa protesta civil urbana, culmina con la renuncia del Gral. Hernández Martínez en 1944. En el año 1948 luego de un golpe de Estado, entra a la escena política el Partido Revolucionario de Unificación Democrática –PRUD-, abriendo una nueva etapa dentro de los gobiernos militares en El Salvador y con éste, un esfuerzo de reforma del Estado encaminado tanto a abrir espacios de participación en la sociedad como a profundizar la reforma económica. No obstante, al mantenerse intactos los intereses económicos de la oligarquía como rectores implícitos en el proyecto político, la renovación no derivó en profundos cambios en la sociedad, tal y como explica Gordon:

“A pesar de que el marco jurídico- político, instituido por la llamada Revolución de 1948, sentó las bases para la modernización económica del país, en la que el Estado cumpliría un papel central, no logró implantar un orden que garantizara la estabilidad política del régimen. Sus límites fueron marcados por la extrema dependencia del país respecto a la agroexportación cafetalera y por la concentración de los excedentes producidos por el café en pocas manos. De ahí que las reformas emprendidas, al fomentar la diversificación de actividades de clase cuyo carácter oligárquico se pretendía combatir, la fortalecieron en lugar de desarticularla” (Gordon, 1989: 81-82).

La modernización emprendida en 1948 no implicó una transformación en la lógica del sistema político y económico. Así, la elite no se amplía, tampoco se desarrolla un sector industrial suficientemente fuerte como para servir de contrapeso a la oligarquía agroexportadora. Más bien, esta última logró mantener el control de los procesos económicos del país. Este elemento resulta fundamental para entender las particularidades de las relaciones al interior del sector económicamente dominante en El Salvador, el cual, frente a los diversos intentos reformistas tiende a cohesionarse en torno al sector agroexportador. Este elemento revela que el grupo más conservador de la elite tiene la capacidad de hegemonizar al interior de los proyectos políticos durante la mayor parte del siglo XX.

Dentro del contexto internacional caracterizado por el auge de la guerra fría, el triunfo de la Revolución cubana, la redefinición de la política estadounidense hacia Latinoamérica, y el auge del modelo keynesiano en las sociedades capitalistas; con el Golpe de Estado de 1961 se inaugura el último período del casi medio siglo de gobiernos militares. A nivel nacional, esto repercute en la creciente demanda de otros sectores de la sociedad para ser incorporados dentro del sistema político y económico del país, indicando, por supuesto, la fragilidad del régimen oligarca-militar en su

pretensión de tornarse hegemónico (Gordon, 1989). Desde el punto de vista ideológico, en este marco, el tema del *anticomunismo* toma auge como articulador de la elite política.

Durante el tercer período, presidido por el Partido de Conciliación Nacional (PCN), se profundizan las tareas modernizadoras del Estado y se implementan mecanismos para ampliar la legitimidad del sistema político vigente. Es decir, al igual que durante la crisis apuntada de 1948, acá se trata de dar respuesta a un doble reto legitimador y reformista. En este período se introducen importantes cambios a nivel político, tales como la introducción del sistema de representación proporcional y la apertura de espacios de participación electoral a la oposición no comunista. El proceso de apertura desemboca en el incremento de cuotas de poder por parte de la oposición. Así, hacia finales de la década de los sesenta estos nuevos actores acceden a cerca de la mitad de los escaños del congreso y a un buen número de los gobiernos municipales, incluidos la capital (Walter y Williams, 1993: 49).

El auge de los nacientes partidos de oposición, entre los que destaca el Partido Demócrata Cristiano (PDC), tiene su explicación no solo en la apertura política en términos institucionales, sino también como resultado del incremento de las capas medias urbanas en el país. Se trata de un fenómeno relacionado con la expansión del comercio y los servicios en el país, lo cual se asocia al proceso de industrialización que deriva de las reformas económicas. Así, se da un proceso en el cual, a la vez que la clase media gana espacios dentro del sistema socioeconómico, se abre paso dentro del sistema político; constituyendo así, el principal sector que promueve e integra estos nuevos partidos (Acevedo, 1999: 51).

Aunado al auge de los partidos políticos, destaca la emergencia de un bloque social y político alternativo que funge como articulador de demandas de cambio en el modelo socioeconómico y en el sistema político. En ese bloque destacan: la Universidad de El Salvador, grupos estudiantiles, otros sectores de las capas medias, las organizaciones campesinas y la iglesia católica (Montobbio, 1999: 39). El auge de una serie de actores demandando transformaciones en la lógica excluyente del sistema socioeconómico, constituye un indicador del agotamiento de un proyecto político incapaz de interpelar a actores emergentes y de superar los lineamientos impuestos por parte de la oligarquía a los militares.

Este nuevo esfuerzo de renovar un proyecto político precario, aún cuando plantea reformas más profundas que sus predecesores, resulta incapaz de legitimar un

orden social frente al auge de estos nuevos actores y a la politización de clase media urbana. Se trata de un proceso hegemónico que encuentra sus límites en un sistema político predominantemente coercitivo, en la incapacidad de la oligarquía de subyugar sus intereses corporativos en pos de un plan nacional y, en lo que Lungo denomina el *principio de unidad de las Fuerzas Armadas*, entre otros. Este último elemento, tendiente a fortalecer la concentración de poder en manos de la entidad castrense, establece fronteras impenetrables frente a los esfuerzos de apertura y transformación política que vieron luz para esta época (Lungo, 1990: 115-116). Es decir, pese al desarrollo de una reforma institucional dentro de un sistema político a partir de 1961, durante este período las transformaciones no pasan de ser cosméticas en la medida que se sustentan en una lógica política excluyente y orientada a mantener el poder político en manos de las Fuerzas Armadas.

En general, se puede hablar de un ensayo de proyecto político dirigido por las Fuerzas Armadas, el cual constituye un esfuerzo precario de hegemonía a nivel nacional. Las debilidades de este proyecto se revela en los sucesivos golpes de Estado y en la necesidad de renovar el proyecto político. Hemos visto que, pese a las crisis y rearticulaciones, durante esta etapa, se puede ubicar un proyecto político caracterizado por la mezcla de reformismo con represión. Sin embargo, ningún proyecto con pretensiones de tornarse hegemónico puede mantenerse solo por el uso de la coerción; por el contrario, resulta necesario establecer mecanismos que busquen incorporar a diversos sectores de la sociedad. Al respecto, sin pretender ser exhaustivos, se pueden señalar dos elementos: 1) la estrategia de militarización de la sociedad como mecanismo de control -sobre todo del área rural- (Walter y Williams, 1993), la cual genera un impresionante sistema de articulación de la población con los militares, que a la vez que absorbió a parte de la misma dentro del proyecto político, tendió a dividir a la población entre sí; 2) las políticas clientelistas establecen redes y distribuyen determinadas cuotas de poder (Ching, 2007), incorporando así a actores locales clave dentro del proyecto político.

Hacia las últimas décadas de los gobiernos militares, el país asiste el incremento de manifestaciones populares que cuestionan el régimen político y económico impuesto por los militares y la oligarquía. Se trata de una diversidad de actores, entre los que destacan aquellos que se articulan en los recién creados partidos políticos de oposición, organizaciones sindicales, estudiantes universitarios, y el importante papel que jugó la iglesia católica a partir de la década de los sesentas,

con el auge de la teología de la liberación, en la articulación de comunidades eclesíásticas de base, sobre todo en las comunidades rurales (Berryman, 2003).

Los esfuerzos de apertura política llevados a cabo desde la década de los sesenta, encontraron un límite insalvable con el fraude electoral de 1972, síntoma extremo de la crisis de hegemonía que vivía el proyecto político militar durante sus últimas décadas. En efecto, dicho año se llevan a cabo elecciones presidenciales, en las cuales los partidos de oposición oficializados se unen y participan a través de la Unión Nacional Opositora (UNO) y cuyo triunfo electoral fue aplastantemente negada por el gobierno, mientras se impuso a un nuevo militar como presidente de la República. Esto constituye un punto de inflexión, que abre la puerta a la crisis de hegemonía de mayor envergadura que el país haya visto.

“La negativa oficial al reconocimiento de tal triunfo, y la imposición del candidato del PCN... marca, como en 1932, un punto de inflexión en la evolución histórico-política salvadoreña, un corte epistemológico en el origen del conflicto que acabará en guerra civil. Punto sin retorno en las esperanzas del bloque social emergente alternativo de conseguir sus aspiraciones por la vía electoral, y de las esperanzas del régimen de incorporar a su proyecto legitimador e institucionalizador a sectores de dicho bloque que permitiera a su partido mantenerse electoralmente en el poder” (Montobbio, 1999: 40).

Se trata de un esfuerzo por construir un proceso hegemónico que fracasa rotundamente, abriendo paso así, a la mayor crisis política de la historia salvadoreña. En efecto, los sucesivos gobiernos en manos de los militares en alianza con la oligarquía no logran implementar un proyecto político capaz de superar la barrera que impone la primacía de sus intereses corporativos, de ahí la constante necesidad de renovación del proyecto. Así, pese a la cooptación y a la estrategia de militarización de la sociedad como mecanismos de consentimiento, se desarrolla un orden social -instituido en torno a la continuidad del modelo económico agroexportador- que privilegia la represión y la exclusión, mientras profundiza las brechas de desigualdad social. Por otra parte, durante este período se asiste a la emergencia de un bloque social opositor que será clave en los procesos políticos nacionales en adelante e, incluso, constituye la semilla del principal proyecto contrahegemónico en la historia del país, el cual cristaliza con la fundación del FMLN a comienzos de la década de los ochenta.

2.2 La crisis política se desborda: la guerra civil

2.2.1 *Telón de fondo: los setenta*

La década de los setenta constituyó un período de profundas transformaciones. Durante esta etapa emergen nuevos actores políticos, germina un proyecto insurgente e, incluso, se sientan las bases de una reforma del sistema político inédita en el país. Se asiste a una crisis de hegemonía que pone en tela de juicio tanto a los mecanismos internos de representación y negociación tradicionales de la clase dominante, como a las formas e instrumentos que se empleaban para legitimar el sistema político (Gordon, 1989: 123). Paralelo a esto, este período se caracteriza por intensas movilizaciones que cuestionan la vigencia de un régimen político y económico ligado al modelo agroexportador y a los altos niveles de concentración de la riqueza que derivan del mismo, las cuales se enmarcan dentro de un escenario caracterizado por la crisis económica mundial y el auge de la guerra fría.

En este contexto dos gobiernos militares fueron impuestos entre 1972 y 1979 con el fin de restaurar el equilibrio del binomio oligarquía- Fuerzas Armadas y frenar el auge de movilización social. Cabe destacar que, el auge del bloque social emergente -el cual es extremadamente complejo y heterogéneo en relación a sus posturas políticas e ideológicas-, revive en los sectores más conservadores de la sociedad la sombra del levantamiento de 1932, mientras vuelve vigente el miedo frente a la tan temida amenaza *comunista*.

Frente a ello se desarrollan una serie de medidas de corte reformista de mayor alcance respecto a las reformas de inspiración keynesiana implementadas hasta entonces. Así, se plantea un ensayo de reforma agraria en 1972 con el fin de fortalecer el mercado interno, redistribuir el ingreso e impulsar la pequeña propiedad (Gordon, 1989: 187). Esta medida incluida en el *Plan de Desarrollo Económico y Social* pone sobre la mesa un tema hasta entonces impensable en la sociedad salvadoreña: la transformación agraria, la cual atenta directamente contra el fundamento de la riqueza de la elite oligárquica. Así, la propuesta de reforma agraria produce una ruptura insalvable entre las Fuerzas Armadas que la promueve y la elite económica que se opone. De esta forma, los sectores más conservadores de la burguesía se opusieron acérrimamente a esta iniciativa. Hacia mediados de la década,

los esfuerzos opositores rinden frutos y para 1976 la transformación agraria sufre un importante retroceso.

En este sentido, la reforma agraria constituye un revés tanto para las Fuerzas Armadas, como para la elite en el esfuerzo de mantener vigente el proyecto político. Por una parte evidencia la incapacidad del gobierno militar de establecer las bases de una autonomía política respecto al sector económicamente dominante (Cabarrús, 1983: 45). Por otra parte, aún cuando la oligarquía participaba de manera indirecta dentro del sistema político, en este momento queda por primera vez en la historia excluida de los procesos de toma de decisión. Ahora la elite tendrá que esperar más de una década para volver a entrar en el arena política y poder configurar un proyecto capaz de disputar la hegemonía del país.

Paralelo a las medidas reformistas se intensificó la represión hacia la oposición política en todas sus manifestaciones, incluso a nivel estatal se institucionaliza mediante *la Ley de defensa y garantía del orden público* (Gordon, 1989). Cabe apuntar que durante esta década se comienzan a movilizar con más fuerza distintos actores que se oponían al proyecto oligárquico. Entre ellos se diferencian dos grandes bloques opositores, el primero conformado por: a) el sector reformista-democrático, constituido en los años 60 a partir del retorno del Partido Comunista –el cual funcionaba bajo la fachada de la Unión Democrática Nacional (UDN)-; b) la creciente actividad social de la iglesia; y c) el surgimiento de nuevos partidos de centro y centroizquierda. El segundo bloque refiere a un sector revolucionario integrado, hacia finales de la década de 1960 y principios de 1970, por núcleos radicalizados que se separan del Partido Comunista y del Partido Demócrata Cristiano; estos actores constituye el germen de las organizaciones político-militares que, para la siguiente década, darán vida al FMLN (Vásquez, 1997: 201).

Para 1977 se lleva a cabo la siguiente elección presidencial, en la cual sospechosamente resulta ganador el General Romero, quien además de ser experto en contrainsurgencia, constituye uno de los representantes más conservadores del estamento militar. Durante este gobierno la represión alcanza niveles inusitados. Según Montobbio, con el General Romero, el Estado ubica a la violencia en el primer plano del escenario político desatando una dinámica irreversible (Montobbio, 1999: 42).

Durante este período los conflictos al interior de la Fuerza Armada se agudizan. Así, emergen grupos al interior de la institución castrense que se oponen a los lineamientos del ala dura que detentaba el poder. Este elemento agudiza la crisis hegemónica al interior del proyecto político. Al respecto, Gordon distingue tres fracciones dentro de la milicia: en primer lugar, se encuentra el sector más conservador dentro de las Fuerzas Armadas, el cual proponía la eliminación física de toda oposición –punto de convergencia con la elite económica más recalcitrante-; la segunda tendencia estaba conformada por oficiales formados en Estados Unidos, partidarios de la doctrina de seguridad nacional, menos radicales que los primeros; y, finalmente, un sector emergente y más disperso de oficiales “constitucionalistas”, que estaba en contra de los métodos jerárquicos y extremadamente violentos de los dos primeros, mientras abogaban por la aplicación de reformas encaminadas a democratizar el país (Gordon, 1989: 271-272). Este último grupo, se tornará en actor político clave en la caída de los regimenes militares y en el retorno de los civiles al poder político.

Hacia finales de la década de los setenta los últimos resabios del proyecto político se derrumban. El aumento de la conflictividad social y la profundización de las divisiones en el seno del estamento militar y de la misma elite económica, constituyen indicadores de la crisis hegemónica que abarca al país. De manera simultánea, la región centroamericana experimenta dramáticos cambios en su configuración política. Destaca el triunfo sandinista en 1979, proceso que abre una nueva etapa en la historia de la región, ubicándola como centro de atención de la comunidad internacional. El hito marcado por la revolución nicaragüense abrió la puerta a pensar en la posibilidad de repetir la historia en El Salvador, dando ánimos a los sectores radicalizados de la oposición y reactivando los temores de los sectores más conservadores y *anticomunistas* de la sociedad. Vásquez destaca el papel de este suceso en el fortalecimiento de un proyecto político insurgente:

“El triunfo sandinista en Nicaragua en julio de 1979 vino a darle un nuevo giro a la coyuntura salvadoreña. Desde luego suscitó un enorme entusiasmo entre las masas radicalizadas y acrecentó su efervescencia. Además permitió de inmediato a los grupos insurgentes contar con una estratégica base de operaciones y abastecimiento logístico. Por si fuera poco, cuando se produjo el desenlace de la revuelta antisomocista, el régimen salvadoreño era desbordado por el acoso revolucionario y una severa crisis interna” (Vásquez, 1997: 211).

El mismo año de la revolución sandinista se pone punto final a los gobiernos militares en El Salvador. Así, en 1979 se lleva a cabo un golpe de Estado dirigido por militares “constitucionalistas” y diversos actores de la oposición reformista-demócrata, el cual perseguía dos objetivos: a) contener la crisis y el avance de las movilizaciones sociales de tinte radical, y b) sentar las bases para la transición hacia gobiernos civiles. De esta manera, como producto de un golpe de Estado y la consecuente creación de una junta cívico militar, luego de casi cincuenta años se incorporan nuevamente actores civiles dentro del sistema político.

“El golpe del 15 de octubre de 1979 se configura así, en perspectiva histórica, no sólo como un intento de superación de la crisis del régimen por parte de sus autores, sino también de configuración de una coalición dominante alternativa y construcción de un nuevo régimen. Puede considerarse, en definitiva, al mismo tiempo el acta de defunción del régimen político anterior y el acta de nacimiento de la transición política salvadoreña” (Montobbio, 1999: 44).

La junta cívico-militar, impulsada por los llamados “militares jóvenes”, incorporó a dos coroneles y a diferentes actores civiles miembros de los partidos políticos de oposición, de las universidades y un miembro de la empresa privada. Así, destaca la participación de nuevos actores en el desarrollo de esta propuesta de restitución del sistema político, mientras el ala dura de las Fuerzas Armadas y miembros de la oligarquía tradicionalmente vinculados a la política, quedan excluidos del proceso. De ahí la importancia de este suceso para entender la búsqueda de reconstruir la representación política y el desarrollo de un proyecto político por parte de estos sectores que, en aquel entonces, quedan fuera del arena política.

El esfuerzo democratizador de esta nueva alianza se cristaliza en el pronunciamiento de dos proclamas que, en síntesis, denunciaban las violaciones a los derechos humanos, abogaban pluralismo político, libertad electoral y reforma agraria y medidas tendientes a lograr una distribución equitativa de la riqueza nacional, entre otros. Sin embargo, estas proclamas no problematizaron sobre la democratización las relaciones entre civiles y militares (Walter y Williams, 1993: 53). Pese a los ánimos democratizadores de este proyecto político, la represión sistemática por parte de otros sectores militares y paramilitares no cesó. Este hecho deriva en la renuncia de los miembros civiles –salvo los pertenecientes al Partido Demócrata Cristiano- tres meses después de la instauración de la junta cívico-militar, cuestionando así, la autonomía política de dicho proyecto. Asimismo, tanto la izquierda radical como la

derecha conservadora, se opusieron diametralmente a este esfuerzo categorizándolo como “reformista”, en medio de un espectro político cada vez más confrontado.

La Junta cívico-militar constituye el último esfuerzo por mantener vigente un proyecto político reformista con participación directa de los militares. El fracaso de este ensayo, manifiesta los límites de un proyecto democratizador contradictorio que, a la vez que buscaba incorporar a sectores progresistas a la vida política, trataba de preservar una institucionalidad agotada dirigida por el ejército (Menjívar Ochoa, 2006: 81). Con la caída de la junta cívico –militar, tanto las Fuerzas Armadas como el ala opositora reformista se debilitan dramáticamente, esto último decanta en el fortalecimiento del sector radicalizado de la izquierda que, a partir de ese momento, hegemoniza y articula en torno a sí al bloque opositor emergente (Vásquez, 1997: 215). Esto se expresa en la intensificación de las movilizaciones sociales y en la alianza de los movimientos sociales con las organizaciones político militares durante la década de los ochenta.

La crisis había llegado a su punto más álgido hacia 1979. De tal suerte que, pese al esfuerzo por evitar el estallido social por parte de diversos sectores de la sociedad -entre los que destaca la oposición reformista, algunas facciones de las Fuerzas Armadas, algunos miembros de la elite económica e incluso de los Estados Unidos-, la guerra civil estalló a inicios de la década de 1980. De esta manera la crisis de hegemonía genera un vacío tan profundo dentro del sistema político que la disputa por la poder se traslada al ámbito militar durante más de una década.

2.2.2 La guerra civil

La guerra civil se desarrolla a lo largo de la década de los ochenta, dentro de un contexto político internacional polarizado expresado en la guerra fría, donde destaca la influencia de la vecina revolución sandinista, la revolución cubana y el papel de los Estados Unidos en el apoyo a la contrainsurgencia. Este momento constituye un momento de ruptura del orden político y social, en el que la preeminencia de los regimenes militares caduca y la elite económica se manifiesta incapaz de desarrollar un proyecto político capaz de cohesionar a la sociedad.

Durante 1980 nace un proyecto político de carácter revolucionario en el país en la disputa por la hegemonía. De esta forma, hacia mediados de dicho año se constituye la dirección unificada de las organizaciones político militares -luego de

numerosas rupturas y recomposiciones-. El objetivo fundamental consistía en instaurar un gobierno democrático revolucionario mediante la guerra popular. En octubre del mismo año nace el FMLN y, para en enero de 1981, se lleva a cabo la primera maniobra coordinada a nivel nacional denominada “ofensiva final”. Se trata de la primera gran acción militar desplegada por la insurgencia, la cual, pese a que no derivó en un triunfo insurreccional, si introdujo una serie de transformaciones en el espacio político. Así, destaca la creciente incursión del gobierno estadounidense en asuntos internos del país, un giro en el rol de las Fuerzas Armadas y la politización de diversos sectores en el país.

“Con la ofensiva general del FMLN se propone y logra cambiar radicalmente la correlación de fuerzas político-militares y la situación existente, abriendo paso a un nuevo período político en el país caracterizado por el despliegue de la guerra popular revolucionaria” (Lungo, 1990: 29).

A lo largo de la década en cuestión, se pueden diferenciar dos momentos en relación al devenir de la estrategia insurgente y contrainsurgente. En primer lugar, se da un período caracterizado por un amplio despliegue militar, seguido por un momento en el que se establecen mecanismos de búsqueda de soluciones políticas al conflicto (Vásquez; 1997: 220-221). El corte temporal se ubica alrededor del año 1984.

Un breve acercamiento permite visualizar algunas tendencias dentro de los momentos señalados. Del lado del FMLN se distinguen tres programas que revelan los cambios en la estrategia insurgente. El tránsito va desde el plan de *Gobierno Democrático Revolucionario* planteado en 1980, hacia *el Gobierno de Amplia Participación Popular* en 1984, para culminar en 1989 con el *Proyecto de la Revolución Democrática* (Ortiz y Sánchez, 1993: 264). Hacia inicios de la década de los ochenta destaca la primacía del componente militar dentro de la estrategia del Frente que, siguiendo el ejemplo nicaragüense, planteaba la posibilidad de una victoria insurreccional y el posterior despliegue de un proyecto hegemónico de corte marxista leninista.

Por su parte, las Fuerzas Armadas sufrieron drásticas transformaciones con relación al papel que habían jugado la mayor parte del Siglo XX en El Salvador. A nivel político durante década de 1980 se tornaron más independientes de los lineamientos de la elite económica, lo que le permitió lograr altos niveles de autonomía como institución (Walter y Williams, 1993: 58). En el ámbito militar destaca un acelerado desarrollo ligado a la estrategia contrainsurgente, producto de la

asesoría militar norteamericana. De esta manera, se observa que para 1981 duplica el número de sus efectivos y para 1983 alcanza niveles inusitados. Se trata de un giro a partir del cual las Fuerzas Armadas dejan de conformar un ejército burocrático y poco eficiente militarmente, para dar paso a un cuerpo militar modernizado y de grandes dimensiones (Lungo, 1990: 56).

A grandes rasgos, la primera mitad de los años ochenta se caracteriza por el auge del despliegue militar. Al respecto, el siguiente cuadro muestra la magnitud del crecimiento por parte de los actores directamente involucrados en la lucha militar en El Salvador: las Fuerzas Armadas, paramilitares y fuerzas insurgentes.

Cuadro No. 1: Incremento en los efectivos de las Fuerzas Armadas, Paramilitares e Insurgentes durante la primera mitad de la década de 1980

Año	Fuerzas Armadas	Paramilitares	Insurgentes
1980	7 250	5 000	3 000
1985	44 300	8 300	10 000

Fuente: Torres Rivas, 1990: 65

Por otra parte, durante esta etapa se incorporan nuevos actores políticos al sistema político salvadoreño. Destaca por una parte el papel que juega la política exterior norteamericana, la cual -como se apuntó- se constituye clave en el diseño de la contrainsurgencia en alianza con los militares. Por otra parte, algunos actores civiles aglutinados en la Democracia Cristiana mantienen presencia activa en la lucha política.

Paralelo a esto, comienza a vislumbrarse los primeros esfuerzos por parte de algunos empresarios por desarrollar un proyecto político coherente con sus intereses económicos y políticos. Gaspar Tapia, destaca como esta década vio luz a una progresiva politización del sector empresarial salvadoreño, sin embargo a comienzos de la década, la debilidad ideológica y política en que éstos se encontraban, no permitió el desarrollo de un proyecto político con el cual enfrentar al discurso reformista y modernizador que animaban a los demócratas cristianos, ni al proyecto insurgente desde el arena política (Gaspar Tapia, 1989).

A partir de la segunda mitad de la década de 1980 se comienzan a dar una serie de transformaciones en el país. Destaca el auge de una serie de procesos encaminados a encontrar una solución de carácter político a la crisis. No obstante, esto no excluye la vigencia y continuidad de estrategias de carácter militar por parte

de los actores confrontados en el país. De esta forma, a partir de 1984 se da un giro en la estrategia insurgente, la cual sin perder la dimensión militar, comienza paulatinamente a privilegiar el componente político. Durante esta etapa el aparato gubernamental se encuentra en manos de un proyecto reformista conformado por el establecimiento de la alianza entre la Democracia Cristiana, el gobierno de Estados Unidos y las Fuerzas Armadas. Este mantendrá el control estatal desde 1984 hasta 1989, llevando a cabo una serie de reformas económicas encaminadas a enfrentar la crisis y el conflicto por una parte – mediante reforma agraria, nacionalización de la banca y del comercio exterior, que en el fondo implicaba modificar las bases de poder de la oligarquía-, y una firme política contrainsurgente –apoyada por el gobierno norteamericano- por la otra (Gaspar Tapia, 1991: 86-87).

Aún cuando esta alianza fungió como actor clave durante esta etapa, no logra consolidar un proceso hegemónico dentro del país. Por una parte, el impuso de una serie de propuestas económicas de corte reformista -que sustentaban este proyecto-, encuentra insalvables límites en la medida que coinciden con la crisis a nivel mundial del modelo keynesiano, mientras genera un creciente malestar y oposición de la elite económica –por primera vez completamente excluida del poder político-. Al respecto, Paige documenta la oposición por parte este sector de la sociedad frente a esta nueva institucionalidad, acusando incluso estas medidas de comunistas, mientras sostenían que la reforma agraria jugaba un papel negativo en la producción y creaba una atmósfera de inseguridad (Paige, 1993: 18). Por otra parte, la alianza democristiana se encuentra ante el reto de enfrentar a un proyecto revolucionario que logra cohesionar en torno a sí a diversos sectores de la sociedad. En efecto, no se trata de un simple levantamiento, sino de un movimiento de gran envergadura que buscaba implantar una hegemonía alternativa en la sociedad salvadoreña; es decir, se trata del proyecto contrahegemónico más importante de la historia del país.

Hacia finales de la década de los ochenta, pese a la persistencia de la guerra civil, el contexto nacional e internacional sufre profundas transformaciones. A nivel mundial destaca el debilitamiento del bloque socialista, la caída del muro de Berlín, el auge del modelo de desarrollo neoliberal, el cambio de mandato en Estados Unidos –con la salida de Reagan y su política de revitalización de la “segunda guerra fría”-, la derrota del gobierno sandinista mediante elecciones en Nicaragua y el incremento

de los esfuerzos formales de pacificación en la región, sobre todo a partir del Acuerdo de Esquipulas, entre otros elementos²⁰.

En este marco, hacia noviembre de 1989 unidades del FMLN lanzaron una impresionante ofensiva militar en San Salvador que duró varios días. En términos militares la ofensiva mostró que la guerrilla se encontraba lejos de estar debilitada (Gaspar Tapia, 1991: 100). Según Rojo Curiel, lo más importante de este suceso, fue el impacto que provocó en la prensa mundial, pues evidenció los límites de la estrategia contrainsurgente y puso sobre la mesa la necesidad de la negociación (Rojo Curiel, 1990: 82). Por otra parte, el 16 de noviembre del mismo año, unidades del ejército irrumpen en la sede de la Universidad Centroamericana (UCA) y mata a seis jesuitas académicos y dos empeladas: el rector Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín Baró, Segundo Montes, Amando López, Joaquín López y López y Juan Ramón Moreno, Julia Elba Ramos y Celina Ramos. El impacto que generó entre la comunidad internacional, derivó en presiones directas hacia el gobierno de Cristiani por negociar y poner fin a la guerra civil y los abusos cometidos por las Fuerzas Armadas.

Luego de la ofensiva de 1989, el FMLN comienza a hacer explícito un giro radical, muy a tono con los cambios en el contexto internacional. Muestra de ello, es que luego del señalado *Proyecto de la Revolución Democrática* en 1990, se hace pública el documento titulado *Proclama del FMLN a la Nación. La revolución democrática*, en el cual se plantean cuatro grandes cambios: fin al militarismo, un nuevo orden económico social, la democratización nacional y política exterior independiente. Este documento muestra un viraje en la estrategia insurgente, que posteriormente deriva en las negociaciones de los Acuerdos de Paz con el gobierno salvadoreño (Ortiz y Sánchez, 1993: 269). En efecto, la caída de los referentes ideológicos de izquierda y del bloque socialista que habían sustentado el proyecto revolucionario del Frente, decanta en profundas transformaciones en su estrategia, elemento que se analizará con más detalle en el siguiente capítulo.

²⁰ El 7 de agosto en 1987 se firma el *Acuerdo de Esquipulas: Procedimiento para establecer la Paz firme y duradera en Centroamérica* en Guatemala, el cual consistía en un compromiso firmado por los presidentes de Costa Rica, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Guatemala, que buscaba la pacificación de la región. Sin embargo, se trata de un proceso de negociación regional y no plantea las negociaciones nacionales en forma clara. Sarti sostiene que una debilidad de este instrumento, como mecanismo de negociación, radica en que éste partía de reconocer la legalidad de los gobiernos centroamericanos y deslegitimar el cuestionamiento armado, por lo que no deja margen para que las fuerzas beligerantes negocien en igualdad de condiciones (Sarti, 1993: 339).

Por otra parte, a nivel nacional destaca la emergencia de un actor excluido, en ese entonces, del sistema político. Se trata de la elite económica, la cual reconstruye su representación política en torno al partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) durante la segunda mitad de la década de los ochenta. Este proceso que, se analiza con detalle en el siguiente capítulo, constituye el germen del proceso hegemónico que tiene lugar para la siguiente década. Este actor obtiene importantes triunfos electorales hacia finales de los años ochenta; primero en las elecciones legislativas de 1988 se posiciona en primer lugar y luego para 1989 consigue el control del ejecutivo por mayoría absoluta. De esta forma queda socavado cualquier intento de proyecto reformista y relega a la Democracia Cristiana del sistema político salvadoreño, evidenciando así los límites de éste en su pretensión de tornarse un proyecto capaz de cohesionar a la sociedad salvadoreña.

Ligado al primer gobierno de ARENA, en 1989 se comienza a implementar un conjunto de medidas de estabilización y ajuste correspondientes al modelo de desarrollo neoliberal, lo cual transformó el rostro del país. Se trata de un proceso que, no solo sustituye el modelo económico agroexportador, sino también replantea el papel del Estado y las relaciones sociales que se desarrollan dentro de la sociedad salvadoreña. Estas transformaciones se enmarcan en un momento caracterizado por el auge del neoliberalismo como fundamento de un modelo de desarrollo único y válido para la región. En efecto, el contexto económico y político internacional había cambiado en América Latina y el mundo.

La implementación del nuevo modelo de desarrollo en el país, se lleva a cabo mediante un proceso de reforma económica impulsada a partir del primer gobierno de ARENA. En síntesis, las medidas de ajuste estructural incluían cambios en el sistema comercial y tributario, así como un impulso general de la privatización y liberación. Segovia señala que la política económica impulsada desde 1989 implicó un cambio de modelo de desarrollo económico y, no se redujo a una mera salida de la crisis económica de finales de la década de 1980:

“Mientras que el programa de ajuste iniciado en 1989 tenía las metas habituales de combatir la inflación y alcanzar la estabilidad macroeconómica, su objetivo fundamental era sentar las bases para implementar en el país un modelo económico basado en la empresa privada” (Segovia, 1999: 85).

La posibilidad de llevar a cabo un cambio en el modelo económico dentro de un contexto caracterizado por el auge de la guerra civil, así como la profundidad del

programa de ajuste iniciado durante la gestión del presidente Alfredo Cristiani, se relaciona con una serie de transformaciones que tienen lugar durante la segunda mitad de la década de los ochenta. Al respecto, se puede enumerar una serie de fenómenos y cambios tanto a nivel nacional como internacional que, en el fondo, posibilitan la implementación y posterior profundización de la reforma económica de corte neoliberal en el país:

- La disminución de las tensiones políticas y militares regionales e internas, lo que se traduce en el fin de la guerra fría y en los primeros intentos de negociación de una salida política a la guerra civil.
- El auge en los países Latinoamericanos de un modelo económico fundamentado en las recetas esbozadas por el Consenso de Washington, lo cual comienza a verse como la salida más *viable* a la crisis económica que tenía sumergida a la región.
- El reestablecimiento de la alianza entre el gobierno y el sector privado, manifiesto en la recomposición de la representación política de los sectores empresariales en torno al partido ARENA.
- El estancamiento de la economía, la crisis de la agricultura tradicional y un cambio de generación en miembros de la elite económica, influyeron en las elites económicas para que aceptaran el modelo de modernización neoliberal.
- El papel en el diseño de las medidas de ajuste y la participación en el gobierno de miembros de la Fundación Salvadoreña de Desarrollo Económico y Social (FUSADES) –fundada en 1983 por el sector privado–, el cual constituye el principal centro de producción de conocimiento de la elite empresarial, cumpliendo el papel de lo que Gramsci denomina *intelectual orgánico*.
- El aumento masivo de entrada de divisas en forma de remesas, que en el fondo ha constituido el sostén de la estabilidad lograda con dichas medidas en el corto plazo (Segovia, 1999: 80).
- De manera complementaria la U.S. Agency for International Development (AID) jugó un papel fundamental en la promoción y financiamiento de la implementación de las políticas de ajuste estructural. En 1985 esta institución de financiamiento internacional cambió su política hacia el país, así se apoya la reestructuración de la economía dirigida a la liberalización económica - mediante el apoyo directo a FUSADES-, en detrimento de las políticas de

corte reformista que tradicionalmente habían promovido en el país (Van der Borgh, 2000: 41).

Por otro parte, durante la década de 1980 se sientan las bases de una nueva institucionalidad política. Se trata de un proceso de reforma política que tiene sus raíces en 1979 y decanta en la firma de los Acuerdos de Paz en 1992. Según González, se trata de un proceso caracterizado por el paso de una matriz socioeconómica a otra, en el cual no solo se desarrolla un nuevo modelo económico, sino un nuevo modelo estatal, es decir, se redefinen las funciones del Estado dentro de la sociedad global (González, 2002: 120). Cabe destacar que, para nuestro caso, el nuevo modelo estatal se lleva a cabo en torno a un Estado extremadamente débil y en un período caracterizado por una aguda crisis hegemónica.

2.3 Nuevo escenario: Pacificación, democratización y liberalización económica

Un nuevo escenario en la historia política salvadoreña se abre a inicios de la década de los noventa. Se trata del marco en el cual se inscribe el proceso hegemónico que analiza el presente estudio. Así, en un contexto internacional marcado por *el fin de las ideologías*, en El Salvador se lleva a cabo un triple proceso que incluye pacificación, democratización y la implementación de una reforma económica encaminada a liberalizar la economía. Si bien constituyen procesos interrelacionados, la reforma económica se lleva a cabo como política gubernamental previo a la cristalización de un proceso de negociaciones orientadas a democratizar y pacificar la sociedad, constituyendo así, un marco preestablecido en el cual se inserta la reforma política. Esto derivó en el predominio de las políticas neoliberales –asociado al rol limitado del papel del Estado y a una preocupación casi nula en la redistribución- durante el período de reconstrucción de la posguerra (Van der Borgh, 2000: 36). Este elemento establece límites a las potencialidades democratizadoras de este esfuerzo por reconstruir el país.

Se trata entonces, de dos procesos vinculados que, no obstante, no se desarrollan de forma simultánea. Al respecto, Boyce llama la atención sobre la forma en que el gobierno salvadoreño y las instituciones de financiamiento internacional -

la AID durante los años 80 y el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional para la década siguiente-, aplicaron la misma política de estabilización macroeconómica y ajuste estructural que se habría adoptado si el país no hubiera estado en guerra. Esto revela una ruptura entre la propuesta de modernización económica del país y los procesos de democratización y pacificación de la sociedad. En este sentido, el autor señalado critica fuertemente la falta de coordinación entre la política económica y el proceso de paz:

“Un elemento central de los programas de ajuste estructural respaldados por las IFI (instituciones de financiamiento internacional) ha sido la “modernización” del Estado, que en la práctica ha consistido principalmente en medidas de redimensionamiento del Estado, como la privatización de empresas estatales y la eliminación de ciertos organismos y funciones, combinadas con intentos de aumentar la eficiencia de lo que queda... No obstante, lo que generalmente ha faltado en las recetas de las IFI ha sido la democratización, tanto en su sentido amplio de promover una distribución más equitativa del poder como en su sentido restringido de fortalecer instituciones democráticas tales como elecciones libres, la protección de los derechos humanos y la administración de la justicia” (Boyce, 1999: 31).

Como se señaló, la reforma económica inicia con la implementación de las medidas de ajuste estructural impulsada por el gobierno de ARENA en 1989. En términos generales, este proceso introduce una nueva racionalidad ligada a la primacía del mercado sobre las relaciones sociales, se caracteriza por el papel protagónico de los empresarios y genera un nuevo proceso de reconcentración del poder económico, el cual redefine los espacios de participación de la riqueza. Es decir, esta reforma corresponde a la redefinición de los ejes centrales de acumulación de capital (Ramos, 2002: 81). Al respecto, un estudio elaborado por Albiac revela como la implementación de las medidas de ajuste estructural en el país, deriva en la recomposición de la elite económica en torno a la privatización de la banca, en un proceso similar ocurrido con el café a finales del Siglo XIX (Albiac, 2002: 165).

Se trata de un cambio en el modelo productivo fundamentado en la promoción de las exportaciones no tradicionales, el cual socava el modelo económico agroexportador vigente durante la mayor parte de la historia del país. Segovia destaca tres diferencias entre ambos, las cuales expresan el surgimiento de un nuevo orden económico y su consecuente redefinición de relaciones sociales: a) la inserción de la economía en los mercados internacionales se basa en una nueva integración a Estados Unidos a través de las migraciones y las exportaciones de maquila; b) el nuevo modelo se fundamenta en una estabilidad financiera y cambiaria

sustentada en la disponibilidad del dólar proveniente de nuevas fuentes de divisa y; c), la promoción del mercado regional como base para ampliar los espacios de acumulación de los grupos económicos vinculados a la banca, los servicios y el comercio (Segovia, 2005: 18-21).

Este nuevo modelo productivo se caracteriza por la centralidad del mercado en la asignación de recursos y la consiguiente redefinición del rol del Estado. De tal suerte, este proceso implica el replanteamiento del papel estatal en relación a su injerencia dentro de los procesos económicos y sociales en el país; sin embargo, esto no significa que éste se haya vuelto marginal, más bien su participación ha sido decisiva en la implementación y profundización de este nuevo modelo económico. Segovia señala que, el Estado ha generado y garantizado una serie de condiciones básicas para la instauración de un régimen económico basado en el mercado y liderado por el sector empresarial. De tal forma, se ha promovido desde el Estado el desarrollo de las privatizaciones, el mantenimiento de la estabilidad macroeconómica, la reducción de impuestos y el otorgamiento de exenciones y exoneraciones, la liberalización de precios internos y la desregulación de las economías (Segovia, 2005: 22).

Por su parte, el proceso de reforma política abarca la democratización y la pacificación de la sociedad. Lo fundamental radica en la instauración de canales de mediación y resolución de conflictos que buscan eliminar la confrontación directa y violenta entre los diferentes actores políticos, mientras se establecen mecanismos que permiten la inserción de actores históricamente excluidos al sistema político. En efecto, este proceso que encuentra su máxima expresión en la firma de los Acuerdos de Paz en 1992, introduce una nueva racionalidad política que, a diferencia de la reforma económica, si abre la puerta a una redistribución del poder político y a una ampliación de los espacios de participación ciudadana (Ramos, 2002: 79-82). Se trata entonces, de un parteaguas que marca el inicio de la posguerra salvadoreña.

Cabe destacar que, a diferencia de los proceso de transición política en otros países latinoamericanos, los cuales perseguían re-democratizar a la sociedad, en El Salvador se busca construir un régimen político de carácter democrático sobre la base de un sistema político históricamente excluyente. En efecto, las particularidades del caso vuelven primordial tomar en cuenta que, la democratización se instaura con innumerables retos, en un país caracterizado por la persistencia de altos nivel de subdesarrollo, amplia brecha de desigualdades y la herencia de una cruda guerra

civil. Se trata pues, de un proceso implementado dentro de un contexto en el cual no existía tradición de búsqueda de consensos y negociación como regulación de conflictos dentro de la sociedad (Goma y Font, 1996: 737-740).

Un acercamiento a la transición democrática permite distinguir dos fases. Primero, y todavía en contexto de guerra, se lleva a cabo un proceso de transformación del sistema político desde *arriba*. Aquí se plantea una democracia fundamentada en un pacto de exclusión entre ejército y partidos políticos que, en el fondo, buscaba frenar la estrategia insurgente mediante la concesión de espacios de participación en el sistema político a actores civiles “moderados”, es decir, a aquéllos no *comunistas*. Es importante destacar que en este período se fundamentan las transformaciones institucionales a nivel formal, entre los que destaca la redacción de la *Constitución de la República* que enmarca el proceso de pacificación y que continua vigente hasta la actualidad (Sáenz de Tejada, 2007: 135).

La segunda fase, que cataliza con la firma de los Acuerdos de Paz, incluye la legalización del FMLN, el traspaso de las fuerzas de seguridad nacional a manos civiles y una reforma electoral. Así, después de un largo proceso de diálogo, el 16 de enero de 1992 se suscriben los Acuerdos de Paz en el Castillo de Chapultepec (México), los cuales posibilitan consolidar la democratización del país, al menos en un nivel formal, mientras replantearon el escenario político salvadoreño. Se trata de un proceso de transición desde *abajo*, en el cual destaca el papel de la insurgencia popular como actor capaz de negociar nuevas reglas dentro del sistema político, frente a una elite que históricamente se había opuesto a la democratización de la sociedad. Al respecto, Wood señala que el proceso de transición en dicho país dependió en gran medida de la movilización popular; de tal suerte, la autora define al caso salvadoreño como un ejemplo de *patrón insurgente de democracia* (Wood, 2000: 5).

De esta forma, se asiste a un proceso inédito en la historia salvadoreña en tanto se abren espacios de negociación y participación hacia actores políticos hasta entonces excluidos. Los Acuerdos, producto de una serie de negociaciones en las que jugó un papel fundamental como instancia mediadora la Organización de las Naciones Unidas (ONU), básicamente constituyen un conjunto de concesiones llevadas a cabo por ambos bandos e implementadas en los años subsiguientes a la firma del acuerdo legal. A nivel general, los compromisos establecidos en el documento consistía en:

“El gobierno aceptó reconocer al FMLN como partido político legítimo, disolver las fuerzas policiales paramilitares y reemplazarlas con una Policía Nacional Civil (PNC) nueva y políticamente neutral, expulsar de las fuerzas armadas a los responsables de violaciones de derechos humanos, reformar el poder judicial, establecer instituciones democráticas nuevas y entregar tierras a ex combatientes y partidarios del FMLN: los guerrilleros, a su vez, se comprometieron a deponer las armas y a participar en elecciones democráticas” (Boyce, 1999: 22).

Cabe destacar que, aún cuando el Acuerdo constituyó la base para redefinir las relaciones sociales y políticas del país, la implementación de los compromisos no estuvo exenta de dificultades y oposiciones. Esto se manifiesta en la necesidad, de renegociar y recalendarizar algunos acuerdos puntuales durante los meses siguientes a la firma del tratado (Cardenal, 2002). Es decir, el proceso de negociación política no se cerró con la firma del Acuerdo.

Los Acuerdos de Paz no solo pusieron fin a la guerra civil, sino que constituye un intento de consolidar una paz sustentable y un ensayo de replantear a la nación salvadoreña misma. En este sentido, el documento enfatizó en procesos que iban dirigidos a la democratización y desmilitarización de la sociedad, buscando sobre todo transformar el carácter coercitivo y represivo que había caracterizado al Estado salvadoreño desde su nacimiento. Sin embargo, no abordaron el debate sobre los aspectos socioeconómicos, dejando así, la puerta abierta a la profundización del modelo neoliberal impulsado por el proyecto político de derecha desde 1989.

En síntesis, con los Acuerdos de Paz cristalizó el proceso de transición en el país, sin embargo, en la elaboración del documento no hubo mayor discusión en torno a la política económica y la disminución del papel del Estado en la sociedad, abriendo así la posibilidad de la continuidad de las políticas neoliberales durante la posguerra, promovido por los subsecuentes gobiernos en manos de la ARENA. La continuidad de dichas políticas, no ha estado exenta de discusión y oposición por parte de otros actores políticos, sobre todo en los sectores de izquierda del país, no obstante, el bloque hegemónico liderado por la derecha, ha logrado implantarlas y profundizarlas a lo largo de la posguerra (Van der Borgh, 2000).

En este marco, las rearticulación del sistema político se dio en torno a tres referentes: democracia, neoliberalismo y derechos humanos, los cuales fueron reinterpretados y asumidos como conceptos universales válidos para todas las naciones y como único marco de posibilidades en el que se insertarían las relaciones sociales y políticas de posguerra. Dentro de este proceso se revitaliza la fe en las

nociones occidentales de liberalismo y democracia, e incluso se llega a establecer un vínculo incuestionable entre ambos, lo cual se refleja en los debates realizados sobre reforma institucional, electoral y política los cuales estuvieron indisolublemente articulados a los debates en torno a la privatización económica y a las medidas de ajuste estructural (Pearce, 1998: 600-603). En el fondo, esta relación que se inscribe en una serie de fundamentos de corte conservador de larga data en el país, se ha convertido en el marco político- ideológico que, como se verá en el siguiente capítulo, sustenta el proyecto hegemónico encarnado por el partido ARENA.

La reforma neoliberal y la reforma política establecen un nuevo escenario sociopolítico que redefinen posibilidades y límites a los actores políticos en el país. Mientras el proceso de reforma económica es dirigido por el propio proyecto político de derecha, los procesos de democratización y pacificación derivan de un complejo proceso de negociación entre diferentes actores, entre los cuales destaca el papel del proyecto contrahegemónico encarnado en el FMLN, mientras ARENA solo constituye una de las partes. Por otra parte -tal como se analiza en el último capítulo- los procesos de reforma apuntados, a la vez que establecen el escenario en el cual se desarrolla un proceso hegemónico, sirven de soporte económico, político, cultural e ideológico al proyecto político de derecha a partir de la década de los noventa.

Capítulo 3: En busca de la Hegemonía

Con los procesos de pacificación, democratización y liberalización económica se abre un nuevo escenario social, político y económico en El Salvador. Así, luego de una aguda crisis hegemónica, manifiesta en la caída de los gobiernos militares hacia finales de los años setenta y el desarrollo de la guerra civil durante la década de los ochenta, se abre la posibilidad de desarrollar un proceso hegemónico capaz de crear consensos en la sociedad y legitimar un orden social en el país. Se trata entonces, de un parteaguas en la historia del país que brinda la posibilidad de rearticular a la sociedad salvadoreña.

En este marco un sector de la sociedad -conformada por empresarios politizados, intelectuales de derecha y militares radicales, entre otros-, se convierte en un actor privilegiado dentro del naciente sistema democrático. Se trata de lo que en la presente investigación se denomina “proyecto político de derecha”, el cual constituye un *proyecto político* en el sentido referido en el primer capítulo. Es decir, se ha llevado un proceso hegemónico hacia el interior de un determinado grupo social, el cual, por otra parte busca interpelar al conjunto de la sociedad e instituir un determinado orden social. De esta manera, este sector aglutinado en torno al partido político Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) se plantea, al menos en sus inicios, como un proyecto con pretensión de control estatal que, persigue incorporar a diferentes sectores sociales con el fin de presentarse como una fuerza “nacional”.

Se reconoce que este proyecto político no agota las expresiones de derecha del país –concebidas como aquellas que privilegian una serie de actitudes políticas orientadas al mantenimiento del status quo, un anhelo al poder para mantener el orden y las jerarquías establecidas (Fediakova, 2003: 38-39)-. Al contrario, destaca la vigencia del Partido de Conciliación Nacional (PCN) como actor relevante del sistema político salvadoreño hasta la actualidad. Como se refirió en el capítulo anterior, desde la década de los sesenta este partido opera como la representación política de diversos sectores ligados al poder militar. No obstante, el proyecto ligado a ARENA logra incorporar a una serie de actores cuyo principal punto de convergencia es precisamente su postura de derecha. Es decir, es un proyecto político que surge frente al reto de reconstruir la representación política de una serie de actores políticos conservadores y fundamentalmente *anticomunistas*.

Identificar a este sector con el conservadurismo político no está exento de ambigüedades, las cuales derivan de la inexistencia de una teoría común que haga referencias a todos aquellos que se definen o son definidos como conservadores. Frente a ello, el concepto esbozado por Bobbio resulta útil, en tanto identifica el conservadurismo con aquellas ideas y actitudes que apuntan al mantenimiento del sistema político existente y de sus modalidades de funcionamiento, mientras se contraponen a otras fuerzas innovadoras (Bobbio, 2005: 318). Por otra parte, Giddens señala que la ideología conservadora se caracteriza por el énfasis en tres principios orgánicos: la autoridad, la lealtad y la tradición (Giddens, 2000). En este sentido, se reconoce que, ARENA nace como un partido de derecha y eminentemente conservador.

El presente capítulo busca delinear el proceso mediante el cual dicho proyecto logra tornarse hegemónico. Durante la segunda mitad de la década de los ochenta se lleva a cabo un proceso en el cual se reconstruye la representación política de la elite empresarial alrededor del partido ARENA, el cual establece un puente entre ésta y otros sectores conservadores de la sociedad. Por otra parte, surge la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES), como centro de generación de conocimiento representante de los intereses de los grupos empresariales, el cual elabora -con apoyo de la AID- un proyecto de desarrollo económico de corte neoliberal que, sienta las bases y el diseño del proceso de reforma económica en el país. Estos fenómenos se llevan a cabo en un marco caracterizado por el auge de un proyecto insurgente popular y de la exclusión de la elite económica de las decisiones gubernamentales por parte de un proyecto liderado por la democracia cristiana, frente a lo cual, decanta un proceso de apertura y cambios internos dentro del partido ARENA. Estas transformaciones desembocan en el fortalecimiento del proyecto político de derecha en sus pretensiones de tornarse hegemónico y, plantear así, un nuevo orden social, económico y político en el país.

En esta línea, el capítulo se orienta a develar las raíces de la hegemonía del proyecto de derecha. Para ello se comenzará analizando su proceso de surgimiento, los actores que lo integran, los principales puntos de quiebre y recomposición y el fundamento ideológico del partido ARENA; labor que permitirá ubicar un proyecto político renovado y capaz de aglutinar a varios sectores del país en torno a los empresarios. Como se señaló, dentro de este proceso, destacan una serie de transformaciones desarrolladas hacia mediados de la década de los ochenta en el

país, lo cual deriva no solo en la recomposición de la representación política de los empresarios en torno a dicho partido, sino más importante aún, en la posibilidad misma de que éste se convirtiera en un actor hegemónico dentro de la sociedad salvadoreña.

Por otra parte, tal como se argumentó en el primer capítulo, la hegemonía se caracteriza por ser un proceso abierto y relacional, lo cual permite el surgimiento de proyectos alternativos o contrahegemónicos, que para el caso salvadoreño se encarna en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). En tanto la hegemonía constituye un proceso relacional, se vuelve fundamental esbozar las características más importantes del actor político que se le contrapone. En este sentido, este capítulo buscará esbozar algunas pistas en las transformaciones organizativas y los principales postulados ideológicos que ha sufrido el FMLN en el marco de reconfiguración política referido.

3.1 ARENA: búsqueda de los empresarios por configurar un proyecto hegemónico.

*Alianza Republicana Nacionalista de El Salvador
Presente, Presente por la Patria
Libertad se escribe con sangre, trabajo con el sudor
Unamos sudor y sangre
Pero primero El Salvador
Cuando en la amada Patria
Extrañas voces se oyeron
Los Nacionalistas surgieron diciendo así
Patria si comunismo no, Patria si comunismo no
Libertad se escribe con sangre, trabajo con el sudor
Unamos sudor y sangre
Pero primero El Salvador
El Salvador será la tumba
Donde los rojos terminarán
Salvándose así América
Nuestra América inmortal
¡ARENA!
(Marcha de ARENA)*

Hacia 1986 termina de gestarse un nuevo proyecto político por parte de los grupos de poder económico en el país. Dicho proyecto aglutinado en torno al partido ARENA adquiere el poder estatal a partir de las elecciones de 1989, luego de emprender una intensa contraofensiva política e ideológica. Con la llegada de este sector a la presidencia, se modificó la estructura económica del país a partir de un serie de

transformaciones fundamentadas en políticas de ajuste estructural, que, en el fondo, seguían las indicaciones de Consenso de Washington y estaban muy a tono con los cambios en política económica mundial.

Con el triunfo de ARENA se abre un nuevo período en la configuración social, política y económica de El Salvador. En efecto, el ascenso de este proyecto de derecha al espacio político se puede interpretar como un cambio sustancial en la historia política del país, tal y como lo señaló agudamente Ellacuría en un importante análisis de coyuntura realizado el mismo año (Ellacuría, 1989). Una editorial de la revista Estudios Centroamericanos (ECA) escrita más de una década después, señala la esencia de las transformaciones que implicó el auge del proyecto político de las clases económicas dominantes del país:

“El triunfo de ARENA, en 1989, significa el retorno de los empresarios a la administración del Estado, después de más de medio siglo de alejamiento. En ese entonces, el grupo empresarial que dirige la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social –FUSADES–, asumió la dirección del Estado con el propósito de introducir reformas orientadas a superar la crisis económica que, según ellos, era consecuencia de la guerra, de la intervención estatal y de una dirección equivocada de la economía, por parte del Partido Demócrata Cristiano –PDC–“ (ECA, 2002: 600).

De esta forma, luego de casi seis décadas la elite económica retoma el control directo del Estado mientras se vuelve un protagonista central dentro de los procesos sociales, políticos y económicos a partir de entonces. Para entender este fenómeno resulta sustancial enfocar la mirada, por una parte, al proceso de reconstitución y politización del sector empresarial, así como su relación con los actores políticos frente a los cuales se ha construido; por otra parte, hacia el proceso de apertura y transformación que se lleva a cabo al interior del partido ARENA hacia mediados de la década de los ochenta, lo cual explica la capacidad de formular un proyecto político en torno a éste. Estos fenómenos se inscriben en un marco caracterizado por cambios acelerados dentro de la geopolítica mundial, lo cual va de la mano con un el nuevo modelo económico en auge desde la década de los ochenta en el mundo. Finalmente, abordar el surgimiento de un *proyecto político*, en tanto corresponde a un proceso hegemónico, impone la necesidad de orientar el análisis hacia los componentes ideológicos en los que éste se sustenta.

3.1.1 Politización de los empresarios

En El Salvador un reducido grupo económicamente dominante se originó en torno al café hacia finales del Siglo XIX y se consolidó en el Siglo XX. Según Paige, el éxito de esta elite derivó de la capacidad de integrar todas las fases de la producción cafetalera, esto les permitió extender el control al resto de la economía nacional (Paige, 1993: 10). Este autor sostiene además que, el mismo proceso cafetalero generó dos facciones, una de carácter agro financiero y otra que vinculaba las actividades agrícolas con su procesamiento industrial y la exportación. Estos últimos fueron progresivamente enriqueciéndose más que los primeros; incluso para la década de los sesenta, la división entre ambas facciones era suficientemente fuerte al punto que se crea la Asociación Salvadoreña de Beneficiadores y Exportadores de Café, que se separa de la tradicional Asociación Salvadoreña del Café. Sin embargo esto no puede interpretarse como un quiebre radical en relación con la postura política e ideológica. En el fondo el ala oligarca tradicional se tornó capaz de dirigir a la elite económica durante la mayor parte del Siglo XX, buscando naturalizar una visión de mundo cargada de componentes conservadores.

Hacia finales del siglo pasado, la división en el seno de la elite salvadoreña se mantiene. En efecto, para la década de los ochenta se distinguen dos sectores dentro de la oligarquía salvadoreña que derivan del proceso de diferenciación señalado por Paige. Sin embargo, sería un error reducir esta escisión simplemente en función de la rama productiva. Al respecto, Gaspar Tapia sostiene que la división de la burguesía en un sector oligarca terrateniente y en burguesía industrial comercial y financiera, no constituye un criterio de diferenciación suficientemente sólido para entender las relaciones entre dichos sectores hacia finales del Siglo XX. De un lado no advierte el desplazamiento de capitales del sector agroexportador hacia otras ramas de la economía; de otro lado, argumenta que para el caso salvadoreño las conductas políticas no se configuran en torno a posiciones exclusivamente productivas:

“La clase dominante en períodos de normalidad no presenta mayores fraccionamientos, su permanencia central está dada por la agricultura la cual constituye la base originaria de la acumulación, la diferenciación productiva no alcanza una magnitud suficiente como para configurar fracciones estructuralmente distintas” (Gaspar Tapia, 1989: 8).

La diferencia se fundamenta en la orientación teórica del modelo económico propuesto por cada facción, es decir del tipo de mercado al cual se dirige y de los

requerimientos de política económica necesarios para el mismo. Al respecto, Gaspar Tapia distingue, para la década de los ochenta, entre un sector que promulga por un modelo económico de corte neoliberal y otro más conservador orientado hacia el mercado interno y subregional (Gaspar Tapia, 1989: 9). Por otra parte, Albiac, señala que para los años ochenta la diferencia al interior de la elite se vincula además, con un cambio generacional respecto a la elite tradicional de hacendados. Se trata de jóvenes empresarios formados en Estados Unidos que, a la vez que abogan por cambios en el modelo económico, adquieren mayores cuotas de poder dentro de las gremiales empresariales (Albiac, 2002: 173).

Emerge así un sector de empresarios que generan una serie de reacomodos y transformaciones al interior del grupo económicamente dominante del país. Sin embargo, las distinciones al interior del sector empresarial no produce divisiones abruptas en relación a su visión de mundo y sobre todo respecto a la defensa de su posición privilegiada dentro de la sociedad salvadoreña. Esto, aunado a la relativa poca injerencia directa de capitales extranjeros durante buena parte de la historia del país, ayudan a explicar la capacidad de articulación política que desarrolló esta elite durante la etapa abordada.

Con la caída de los gobiernos militares y la emergencia de la guerra civil, los sectores empresariales habían quedado marginados del sistema político. Hacia la década de los ochenta, frente a la lucha de dos proyectos políticos ajenos a los empresarios por tornarse hegemónicos en el país – El FMLN por un lado y la Alianza del PDC con la política norteamericana del otro-, el sector privado se vio ante el reto de recomponer su representación política. Labor fundamental ante una serie de factores que ponían en cuestión su posición privilegiada, tales como la crítica establecida por la guerrilla sobre la acumulación de la riqueza en pocas manos; las medidas reformistas, promovidas por el PDC, que atentaban contra los ejes de su acumulación y; en general, la necesidad de replantear su papel ante la sociedad.

Sin embargo, la reconstrucción de la representación política por parte de la clase empresarial no parte de cero. Zamora remarca que, aún cuando la elite económica no tuviera el control directo de los gobiernos desde la década de los treinta, durante los gobiernos militares mantuvo una serie de vínculos que les permitía participar dentro de los espacios de poder:

“No es hasta que la histórica alianza entre militares, gobierno de los EEUU y clase empresarial se rompe, que la derecha política, el empresariado en general, perciben la necesidad de desarrollar su propio instrumento de representación política y se empeñan en construirlo. Que lo haya logrado en tan corto tiempo y con tanto éxito es una clara indicación de que no estaban totalmente impreparados para la tarea, pues, si bien es cierto, que en las últimas décadas los partidos dominantes fueron creación y coto de los militares, la burguesía nunca los dejó crecer totalmente divorciados de ella y una buena cantidad de sus cuadros los frecuentaron y eran parte de las estructuras del partido oficial” (Zamora, 1998: 45-46).

Lo fundamental radica entonces, en un proceso de politización de los empresarios que tuvo lugar durante la década de los ochenta. Gaspar Tapia señala que la oposición de la elite a las reformas económicas planteadas por el gobierno democristiano decantó este proceso. Así, sostiene que este conflicto encontró un punto álgido en la vasta movilización con la que el sector privado logró desactivar una serie de reformas hacia fines de 1986 y principios de 1987, evidenciando así el nivel de politización del empresariado salvadoreño para la fecha:

“Esta movilización, que tuvo su punto más alto en el paro empresarial que se desarrolló el 22 de enero de 1987 marcó en nuestra opinión el punto de arranque para una ofensiva liberal en el país ...Es interesante subrayar como a lo largo de esta aludida ofensiva, las agrupaciones empresariales bajan progresivamente la intensidad de su protagonismo y el espacio es llenado paulatinamente por ARENA” (Gaspar Tapia, 1989: VII-VIII).

Aún cuando el partido ARENA surge a inicio de los años ochenta, el proceso mediante el cual el sector privado se aglutinó alrededor del partido político fue gradual. Éste se dio paralelo al desarrollo de la guerra civil y el innegable papel del FMLN como actor congrahgemónico en el escenario nacional, mientras dentro del contexto internacional destaca el gobierno sandinista en Nicaragua de un lado y el auge del modelo neoliberal del otro. En este marco, los actores involucrados replantean una serie de elementos, que, en última instancia posibilitan la creación de un proyecto político en el sentido referido, esta labor hace posible la paulatina convergencia entre el recién creado partido político ARENA y las agrupaciones corporativas del sector privado. Estos elementos son señalados agudamente por Gaspar Tapia:

- La construcción de una nueva conciencia y revalorización del papel de la libre empresa y los empresarios en la sociedad. Esto permitió replantear el discurso empresarial como sustituto de actitud culpógena y defensiva frente a ofensiva anticapitalista.

- Replanteo de rol y discurso frente a la sociedad, el sector privado se presenta como portador de un proyecto de sociedad amplio y pluralista. Aquí destaca la actitud hacia los sectores informales, a quienes se equipara con los empresarios como un mecanismo para incorporarlos al proyecto de nación.
- Necesidad de cambio en modelo económico.
- Participación en el naciente sistema político, apropiándose del discurso de la democracia representativa (Gaspar Tapia, 1989: 131).

3.1.2 *Constitución de ARENA*

El partido ARENA tiene sus orígenes en el sector más conservador del país que se radicaliza durante la década de 1970. Se trata de un grupo de militares, profesionales y empresarios, que habían participado en movilizaciones contra el primer intento de reforma agraria planteada en el país²¹. El esfuerzo de transformación agraria que fue impulsado en la década de los 70 -en un esfuerzo por rescatar la legitimidad de los gobiernos militares y frenar el descontento social-, fracasó ante la oposición acérrima de éste sector reaccionario de la burguesía (Panamá, 2005: 35-36). En este sentido, destaca el carácter conservador de los actores ligados a los orígenes del partido.

La primera reacción de este segmento de la sociedad ante la doble amenaza señalada -la guerrilla y la política reformista-, no fue precisamente organizar un partido para participar en elecciones democráticas y así obtener el control del Estado. Lejos de esto, Zamora señala que las primeras medidas tomadas por este sector fueron totalmente tradicionales en la forma histórica de hacer política del país, es decir, se organizaron en torno al aparato represivo del Estado mediante el apoyo a ORDEN -organización de masas de carácter vigilante- y la creación de los *Escuadrones de la Muerte* como aparatos paralelos de liquidación a la oposición²² (Zamora, 1998: 46).

Sin embargo, con la caída de los gobiernos militares en 1979 y el apoyo del gobierno de EEUU a fuerzas opositoras más moderadas, este grupo debió cambiar su estrategia. En este proceso destacan los vínculos directos con el partido guatemalteco Movimiento de Liberación Nacional (MLN) de corte ultra conservador, a la vez que

²¹ Entre los que destacan Armando Calderón Sol, presidente de El Salvador en el período 1994-1999, y Alfredo Mena Lagos, uno de los principales ideólogos del partido.

²² Los Escuadrones de la Muerte constituyen estructuras paramilitares orientadas a combatir la insurgencia ligada al “comunismo” (Zamora, 1998).

sobresale el papel que tiene su entonces líder Sandoval Alarcón en el apoyo a estos jóvenes radicalizados salvadoreños (Zamora, 1998: 47). En este marco, en 1979 se funda el Movimiento Nacionalista Salvadoreño (MNS), antecedente directo del partido ARENA.

En el proceso de fundación y consolidación del partido político, destaca una figura particular, se trata del Mayor Roberto d'Aubuisson, un militar retirado que se vincula a este grupo y le imprime vitalidad al proyecto político. Se trata de uno de los personajes más polémicos en la historia reciente del país. Destacan sus vínculos con los *Escuadrones de la Muerte* y con el asesinato del Arzobispo de San Salvador Monseñor Oscar Arnulfo Romero en marzo de 1980²³. Ortega señala que la figura del Mayor Roberto d'Aubuisson constituye un reflejo extremo de la polarización característica de la época y del papel del *anticomunismo* como punto de encuentro dentro del sector más conservador de la sociedad salvadoreña:

“Idealizado hasta la devoción en su partido, y denostado como genocida por sus adversarios, d'Aubuisson fue el resultado más extremo de una época marcada por el radicalismo; un virulento anticomunista convenido de que esta ideología era la peor lacra de la humanidad y que, en definitiva, consideraba terrorista a toda aquella persona que criticara de cualquier manera el status quo, en la creencia de que cualquier cambio podría traer el temido comunismo al país” (Ortega, 2007: 210).

En términos gramscianos, se puede señalar que el Mayor Roberto d'Aubuisson constituye un intelectual orgánico del proyecto de derecha. Se trata de un personaje que fue capaz de establecer un puente entre la dirigencia y otros sectores de la sociedad (Panamá, 2005). Una serie de reportajes publicados por el diario matutino *La Prensa Gráfica* sobre el Mayor d'Aubuisson, revelan el papel fundamental tanto en la construcción, como en el desarrollo y transformaciones que tuvo ARENA hasta su muerte en 1991²⁴.

El 30 de septiembre 1981 se constituye formalmente ARENA como partido político. La opción de conformar un partido como parte de la estrategia política se relaciona con una serie de transformaciones dentro del sistema político salvadoreño. Destaca así, un proceso que en el capítulo anterior se denominó transición a la democracia desde *arriba*, el cual implica una serie de reformas de apertura dentro del sistema político, en los cuales, no obstante, actores de izquierda no tenían la

²³ Luego de la firma de los Acuerdos de Paz, la Comisión de la Verdad que se crea como producto del tratado, señala al Mayor Roberto d'Aubuisson como el autor intelectual del asesinato de Monseñor Romero

²⁴ Los reportajes fueron elaborados por Giovanni Galeas y publicados en diez entregas por “La Prensa Gráfica” de agosto a octubre del año 2004

posibilidad para participar, mientras los militares habían desaparecido de manera directa de la escena política. En efecto, a partir de 1982 se comienzan a desarrollar “elecciones libres”, lo cual abre la puerta a nuevas estrategias para los actores que no estaban excluidos del espacio político salvadoreño (Van der Borgh, 2000: 38). Al respecto, los miembros del sector conservador radicalizado habían comprendido el potencial de plantear un partido político alternativo frente a la guerra y la crisis hegemónica que vivía el país (Panamá, 2005).

Por otra parte, Zamora revela la composición social de los fundadores del partido ARENA, lo cual le imprime rasgos característicos al mismo frente a los otros partidos políticos salvadoreños. Así, señala que se trata en su mayoría de adultos varones principalmente urbanos, incluso más de la mitad correspondía a personas mayores a 40 años. Por otra parte muestra que de las 35 personas que firman la escritura de constitución de ARENA, 19 correspondía a la categoría “profesionales y estudiantes”, 9 “empresarios”, 2 “empleados”, 2 “técnicos” y, finalmente 3 personas pertenecía a la categoría de “otros”. Una simple mirada evidencia la connotación de clase implícita en el proyecto político, tal y como lo señala el autor referido:

“...Alianza Republicana Nacionalista, tanto por la fuerte presencia de los sectores económicamente dominantes, como por la ausencia de los dominados, se ubica en una categoría aparte (Respecto a los otros partidos), que sin proclamar una adscripción de clase sin embargo la trasluce claramente” (Zamora, 1998: 50).

En este sentido, se trata de un partido creado por el sector más radicalizado de la clase dominante que, poco a poco, logra aglutinar en su seno a otros sectores de la elite económica. Sin embargo, en el proceso de consolidación del partido distintos actores de la sociedad se sienten interpelados por la iniciativa política y se vincula al mismo, rebasando así, los límites de clase en la composición de ARENA –más no en su dirigencia-; elemento fundamental para la conformación de este partido en un proyecto político, tal y como se entiende en la presente investigación.

Por otra parte, destaca el rápido crecimiento de la base social de ARENA durante la primera mitad de la década de los ochenta. En efecto, se trata de un proceso espectacular de consolidación del partido. Siete años después de su fundación en 1981, éste se había convertido en el partido político más fuerte del país, y un año después, había obtenido la presidencia del país (Van der Borgh, 2000: 45).

Tal como se señaló, el proceso de reconstrucción de la representación política del sector conservador no parte de cero. En el proceso de consolidación del partido

se involucran no solo sectores jóvenes y de la capa media urbana, sino también, algunos miembros pertenecientes a los llamados sectores populares. Lo cual se relaciona en alguna medida con el patrón paramilitar sobre el cual se construye el partido, así, este contaba con base social que se encontraba organizada desde la época de los gobiernos militares (Van der Borgh, 2000: 47). Por otra parte, un contexto de crisis y guerra civil viabiliza la interpelación producida por discursos elaborados en torno a la seguridad. Zamora, afirma que durante los primeros años, el Mayor Roberto d'Aubuisson se tornó una figura carismática en tanto desarrolló un estilo de comunicación similar al utilizado por las sectas evangélicas que buscaba interpelar a la población más vulnerable en el contexto de guerra, mediante un discurso que ofrecía seguridad:

“Sus presentaciones públicas [de Roberto d'Aubuisson] - y hay que señalar que por un buen tiempo fue casi el único vocero que ARENA tuvo- eran una mezcla de las denuncias más concretas y específicas aunque con escaso fundamento factual y las apelaciones a dos o tres principios generales cuya implementación resolverían los problemas; todo enmarcado en un lenguaje populachero... En un período como en el que entonces se vivía, con un alto nivel de violencia y en el que la incertidumbre y el miedo se había apoderado de la población, este tipo de mensaje generaba en muchas personas un sentimiento de seguridad y era una efectiva apelación a la militancia” (Zamora, 1998: 51-52).

Un rasgo sobresaliente del proceso de consolidación del partido, es que se lleva a cabo paralelamente a la reconstrucción de la institucionalidad política del país. Si bien se trata de procesos simultáneos, la rearticulación de la burguesía como clase política, va más allá en tanto se da toda una recomposición al interior de la elite que sobrepasa las reformas institucionales (Lungo, 1990: 123). Por otra parte, en el proceso de reconstrucción de la institucionalidad participaron también otros actores. Sin embargo, el punto de encuentro entre ambos elementos fortalece la imagen de ARENA como un partido comprometido con los mecanismos democráticos. Al respecto, Zamora destaca cómo en 1982, luego de las elecciones de la Asamblea Constituyente, el partido y su líder deciden declinar la candidatura del Mayor Roberto d'Aubuisson como presidente de la República y negociar con las Fuerzas Armadas en miras a la defensa de una estrategia contrainsurgente aprobada por la administración Reagan (Zamora, 1998: 53).

Las “primeras elecciones libres” en 1982 orientadas a integrar la Asamblea Constituyente que redactaría la nueva Constitución de la República, se torna el escenario en el cual ARENA hace su gran debut. Aún cuando en esta elección el

Partido Demócrata Cristiano mantiene el primer lugar al obtener el 40.2% de los votos, ARENA con un año de vida se convierte en el principal partido de oposición y obtiene un nada despreciable 29.3% en el escrutinio final. Lungo señala que pese a que estas elecciones buscaban principalmente imponer una nueva hegemonía en torno a la democracia cristiana como alternativa a la crisis dentro del sector oligárquico, en el fondo exacerbó la crisis hegemónica lo cual acelera el proceso de reconstitución de la elite en torno a ARENA (Lungo, 1990: 124).

Para el siguiente proceso electoral en 1984, ARENA participa y pierde las elecciones con la candidatura del Mayor Roberto d'Abuissou, frente al candidato del Partido Demócrata Cristiano José Napoleón Duarte. La derrota electoral les obliga a replantear la estrategia. En efecto, dentro del partido se vio la necesidad de dar un giro en el carácter extremista que lo había caracterizado, el cual obtenía un porcentaje de votos estático de alrededor del 30%. Así, para los años subsiguientes los esfuerzos del partido se centraron en construir una fuerza política conservadora, pero sin los extremismos encarnados en la figura de d'Aubuisson y de las actividades terroristas de extrema derecha atribuidas al partido (Zamora, 1998: 56). De esta forma, se llevan a cabo serie de cambios en la composición del mismo, lo que desemboca en la posibilidad del partido de representar e incorporar directamente al sector económicamente dominante del país, cambiando así, la naturaleza del mismo. Al respecto, Lungo señala como entre 1984 y 1988 se da un proceso interno que hizo de ARENA un partido burgués moderno:

“Las clases dominantes en El Salvador de 1985 seguían siendo dominantes, y la ilusión del PDC de representarlas se fue rápidamente desmoronando en la medida en que el triunfo electoral de este partido político obligó, al contrario, a la burguesía a compactarse alrededor de ARENA, a buscar su control directo y a modificar su estrategia. Esto explicaría el paulatino desplazamiento de D'Abuissou de la conducción del partido a través del cual las clases dominantes estaban recomponiendo su poder político. Emergen, así, miembros directos de estas clases, no simples representantes de ella, al primer plano: Cristiani, Calderón Sol y otros, particularmente a partir de este último año” (Lungo, 1990: 130).

La transformación en la estrategia del partido político cristaliza en el traspaso de la dirección del mismo –al menos en términos formales- del líder histórico Roberto d'Abuissou al empresario Alfredo Cristiani. Este giro modifica el discurso extremista y confrontativo en pos de una imagen de centro-derecha moderada, democrática, civilista y nacionalista (Gaspar Tapia, 1989: 105). Este elemento abre la posibilidad para interpelar a otros sectores de la sociedad que, si bien compartían los

principios de derecha del partido, no estaban de acuerdo con los métodos y principios de carácter extremista que caracterizan el origen de ARENA; permitiendo así, ampliar la base social del mismo.

Otro elemento que fortalece la consolidación del proyecto político refiere a la movilización de diferentes gremiales empresariales hacia la segunda mitad de la década de los ochenta. En 1987 se lleva a cabo una huelga protagonizada por sectores empresariales en contra de las políticas reformista impulsadas por gobierno encabezado por la democracia cristiana. Dentro de este proceso destaca el papel protagónico jugado por dos actores: la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP) como ente aglutinador de distintas gremiales empresariales y el apoyo político otorgado por el partido ARENA a la movilización social (Gaspar Tapia, 1989). La magnitud de este fenómeno refleja los niveles avanzados de politización de los empresarios y el desarrollo de un vínculo cada vez más estrecho entre éstos y ARENA, característicos de la segunda mitad de los años ochenta.

Aún cuando se trató de una reorientación del partido de carácter más cosmético que de fondo (Zamora, 1998: 57), no cabe duda que el éxito del viraje cristaliza para las elecciones parlamentarias de 1988. En éstas ARENA obtiene mayoría absoluta dentro de la Asamblea Legislativa, tendencia que se consolida en las elecciones presidenciales de 1989, en las cuales obtiene la presidencia por mayoría absoluta. El siguiente cuadro muestra el crecimiento que se da en el porcentaje de votos del ARENA, a partir del cambio de estrategia apuntado, el cual deriva en la imagen de un partido capaz de presentarse como una fuerza política dispuesta a superar sus intereses corporativos en pos de un interés más amplio. Así, se observa que, luego de las elecciones de 1985 el porcentaje de votos aumenta respecto a las primeras tres elecciones en las que participa:

Cuadro No.2. Resultados electorales de ARENA durante la década de los ochenta.

Año	1982	1984	1985	1988	1989
Tipo de elección	Asamblea Constituyente	Presidencial	Parlamentaria	Parlamentaria	Presidencial
Votos / porcentajes obtenidos por el partido ARENA	402, 304 (29.53%)	376, 917 (28.76%)	286, 665 (29.7%)	447, 696 (48.1%)	505,370 (53.82%)

Fuente: Lungo, 1990: 134 Elaboración propia

De esta forma llega a la presidencia Alfredo Cristiani, prominente empresario y miembro de una importante familia cafetalera. Así, se da el retorno de la elite económica al control directo del Estado luego de casi sesenta años. Con el gobierno de Cristiani el sector empresarial consolida su hegemonía al interior del partido, mientras se privilegia un carácter tecnócrata en detrimento de aquellos elementos extremistas que caracterizaron los orígenes de ARENA. Cabe destacar que este proceso no fue resultado de una amplia discusión al interior del partido, sino que corresponde a medidas, apoyadas por el sector de la elite que promulgaba por un cambio de modelo económico orientado a insertar al país a los mercados mundiales, que se impusieron al resto del partido (Van der Borgh, 2000: 46). Así, la primacía del ala tecnócrata al interior del partido se relaciona con el contexto económico internacional, el desarrollo de la guerra civil y la experiencia de las generaciones jóvenes en Miami que se impusieron con la llegada de Cristiani al poder, elementos que influyeron en la aceptación del modelo de modernización neoliberal de finales del siglo XX (Pearce, 1998: 599). En suma, la figura de Alfredo Cristiani constituye un claro indicador que se había llevado a cabo un proceso hegemónico dentro del partido ARENA.

3.1.3 Elementos ideológicos

En la medida que reconocemos en el partido de ARENA, una entidad que aglutina a diferentes actores en un proyecto político con pretensiones de ser hegemónica, consideramos que, rescatar la dimensión ideológica implícita puede brindar luces sobre algunas características de la lucha por el poder en el sistema político salvadoreño. Por otra parte, destaca la importancia que el partido le atribuye al elemento ideológico en el momento de su formación y consolidación, expresado en su estructura orgánica, en la cual el segundo puesto en importancia corresponde al *vice-presidente de ideología*, mientras constituye un elemento continuamente reivindicado por los fundadores del partido (Panamá, 2005).

A grandes rasgos, se puede plantear que, en sus inicios, este proyecto político tuvo una posición eminentemente conservadora en el sentido previamente referido. Esta se define, para el caso concreto, por un anticomunismo visceral y una oposición tenaz a la administración demócrata cristiana y sus políticas económicas de corte reformista. En este marco, el anticomunismo funge como un referente ideológico

capaz de articular a diversos sectores y unificar al partido (González, 2003), en un contexto caracterizado por el auge de lo que Pearce denomina “la segunda guerra fría” y en el que la crisis hegemónica se había desbordado. Van der Borgh plantea que la ideología con la que nace ARENA, además de ser fuertemente anticomunista, era extremadamente nacionalista y con tonos fascistas; además, afirma que no se trataba de un programa político claro ni coherente, sino que simplemente se enfatizaba en tres elementos: nacionalismo, la democracia y la libertad. (Van der Borgh, 2000: 46). Así, la introducción de elementos neoliberales que ahora identifican a ARENA corresponde más a una reinterpretación posterior de los gobiernos y no a los postulados iniciales del partido.

El documento que recoge los estatutos, principios y objetivos del partido redactado durante los primeros años de la década de los ochenta, refleja con más detalle los elementos señalados por Van der Borgh. En efecto, el documento expresa un marcado rechazo hacia las doctrinas que sustentaban el proyecto de liberación nacional liderado por los grupos guerrilleros. Cabe recordar que, durante este período lo más importante para este sector era evitar a toda costa que El Salvador se convirtiera en una segunda Nicaragua. En este sentido la oposición a la idea de “lucha de clases” constituye el primer punto de autodefinición en oposición a un otro extraño e indeseable, expresado en uno de los “Principios” del partido:

“Rechazamos todas aquellas doctrinas que pregonan la lucha de clases: defendemos nuestro Sistema Democrático, Republicano y Representativo ante la penetración ideológica y la agresión permanente del comunismo internacional” (ARENA, 1981).

Luego de demarcar las fronteras del otro, el partido político puede mostrarse a sí mismo. Para ello proponen tres grandes nociones que aglutinan la esencia del mismo: *Nacionalismo, Democracia y Libertad*. El Nacionalismo constituye uno de los principales referentes de corte conservador de ARENA. Tal y como se propone en el documento referido, este elemento abre la puerta a la posibilidad de reconstruir una comunidad política nacional, sin intervenciones o agresiones extranjeras, elemento explicable en el marco de la guerra fría. Así, para los fundadores del partido, los dos proyectos contra los que se enfrentaban, se encontraban influenciados por las grandes potencias internacionales, mientras la insurgencia estaba manipulada por la URSS y Cuba, el proyecto reformista era apoyado por los Estados Unidos (Panamá, 2005: 106). De esta forma, plantearse como nacionalista implicaba romper con estos dos

grandes proyectos, mientras estaba ligado a la recuperación del control político por parte del verdadero sector “nacional”. Este elemento se expresa en los estatutos que dan vida al partido:

“Defender nuestras tradiciones occidentales ante el ataque ideológico y agresión permanente del comunismo internacional, y frente a otras ideologías y organizaciones políticas que pongan en peligro la vida institucional de El Salvador, adoptando para esto tres principios: Nacionalismo, Democracia y Libertad” (ARENA, 1981).

En este sentido, el nacionalismo con el que nace ARENA hace referencia a una propuesta de reconstrucción de una nación que se encontraba confrontada. Sin embargo, Zamora agrega que la *Unidad Nacional* como uno de los objetivos fundamentales del partido revela una concepción corporativa de fondo; se trata de una concepción desligada de un proceso de concertación pluralista en la que intervienen distintos actores políticos. Mas bien alude a un estado de la sociedad donde el conflicto desaparece como consecuencia del triunfo del bien y determinados valores que ellos encarnan sobre el mal (Zamora, 1998: 62).

Por otra parte, la democracia hace referencia exclusiva al libre ejercicio del sufragio como carácter esencial de un sistema político. Al momento de elaboración de los documentos fundacionales de ARENA, la institucionalidad política se encontraba en crisis y aún no se llevaba a cabo la redacción de la nueva *Constitución de la República*, de ahí que este constituya un elemento de pobre elaboración en dichos documentos. El énfasis en la democracia, aunado a la idea de *libertad* refleja la apropiación por parte del partido de los principios del liberalismo político decimonónico cuyo eje fundamental radica en el individuo como la base fundamental de la sociedad (ARENA, 1981). Así, a grandes rasgos, este partido se define a como liberal:

“El liberalismo que presenta nuestro partido, es el mismo liberalismo que consagro la existencia civilizada del mundo desarrollado. Este liberalismo ha estado esperándonos pacientemente, como agua bendita, para limpiar las frentes de los Centroamericanos. En el terreno político, el Liberalismo esta a favor del gobierno que más libertades le garantice al individuo. En el terreno económico, la libertad es la ausencia de coerción gubernamental para la producción, distribución y consumo de bienes y servicios, mas allá de lo indispensable para mantener la libertad misma” (ARENA, 1981).

Aún cuando ARENA hace suya la bandera liberal, se trata de una ideología que combina elementos liberales con un carácter marcadamente conservador, vinculado a un pensamiento conservador cristiano cuya máxima expresión es el nacionalismo

organicista y la defensa a ultranza del carácter maniqueo del pueblo salvadoreño (Zamora, 1998: 62). Por otra parte esto responde aun proyecto político ligado a una elite económica que, si bien se moderniza a partir de la década de 1980, arrastra la herencia oligarca terrateniente de sus orígenes. Ortega -quien realiza un análisis ideológico de dicho partido- argumenta que ARENA puede ser visto en clave conservador, mientras su carácter liberal presenta numerosas contradicciones:

“ARENA no es tan liberal como afirma y que, por el contrario, lo que constituye su eje vertebrador es el carácter conservador del mismo... si bien se declaran abiertamente liberales y conservadores, aunando ambas ideologías en el mismo discurso, la praxis política ha desembocado en un enfrentamiento entre facciones enfrentadas en su actitud frente al liberalismo económico, pero no así frente a los dogmas conservadores que veremos que son transversales a cualquier decisión del partido” (Ortega, 2007: 215- 216).

La defensa del carácter liberal como fundamento filosófico por parte de políticos ligados a las elites económicas no constituye un elemento novedoso en el país. Cabe recordar que desde finales del Siglo XIX se fundó una república liberal en el país, la cual rescata elementos del liberalismo económico *-laissez faire, laissez passé-* mientras excluye aquellos propios del liberalismo político; es decir, se funda un sistema político marcadamente excluyente, en el cual se niegan espacios de participación y el ejercicio de las libertades políticas. Hacia principios de la década de los ochenta, la readopción del liberalismo tampoco abogaba por el desarrollo de las libertades políticas, sino que refiere a la búsqueda de ARENA de legitimar la primacía de los empresarios y de la propiedad privada.

Este constituye el marco general en que se define el partido ARENA. Sin embargo, como se verá adelante, la construcción discursiva que se genera en torno a esto se va modificando y las nociones se resignifican a la luz de los cambios mundiales de fin de siglo, cuestión que, aún cuando da paso a la integración de nuevas definiciones socioeconómicas ligadas al neoliberalismo, no altera sustancialmente el “ethos” conservador/liberal del partido político.

Hacia la segunda mitad de la década de 1980, al lado de los cambios al interior del partido que derivaron en la consolidación de ARENA como el partido de los empresarios; se producen modificaciones en la ideología del partido. Según Zamora, los documentos iniciales habían dejado un vacío en relación a elementos de carácter económicos, elemento que explica la fácil sobre imposición paulatina del pensamiento neoliberal:

“En la segunda mitad de la década de los 80... en forma creciente, son planteamientos económicos de orden técnico los que van ocupando su escena ideológica; una comparación de las posturas adoptadas durante la campaña presidencia de 1984 y la de 1988 nos da la dimensión del cambio: la problemática del desarrollo económico sustituye la retórica anti-reformista de los primeros años; y las propuestas de políticas económicas a las declaraciones genéricas de apoyo a la libre empresa” (Zamora, 1998: 65).

A fin de complementar el panorama sobre la propuesta ideológica de un proyecto que hacia finales de la década se vuelve hegemónico, resulta menester acercarse la visión de mundo de la elite empresarial que apuesta por ARENA como institución articuladora de la nueva derecha. Este acercamiento, revela puntos de encuentro entre los empresarios y los ideólogos del partido, manifiesto en la concepción que ambos construyen en torno a la guerra y al papel los diversos actores políticos involucrados en la misma.

Así, la guerra civil era entendida como una muestra radical de violencia doméstica generada por extremistas influenciados por las potencias extranjeras, que en algunos casos eran sinónimos de delincuentes (Gaspar Tapia, 1989: 107). Paige, en base a una serie de entrevistas realizadas a miembros de la elite salvadoreña hacia finales de la década de 1980, muestra cómo para este sector las fuerzas insurgentes eran vistos como un pequeño grupo de terroristas de inspiración extranjera, excluyendo así, la posibilidad de que estos fueran parte de un movimiento de masas más amplio (Paige, 1993: 25). Por su parte, Panamá en su obra testimonial, equipara constantemente a los integrantes de las organizaciones revolucionarias con simples terroristas irracionales que, a la vez que manipulaban a la población más vulnerable, priorizaban la destrucción del país como mecanismo de lucha (Panamá, 2005: 88). En el fondo las organizaciones insurgentes constituían una minoría poco representativa, por lo cual no serían un contendiente electoral fuerte, mecanismo privilegiado en los discursos de los integrantes de ARENA. Así, Paige señala que este sector afirmaba no tener reparos en a incorporar a los rebeldes al sistema electoral –claro sin trastocar la institucionalidad política vigente y en cuyo diseño participaron (Paige, 1993: 24).

Por otra parte, los miembros del Partido Demócrata Cristiano eran concebidos como políticos inexpertos y desordenados, que a la larga producían la destrucción del aparato productivo del país (Panamá, 2005). Lo central radica en el carácter de “incapacidad” para reactivar la economía del país y de hacerle frente de

manera eficaz a los grupos insurgentes. Por ello, debían ceder el espacio al grupo social que fuera capaz. Según Paige, miembros de este sector se pensaban a sí mismos como herederos de emprendedores cosmopolitas, que promovían la idea de que el país debería ser competitivo para hacer posible un futuro industrial en El Salvador, es por ello que las reformas económicas representaban un asalto no razonable de sus propios principios (Paige, 1993: 17-18).

Con respecto a las Fuerzas Armadas se puede ubicar una postura ambivalente en relación a dicha institución. Por una parte era visto como un aliado histórico y fundamental en el período de guerra civil, no obstante se trataba de un aliado peligroso. Walter y Williams señalan que, paradójicamente, durante la década de 1980, a la vez que se dio el traslado formal del poder a un presidente civil los militares consolidaron su presencia en el Estado extendiendo su control sobre las áreas rurales y manteniendo su autonomía institucional (Walter y Williams, 1993: 55). Este proceso de autonomización de las Fuerzas Armadas generó conflictos con los sectores empresariales quienes buscaban retomar y no delegar el control político del país.

Por otra parte, tal y como se señaló, la articulación entre empresarios y el proyecto político de ARENA se debe en gran medida a una serie de convergencias entre las que destaca el replanteamiento del rol y discurso de los empresarios y la empresarialidad frente a la sociedad, al lado de la valorización de la participación en el sistema político (Gaspar Tapia, 1989: 131). De esta forma, se formula una propuesta de reorganización de la sociedad salvadoreña donde el eje fundamental sería la defensa y la legitimación de la libre empresa y la iniciativa individual, frente a las diversas modalidades de estatismo que propugnarían los otros proyectos en cuestión. Ello nos habla de una revaloración que los empresarios realizan de su rol social y de una pretensión de convocatoria más allá de sus estructuras corporativas (Gaspar Tapia, 1989: 54).

La propuesta de desarrollo que se buscaba replantear la economía y política en la sociedad salvadoreña, no consistía en una mera construcción e importación de ideas sin fundamento teórico. Al contrario, la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES) fungió como un centro de desarrollo y difusión de análisis y propuestas de política económica a partir de la segunda mitad de la década de los ochenta. Así, desde 1986 FUSADES desarrolla un plan de reactivación económica diferente a la diseñada por la Democracia Cristiana y ligada

estrechamente a la liberalización de la economía en auge en el mundo y en América Latina a partir de entonces²⁵. En el fondo, con esta propuesta de desarrollo alternativa, se gesta un proyecto de reorganización económica para el país, el cual sienta las bases para la consolidación de los empresarios dentro del sistema político (Lungo, 1990: 30).

En su estudio, Paige revela cómo los miembros de la elite agro industrial, estrechamente vinculados al pensamiento de FUSADES, proponían que la llave del desarrollo económico salvadoreño se centra en el “trabajo duro”, dirigido por la clase productora. Para ellos su rol como dirigentes de la economía es sinónimo de la nación que ellos han creado. De esta forma, la elite económica considera que ellos son la esencia misma de la nación salvadoreña en tanto constituyen la vanguardia del desarrollo social e industrial de El Salvador (Paige, 1993: 16).

Por otra parte, la propuesta de esta derecha no solo involucra un cambio en el modelo económico y social -en el cual la libertad económica y la empresariedad constituyen el eje central-, sino también incluye el reordenamiento de las relaciones políticas, vinculado a la apropiación de ARENA de la idea de democracia como bandera de lucha. No obstante se trata de una noción limitada y estrechamente ligada a la idea de democracia procedimental. Paige analizó esta cuestión y sostiene que la elite económica promulgaba por una idea que no se extiende más allá de las elecciones y la libertad de expresión, dejando de lado toda cuestión relacionada con los derechos humanos y con el cambio en las relaciones de poder al interior de la sociedad (Paige, 1993: 26).

Pese a las profundas transformaciones que se planteaban en el marco institucional, así como la apertura al diálogo que desembocó en los Acuerdos de Paz de 1992, el trasfondo conservador de la ideología imperante en este proyecto no se ha visto trastocado de manera radical. Paige, sostiene que aún cuando la elite acepta la posibilidad de negociar y consolidar la transición a la democracia, los fundamentos ideológicos de ésta cambió poco desde la revolución liberal un siglo y medio atrás, lo cual se debe a la persistencia de valores enraizados en el orden económico de finales del siglo XIX y principios de XX. En el fondo se trata de una democracia liberal representativa pero restringida y controlada (Paige, 1993: 38).

²⁵ Propuesta ligada a los desarrollos teóricos llevados a cabo por la Escuela de Chicago, y fomentadas por instituciones internacionales como la AID, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

3.2 Contraparte: El FMLN se institucionaliza

En la búsqueda de claves sobre el proceso de constitución de un proyecto hegemónico en El Salvador, no se puede dejar de lado el análisis del proyecto contrahegemónico más sólido en la historia del país. Se trata del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), el cual nace como un proyecto insurgente hacia comienzos de la década de los ochenta y pervive con fuerza hasta la actualidad dentro del sistema político democrático procedimental. Dentro de una concepción abierta de hegemonía, el papel que juega el FMLN resulta fundamental para entender algunas características y matices que ha tomado proceso hegemónico, objetivo principal de la presente investigación.

Al igual que la mayoría de la izquierda latinoamericana, el FMLN experimenta profundas transformaciones a partir del proceso de transición democrática. En este marco, éste asume el reto de pasar de ser una estructura político militar insurgente, a construirse y reinventarse como partido político dentro la nueva institucionalidad democrática procedimental. Este proceso trajo consigo numerosos cambios, que van desde rearticular la estructura organizativa hasta el replanteamiento de los referentes ideológicos políticos. Según González, estas transformaciones se inscriben en el cambio de matriz socioeconómica implícito en el proceso de transición, que en el fondo constituye un proceso de liberalización y democratización en el cual la izquierda asume como suyo el proyecto democrático-liberal (González, 2002: 125). Este elemento se torna fundamental para entender la naturaleza y la adaptación del Frente durante la posguerra salvadoreña, caracterizada por el auge de la democracia liberal.

En el marco de los procesos de pacificación y democratización del país el FMLN juega un papel fundamental. En efecto, el rol jugado por este actor tanto en la negociación de los Acuerdos de Paz, como en la implementación de los mismos constituye un rasgo fundamental dentro del proceso de transición a la democracia en el país (Wood, 2000). Por otra parte, luego de los Acuerdos de Paz, el Frente se convirtió en la segunda fuerza electoral más importante del país. De tal suerte, durante las elecciones generales en 1994 – primer proceso electoral democrático en la historia del país-, ARENA solo logra el triunfo presidencial luego de vencer al FMLN en segunda vuelta. Sin embargo, fue hasta 1997 en las elecciones municipales y legislativas que el Frente se conformó como contrapeso electoral de ARENA al

obtener las principales municipalidades del país (entre ellas la capital) e incluso en elecciones posteriores ha superado el número de escaños en la Asamblea Legislativa respecto a ARENA. Al respecto, Vásquez sintetiza la importancia que ha tenido el Frente como actor político en la posguerra:

“...la izquierda radical sobrevivió a pesar de todo, logró convertirse en un factor decisivo de la reforma democrática y figuró en la posguerra como segunda fuerza política parlamentaria del país” (Vásquez, 1997: 196).

Para entender como se dio el paso de movimiento de liberación nacional a segunda fuerza electoral, en esta sección se esbozará brevemente en la historia del FMLN, los giros estratégicos que dio durante la guerra y su inserción en la posguerra. Si bien, las organizaciones guerrilleras que dieron paso al FMLN tienen una larga trayectoria, para fines de la presente investigación se enfatizará en el proyecto de coordinación que implicó este actor. El enfoque se llevará a cabo en los puntos de inflexión y en las transformaciones político- ideológicas, las cuales brindarán un panorama general de este actor político que se ha convertido en la principal contraparte y blanco de ataque de la derecha en sus esfuerzos de legitimarse como proyecto hegemónico.

3.2.1 De liberación nacional a negociación

La mayoría de las organizaciones político militares, que luego se integrarán en el FMLN, vieron luz en la década de los setentas. Estas surgen como producto de escisiones del Partido Comunista y del ala radical de la democracia cristiana, en un proceso simultáneo al auge de la movilización social en el país. Sin embargo, durante esta década no se trató de un movimiento unido ni homogéneo, más bien, las organizaciones evolucionaron en un proceso cargado de tensiones entre las dos grandes vertientes de oposición señaladas por Vásquez; por una parte, un sector reformista democrática integrado por partidos de centro, centroizquierda y el trabajo social de la iglesia católica y, por otra parte, el ala radical revolucionaria integrada fundamentalmente por las organizaciones insurgentes (Vásquez, 1997: 201). Sin embargo, esta tensión se reduce para la década siguiente ante la hegemonía de la última vertiente que se consolida como portadora del proyecto contrahegemónico y antioligarca, en el contexto de represión y polarización que enmarca la guerra civil.

Las organizaciones que nacen y dan vida a la vertiente radical en la década de los setentas fueron: a) el Partido Comunista (PCS) fundado en 1931, b) las Fuerzas

Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL) fundada en 1970, c) el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) fundado en 1972, d) la Resistencia Nacional (RN) fundada en 1974 y, e) el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) fundado en 1976. Pese a las profundas diferencias entre dichas organizaciones, éstas compartían dos ejes centrales que posibilitan su posterior integración en torno a una estructura central. Así, concebían la vía armada como la forma privilegiada de acceso al poder, mientras insistían en el carácter proletario de la revolución salvadoreña adscribiéndose a sí mismas como marxistas-leninistas (Vásquez, 1997: 203). Este elemento se explica en gran medida por su nacimiento y desarrollo en un escenario dominado por la guerra fría, en el cual el ejemplo Cubano constituye el principal referente como movimiento de liberación para América Latina.

En un poco fácil esfuerzo de unificación como proyecto revolucionario el 10 de octubre de 1980 nace el FMLN. Se trata de una estructura que perseguía coordinar la lucha revolucionaria. Cabe destacar que, aún cuando se aglutinaron alrededor de una estructura central, cada una de las cinco organizaciones guerrilleras funcionaban como partidos con estatutos y órganos de conducción propios, así como distintas definiciones del carácter específico de la revolución que impulsaban. Esta diferenciación político-ideológica persiste durante la guerra y continúa durante el período de posguerra, lo cual deriva –como se verá adelante– en una de las dificultades más importantes que el Frente ha tenido como partido político. Zamora revela la esencia del Frente como ente aglutinador de los proyectos revolucionarios:

“El paso del 10 de octubre significa, en la práctica y en la forma, la fundación del partido; ahí no solo se define el nombre, sino la bandera, el lema, la publicación oficial y los órganos de conducción de la agrupación político militar; se constituye la Comandancia General del FMLN como la instancia de conducción del proceso en lo político y en lo militar, integrada por dos dirigentes de cada una de las cinco organizaciones, incluyendo a sus respectivos Secretarios Generales” (Zamora; 1998: 220).

Para la década de los ochenta el Frente adquiere un papel protagónico en la vida nacional. En el fondo, durante la guerra civil, el FMLN tiene la capacidad de formular un proyecto político militar sólido en la disputa por la hegemonía. Así se torna un actor militar, social y diplomático clave e incluso constituye la fuerza armada insurgente más numerosa de América Latina, capaz de desplegar dos ofensivas de gran envergadura y de establecer zonas liberadas en el territorio

nacional (Marti i Puig, 2006: 33). En relación al aparato político-diplomático cabe destacar que el Frente logra el temprano reconocimiento de los gobiernos de México y Francia como actor político (Sáenz de Tejada, 2007: 86). La labor diplomática del FMLN posibilita en gran medida, no solo el reconocimiento y apoyo de entidades internacionales durante la guerra, sino también el alcance de su papel y sus demandas en las mesas de negociación de los Acuerdos de Paz.

La hegemonía del proyecto insurgente sobre otras expresiones de oposición antioligárquica, se expresa en el extraordinario acercamiento que se dio entre las organizaciones guerrilleras y las diferentes organizaciones sindicales, estudiantiles y campesinas que venían cobrando fuerza desde la década anterior. Vásquez señala que, esto forma parte de una estrategia del proyecto insurgente que rompe con el *foquismo* e integra elementos de marxismo vietnamita, en el cual lo fundamental consistía en establecer un vasto apoyo popular a la lucha armada. Así, el autor destaca que un buen número de cuadros guerrilleros se involucraron de manera paralela en el trabajo de masas (Vásquez, 1997: 205). Este proceso decantó en la formación de *frentes de masas*, en los que las organizaciones sociales se articulaban con cada uno de los partidos que conformaban el FMLN durante la guerra.

Cuadro No 3. Vínculos entre organizaciones guerrilleras y frentes de masas durante la década de los ochenta.

Organización guerrillera	Organización Popular
Partido Comunista Salvadoreño	Unión Democrática Nacional
Fuerzas Populares de Liberación	Bloque Popular Revolucionario
Ejército Revolucionario del Pueblo	Ligas Populares- 28
Resistencia Nacional	Frente de Acción Popular Unificado
Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos	Movimiento de Liberación Popular

Fuente: Marti i Puig, 2006: 20. Elaboración propia

En este sentido, el Frente logra conformar durante la década de los ochenta un proyecto político en el sentido referido en la presente investigación. Es decir, articula a diferentes sectores de la sociedad que se oponen a la perpetuación del status quo. Así, aglutina en torno a sí a una serie de actores reformistas y a distintos movimientos sociales en torno a un proyecto de alcance nacional.

Por otra parte, el FMLN no constituyó una estructura homogénea respecto a estrategias y planteamientos político-ideológicos durante el transcurso de la guerra civil. Esto se puede rastrear a través de los cambios programáticos -señalados en el capítulo anterior-, que revelan como a inicios de la década de 1980 primaba una estrategia de insurrección popular manifiesta en el plan de *Gobierno Democrático Revolucionario* planteado en 1980 y en la ofensiva desplegada hacia 1981. Hacia mediados de la década se da un giro respecto a la estrategia revolucionaria desplegada a principios de la guerra, en la que destaca la primacía del componente militar. Así, en 1984 se redacta el documento titulado *Gobierno de Amplia Participación Popular* en el cual, si bien, el elemento militar persiste, se abre la puerta a procesos negociación política como parte complementaria de la estrategia insurgente. El viraje reflejado en documento referido coincide con una serie de transformaciones que se llevan a cabo en el escenario político para ese año y que cambian el perfil de la guerra civil en adelante. Entre estos cambios destacan el crecimiento militar de las Fuerzas Armadas, la entrada en escena de la política internacional del gobierno de Ronald Reagan -que se esmeró en revivir la guerra fría- y el triunfo de la democracia cristiana en las elecciones presidenciales, entre otros.

Sin embargo el viraje más radical se lleva a cabo a partir de la ofensiva desplegada por el Frente en 1989. Como se señaló en el capítulo anterior, este evento marca un corte en tanto obliga al gobierno salvadoreño a tomar en serio los procesos de negociación. Evento que, además, se lleva a cabo en un contexto caracterizado por el agotamiento producto de casi 10 años de guerra civil en el país y la inminente caída del bloque socialista. Así, el diálogo y la negociación adquiere centralidad en la estrategia del FMLN, lo cual se manifiesta en el tercer documento elaborado por el Frente que lleva por título: *Proyecto de la Revolución Democrática*. Los planteamientos del documento se refuerzan cuando el siguiente años se hace pública la *Proclama del FMLN a la Nación. La revolución democrática*, en la cual se plantean cuatro grandes cambios: fin al militarismo, un nuevo orden económico social, la democratización nacional y política exterior independiente (Ortiz y Sánchez, 1993: 264-269).

Los reacomodos en la estrategia del Frente como estructura coordinadora, no implica procesos homogéneos al interior de las distintas organizaciones que lo componen. Mas bien, cada una llevó diferentes ritmos, así la RN y el ERP fueron los primeros en cuestionar un posible triunfo militar a mediados de la década de los

ochenta, mientras que el PCS y las FPL mostraron mayor reticencia al cambio de estrategia (Martín Álvarez, 2006: 114). Pese a las diferencias al interior del Frente, la década cierra, luego de diez años de guerra civil, con un proyecto insurgente muy distinto a aquel que dio vida al FMLN. Ahora en sus postulados prima la defensa de la democracia, mientras se acepta la posibilidad de lucha en el campo político-institucional.

3.2.2 *FMLN como partido político*

Aún cuando el Partido Comunista se funda hacia principios de la década de 1930 y participa en las elecciones de 1931, la represión de que fue objeto a partir de la insurrección y matanza de 1932 marcó el fin a la única incursión de la izquierda radical en los procesos electorales en la historia del país antes de 1994. No es hasta la firma de los Acuerdos de Paz que se abre la posibilidad para integrar a este sector al naciente sistema político democrático.

Cabe destacar que uno de los puntos esenciales del tratado de paz estaba orientado a integrar al FMLN como partido político. Así, la institución de este actor como partido legal dentro del sistema democrático fue orgánicamente vinculado tanto a los Acuerdos de Paz, como en el proceso de implementación de los mismos. Zamora señala que, la incorporación del FMLN al sistema político, era concebido como un parteaguas necesario en el proceso de pacificación del país; incluso constituye el elemento que refleja la superación del estado de la guerra y el renacimiento de la comunidad política (Zamora, 1998: 222).

Durante la guerra el FMLN no constituyó un partido político en un sentido estricto. Se trata, más bien, de una estructura que pretende coordinar a cinco expresiones revolucionarias en aras de un objetivo común: la victoria final. Sin embargo, luego de la firma de los Acuerdos de Paz, este actor asume el enorme reto de convertirse en partido político. Esta transición obliga a replantear tanto la estructura organizativa como el componente ideológico; en un nuevo escenario caracterizado por el agotamiento de la lucha militar, el auge del neoliberalismo y, la caída del bloque socialista, con la cual se diluyen el grueso de los referentes históricos de la izquierda. Dentro de este proceso destaca la aceptación por parte del Frente de la reforma económica y de la democracia representativa, lo cual se vincula

a la renuncia de la lucha armada como estrategia privilegiada del proyecto contrahegemónico (Martín Álvarez, 2006: 92).

A nivel organizativo, destaca la transición del FMLN concebida como coordinadora de organizaciones autónomas hacia una nueva estructura que funciona como coalición de distintos partidos. El viraje en la lógica organizativa del Frente lleva implícito un cuestionamiento sobre la relación entre éste y los partidos que aglutina a su interior. Si antes los intereses particulares de cada organización se podían subyugar a una entidad coordinadora en pos del proyecto de liberación, en la posguerra esta identidad colectiva de cohesión se debilita (Martín Álvarez, 2006). En el fondo, el viraje en la lógica de las relaciones y jerarquías al interior del Frente profundiza las tensiones ideológicas y de liderazgos entre las cinco facciones.

Este elemento desemboca en grandes crisis institucionales durante la década de los noventa. Así, la primera tensión se lleva a cabo luego de las elecciones de 1994, cuando el ERP y la RN, redefinidos como social demócratas, se separan del FMLN acusándolos de ser de *ultra izquierda*. El temprano retiro del ERP y la RN facilitó el proceso de consolidación del Frente en función de las afinidades históricas entre las FPL y el PCS, organizaciones que, en adelante, toman las riendas del partido. Sin embargo los conflictos no desaparecen de escena, luego de las elecciones de 1997 y 1999 renacen tensiones al interior del partido, ahora entre dos tendencias: renovadores y ortodoxos, los últimos defendían el carácter revolucionario del partido, mientras los reformistas tenían una actitud abierta a los cambios producidos por las reformas neoliberales (Van der Borgh, 2000: 49-50).

Frente a las crisis internas, el FMLN decide reformar sus estatutos en defensa de una voluntad unitaria, perdiendo así el carácter de coalición de partidos. En otras palabras, se fortalece un todo orgánico en detrimento de las diversas partes que lo componen. Así, en 1995 se disuelven las organizaciones a favor de una estructura única, sin embargo, se permite la existencia de tendencias al interior de la misma. Dos años después esta medida se profundiza al hacerse vigente la prohibición de estructuras paralelas al interior del partido. Al respecto, Zamora apunta sobre el agitado proceso de transformación de la estructura organizativa del Frente en los primeros años de posguerra:

“En el corto espacio de cinco años el FMLN ha completado el ciclo: en su fundación se constituye como partido a partir de las cinco organizaciones –partidos de hecho– que históricamente lo habían fundado en 1980; luego redujo a estas organizaciones a meras tendencias y finalmente las despojó de toda legalidad y estableciendo una

normativa que fácilmente puede ser utilizada para sancionar a quienes las promueva o participe de ellas. Naturalmente, esto no excluye que en el FMLN continúen funcionando corrientes de opinión con enfoques políticos muy encontrados...” (Zamora, 1998: 235).

Otra problemática, vinculada al cambio en la estructura organizativa, radica en la distribución de cuotas de poder al interior del partido. Si antes esto se solucionaba, al menos formalmente, en base a la estrategia marxista-leninista del centralismo democrático, ahora se torna un problema a resolver. La estrategia utilizada durante la década de los noventa se plasma en los estatutos del Frente, en los cuales se plantea que, mediante un Congreso, se elige la Asamblea Nacional, siendo ésta instancia y no los militantes la encargada de escoger a la Comisión Política y al Coordinador General del FMLN (Zamora, 1998: 236). Para la década siguiente, el proceso de democratización interno avanza; así se decide someter a elecciones internas los distintos cargos de dirección partidaria (Sáenz de Tejada, 2007: 140).

Por otra parte, la inserción del Frente a la institucionalidad democrática, supuso un proceso de burocratización que transformó radicalmente la lógica de las relaciones entre dicha institución y las organizaciones que conformaban los frentes de masas durante la guerra. En el fondo, se produjo un alejamiento de la base social durante los primeros años de consolidación partidaria. Esto produce el debilitamiento del papel de las organizaciones sociales durante los primeros años de la posguerra; cuando las organizaciones aglutinadas en torno a los frentes de masas pierden el referente político del proyecto insurgente (Pirker, 2008). Sin embargo, Blanca Flor Bonilla, diputada y líder del Frente señala que esto comienza a cambiar luego de 1999, cuando el partido busca nuevamente acercarse a los movimientos sociales (Entrevista a Blanca Flor Bonilla, Agosto 2007). En efecto, hacia principios de la primera década del siglo el FMLN fortalece sus vínculos con distintas organizaciones sociales, lo cual se hace evidente, como se verá en el siguiente capítulo, en la histórica huelga de los médicos en el año 2002.

Con respecto al componente ideológico del FMLN se asiste a un proceso “ablandamiento ideológico”. Es decir, se da un proceso de transición dentro del partido en la cual emergen discursos ideológicos de corte más pragmático en relación a aquéllos que prevalecían durante la guerra (González, 2003). No obstante, esto no significa que el Frente simplemente haya asumido los valores neoliberales como propios. El proceso de inserción del Frente a la institucionalidad democrática -que

coincide con el “fin de las ideologías” y el auge del neoliberalismo-, deriva en giros discursivos de carácter ambiguo, que no refleja una aceptación ciega del modelo y los valores neoliberales durante los primeros años de la posguerra. En este marco, destaca la desaparición de nociones básicas propias del bagaje marxista leninista que fungió como marco ideológico fundamental durante la guerra civil. Zamora, muestra como opera este elemento, cuando hacia 1992 el Frente se autodefine como *democrático, pluralista y revolucionario*:

“...cuando se plantea la legalización de estas organizaciones en 1992, la definición ideológica se modifica; los estatutos definen al FMLN sin referencia alguna al marxismo-leninismo y ni siquiera plantean el socialismo en forma explícita” (Zamora, 1998: 227).

No obstante, el carácter marcadamente ambiguo se va modificando en años posteriores. Zamora destaca que, hacia 1995, la referencia al socialismo resurge en los textos oficiales del partido y se incorpora como elemento básico de definición junto al carácter democrático, pluralista y revolucionario. Dicho autor también señala que, pese a la alusión al carácter socialista del partido, éste no desarrolla los temas históricamente relacionados a dicho concepto (Zamora, 1998: 227-228), lo cual refleja el proceso de “ablandamiento ideológico” referido.

En el fondo, la redefinición ideológica del FMLN durante la posguerra, no es más que un signo del vacío dejado con la caída de los países socialistas y el auge de la ideología neoliberal a nivel mundial. Sin embargo, pese a la debilidad de los referentes ideológicos de la izquierda el Frente continua autodefiniéndose como revolucionario y socialista -sobre todo a partir de la segunda mitad de la década de los noventa-, elemento que se profundiza con el triunfo de gobiernos de izquierda en Sudamérica. Esto revela una apuesta del partido a participar en la democracia política de carácter representativo, sin que ello conlleve a perder su esencia –aunque ambigua- como representante de la izquierda y de la oposición radical en el país.

Pese a las dificultades organizativas y a las ambigüedades ideológicas experimentadas por el Frente, éste constituye un proyecto político sólido durante la posguerra. Continua siendo capaz de aglutinar, en torno a sí, a diferentes sectores que cuestionan la hegemonía de la derecha, manteniendo la imagen de ser portadores de una propuesta de transformación de carácter nacional. Luego de más de veinticinco años de existencia, éste ha logrado convertirse en la segunda fuerza política-electoral más importante, capaz de retar y, en ocasiones, obligar a la derecha a

negociar, evidenciando así, el carácter abierto de toda hegemonía (Martín Álvarez, 2006: 122). En este marco, destaca como ARENA continúa autodefiniéndose en oposición a la izquierda representada por el FMLN. Es decir, a pesar del proceso de transición a su interior, este actor continua representando un proyecto contrahegemónico dentro de la sociedad salvadoreña.

Capítulo 4: Proceso hegemónico: ARENA y la posguerra

El presente capítulo busca algunas luces sobre el proceso de construcción de hegemonía por parte del proyecto de derecha, así como sus alcances y límites durante la posguerra salvadoreña. Se trata de un proceso en el cual dicho actor político -que se origina como reacción a la crisis de hegemonía y a un posible triunfo revolucionario durante la guerra civil-, se convierte en un proyecto hegemónico a partir de 1989. Sin embargo, éste no constituye un proceso homogéneo, más bien se distingue una fase inicial de consolidación y otra en la que se revelan fisuras y debilidades en la hegemonía, lo cual refleja los límites de un proyecto nacional sustentado en un modelo de desarrollo excluyente que conserva remanentes autoritarios.

Se propone hacer una breve reconstrucción del período 1989-2004, lo cual persigue identificar las características y puntos de inflexión más importantes que den cuenta tanto de algunas características del proceso hegemónico, como de sus fisuras. Con fines meramente analíticos, esta etapa se subdividirá en tres períodos correspondientes a los mandatos ejecutivos; el primero presidido por Alfredo Cristiani, el segundo por Armando Calderón Sol y, finalmente la presidencia de Francisco Flores. Por otra parte, aún cuando el proceso de pacificación de la sociedad decanta hasta 1992, el análisis parte de 1989, lo cual coincide con el inicio del proceso de reforma económica y con la llegada de ARENA al poder estatal. Si bien en las elecciones presidenciales efectuadas en el año 2004 ARENA obtiene nuevamente el control del ejecutivo, este período no se aborda en la presente investigación. Esto se debe a que éste no constituye un mandato finalizado en el momento en que se lleva a cabo el estudio, lo cual establece límites en el análisis de características y tendencias en torno a un proceso hegemónico.

Se propone revisar las principales características de cada período a nivel político, económico y social en función del papel que estos elementos tienen en relación a la configuración de la hegemonía. Asimismo, se plantea analizar tanto algunos documentos elaborados por ARENA, como una serie de entrevistas llevadas a cabo a actores políticos clave, con el fin de extraer y matizar algunos rasgos esenciales de la propuesta política, así como algunos elementos ideológicos y discursivos implícitos en la misma. Este último elemento permite acercarse al

componente cultural e ideológico que forma parte orgánica de un proceso hegemónico. En este sentido, se trata de un balance por período que permitirá ubicar continuidades y puntos de inflexión en la búsqueda de la derecha por tornarse un proyecto hegemónico en la posguerra salvadoreña.

Por otra parte, el abordaje del caso se llevará a cabo a la luz de tres niveles que juegan en la constitución de una hegemonía, señalados en el primer capítulo. En primer lugar, se ubica un proceso hegemónico al interior del grupo dirigente; es decir, resulta necesario que un grupo social supere sus intereses corporativos más inmediatos e incorpore a otros sectores, a fin de consolidar un proyecto político determinado. En segundo lugar, se encuentra la hegemonía a nivel nacional, en la cual, resulta necesario que exista un proyecto político con pretensiones de control estatal que persiga naturalizar y dotar de carácter universal su proyecto hacia el resto de los sectores del país. Finalmente, las naciones se encuentran enmarcadas en torno a una serie de relaciones internacionales jerarquizadas en las cuales un centro funge como eje hegemónico (Chasse-Dunn, 1994: 262). En ese sentido, la búsqueda de hegemonía a nivel nacional se enmarca –lo cual no implica un carácter determinante– dentro de un contexto político y económico más amplio.

Respecto al primer nivel, el capítulo anterior enfatiza en el proceso a partir del cual un sector de la elite empresarial construye un proyecto político ligado al partido ARENA. En el fondo, éste funge como el telón de fondo para pensar en un proyecto capaz de dirigir los procesos políticos, sociales y económicos del país. Sin embargo, la hegemonía del sector empresarial no implica un proceso acabado, frente a lo cual, el presente capítulo abordará las continuidades y reajustes dentro del proyecto político durante el período analizado. Respecto al segundo nivel, este capítulo busca pistas sobre el proceso hegemónico a nivel nacional. Así, por una parte, se enfatizará en el proyecto político de derecha y su papel en los procesos políticos durante el período 1989-2004 -lo cual coincide con los primeros tres períodos presidenciales en manos del partido político ARENA-. Por otra parte, al tratarse un proceso abierto, el análisis también dirige la mirada hacia el papel que juega el principal proyecto contrahegemónico en el país, es decir, el FMLN. Finalmente, respecto al nivel internacional a lo largo del capítulo se recogen aquellos elementos que ayuden a explicar la constitución de una hegemonía en el país.

4.1 Hegemonía neoliberal: Cristiani y la *aristocracia financiera*.

Durante los años correspondientes a la gestión de Alfredo Cristiani se sientan las bases de la hegemonía en el país. De tal suerte, el período inicia con la implementación de una reforma económica encaminada a liberalizar la economía y, así, reordenar las relaciones sociales económicas y políticas imperantes en el país. Como producto de este proceso se desplaza el modelo económico agroexportador imperante durante la mayor parte del Siglo XX, lo cual genera un proceso de recomposición de la elite económica en el país y de los medios de acumulación. Así, estos grupos de poder ya no tienen como ejes de acumulación a la agricultura y la industria tradicional de exportación, sino que ahora fundamentan su riqueza en los servicios, exportaciones no tradicionales y comercio (Segovia, 2005: 23). A través de este proceso emerge una elite *-aristocracia financiera-* que fungirá, a partir de entonces, como actor privilegiado dentro de los procesos políticos y económicos. Se trata entonces, de un período de institución de la hegemonía del proyecto político de derecha.

Para entender cómo tiene lugar el proceso referido resulta necesario voltear la mirada hacia el contexto en el que ARENA hace su entrada en el escenario político. A nivel internacional este momento se ubica dentro de un período plagado de profundas transformaciones que cambiaron el rostro político y económico del mundo, entre los que destaca el *fin de las ideologías* y el auge de la hegemonía neoliberal. Se trata pues, de un contexto en el cual el modelo económico exployado en el Consenso de Washington funge como “la receta” de desarrollo para los países latinoamericanos, proceso en el cual, las instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), juegan un papel central en su promoción y financiamiento (Van der Borgh, 2000: 43). En este marco, sucesos tales como la caída del bloque socialista, el cambio de administración del gobierno norteamericano y el desplazamiento del gobierno sandinista por la Unión Nacional Opositora, generaron fuertes impactos y cierran un período histórico en la región centroamericana.

Dentro de este contexto, Alfredo Cristiani, un empresario joven y exitoso obtiene la presidencia del país a partir de las elecciones de marzo de 1989. Su arribo al poder anunciaba vientos de cambio en una década protagonizada por la lucha por la hegemonía entre un ejército de liberación revolucionario y un proyecto

contrainsurgente apoyado por el gobierno de los Estados Unidos. Dentro de este escenario, con la entrada de ARENA al ejecutivo, se consolida un tercer proyecto político en la disputa por hegemonizar una sociedad resquebrajada por casi 10 años de guerra civil y tantos más de aguda crisis política.

Con la llegada de los empresarios al sistema político se lleva a cabo una reforma económica que deriva en la transformación del modelo económico y estatal existente hasta la fecha. Así, el primer gobierno de ARENA pone en marcha el *Plan de Desarrollo Económico y Social* que, en síntesis, implica un conjunto de medidas de estabilización y ajuste estructural, una reforma importante del sistema comercial y tributario, así como un impulso general de la privatización y liberalización económica (Segovia, 1999: 77). En el fondo, se buscaba crear un nuevo modelo orientado a insertar al país dentro de los mercados globales mediante el fortalecimiento de las exportaciones no tradicionales. Cabe destacar que, en este proceso, la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES) -ligada a la Escuela de Chicago y con apoyo financiero de la AID-, juega un papel central como centro de producción de conocimiento y sostén de la nueva propuesta económica y política de país, incluso muchos de sus miembros forman parte del gabinete durante administración Cristiani.

Un balance sobre los resultados a corto plazo de la implementación de las medidas de ajuste estructural, revelan resultados macroeconómicos exitosos. En efecto, durante el período los datos oficiales apuntan a un balance positivo en la estabilización y crecimiento de la economía del país como producto de la nueva política económica. El Salvador obtuvo una tasa de crecimiento anual promedio de 5.9, la segunda más alta en América Latina durante el período 1991-1995 (Acevedo, 2000: 128). Asimismo, cifras desplegadas por FUSADES –centro de producción de conocimiento ligado al proyecto político de derecha- revelan una tendencia de crecimiento económico positivo durante la administración Cristiani, respecto de los últimos años de la década de los ochenta.

Cuadro No. 4: Tasa de Crecimiento económico El Salvador 1985-1994

Año	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994
Porcentaje de crecimiento del PIB	0.6%	0.2%	2.5%	1.9%	1.0%	4.6%	3.2%	7.4%	1.8%	5.3%

Fuente: Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES) en base a información del Banco Central de Reserva. Elaboración Propia

Sin embargo, resulta necesario matizar el optimismo generado entre los círculos oficiales y empresariales por los resultados a corto plazo de la implementación de las políticas de ajuste estructural. Por una parte, Segovia señala que el éxito de la política económica en la reactivación real de la economía salvadoreña depende casi exclusivamente de la entrada de remesas, las cuales se vuelven el sostén principal del crecimiento económico desde entonces (Segovia, 1999: 78). Por otra parte, el objetivo de la reforma económica en el país, consiste en insertar al país a los mercados internacionales a partir del fomento de las exportaciones, específicamente promoviendo al sector manufacturero (ARENA, 1990). Al respecto, datos referentes a los ingresos generados por las exportaciones –tradicionales y no tradicionales- y por las remesas, además de mostrar que esta última constituye la principal fuente de ingreso del país, revela que no se cumplieron las expectativas de crear un modelo fundamentado en las exportaciones no tradicionales.

Cuadro No. 5: El Salvador 1990-1994. Ingreso por remesas y exportaciones (en millones de dólares)

	Remesas	Exportaciones tradicionales	Exportaciones no tradicionales	Maquila neta
1990	322.4	294.8	285.4	15.4
1991	520.1	272.1	315.9	25.0
1992	697.0	217.3	380.2	42.0
1993	790.3	295.7	446.3	68.8
1994	921.8	321.0	498.0	108.3

Fuente: Acevedo, 2000: 120. Con base en la información publicada por el Banco Central de Reserva

Por otra parte, durante este período culmina un proceso de reforma política que venía gestándose desde la caída de los gobiernos militares. Así, al lado de una serie de transformaciones en la institucionalidad política llevada a cabo a lo largo de la década de los ochenta, decanta el proceso de negociación de los Acuerdos de Paz entre el nuevo gobierno y el proyecto revolucionario encarnado en el FMLN. De esta forma, aún cuando los sectores más conservadores se oponían al diálogo, la primera mitad del mandato de Cristiani estuvo caracterizada por un ánimo negociador que, en el fondo, constituye un requisito fundamental para la adecuada implementación de las medidas de ajuste estructural (González, 2003: 1189).

Así, luego de la ofensiva desplegada en 1989 por el FMLN y el impacto en la prensa internacional que tuvo asesinato de los jesuitas de la UCA, se retoma el

proceso de diálogo y negociación entre el gobierno y el FMLN que, mientras puso punto final a la guerra civil, sienta las bases de un sistema democrático inédito en el país²⁶. De esta forma, con la llegada de Álvaro de Soto como mediador por parte de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) lo político logra sobreponerse a lo militar. Este proceso culmina hacia finales de 1991, cuando se lleva a cabo el Acuerdo de Nueva York que funge como antesala a la firma definitiva de la paz en el Castillo de Chapultepec en la Ciudad de México a inicios de 1992. El boletín Proceso señala el espíritu imperante durante este período:

“Podría aventurarse a pensar a 1991 como el año en que se anunció el amanecer en materia de los derechos humanos. Los éxitos logrados en el proceso de negociación, la firma del cese al fuego y el próximo fin de la guerra, el conjunto de medidas acordadas y las perspectivas de múltiples reformas, han hecho nacer nuevas esperanzas” (CIDAI, 1991: 57).

La disposición del gobierno a negociar con las fuerzas insurgentes decanta las primeras fisuras de ARENA como proyecto político. Así, con la apertura al diálogo se vieron las primeras señales de agotamiento al interior del partido, reflejado en la oposición de los sectores más conservadores del mismo a abrir espacios de participación política y, más aún, a pactar con los *comunistas*. Sin embargo los sectores más conservadores tuvieron que ceder a favor de la promesa de estabilización y reactivación económica del país (González, 2003: 1189). En este sentido, los Acuerdos de Paz, además de marcar la cúspide del proceso de reforma política, permite observar que el sector empresarial encabezado por Cristiani se vuelve hegemónico dentro del proyecto político de esta nueva derecha.

De esta forma, el principio anticomunista que había cohesionado un proyecto político queda desplazado y el sector empresarial consolida su hegemonía al interior del partido. Si bien las disputas en torno al proceso de reforma política no implican un cuestionamiento de la hegemonía de la elite empresarial, si constituye un proceso de continua negociación con los sectores conservadores, los cuales aprovecharon cualquier oportunidad para entorpecer el proceso de democratización y pacificación del país. Así, durante la implementación de los Acuerdos de Paz se manifiestan los límites de la voluntad política de los sectores más reaccionarios del partido. Destacan tres crisis en el proceso de cumplimiento de los acuerdos, la primera a los cien días

²⁶ Si bien los procesos de pacificación en la región se venían desarrollando desde años anteriores, fue hasta este momento que se pudieron establecer mecanismos de diálogo eficaces en El Salvador (Sarti, 1993).

de firmado el tratado, la siguiente hacia agosto del mismo año, y la más dramática se llevó a cabo en octubre cuando la calendarización establecida en el tratado se aproximó a su fin plagado de incumplimientos y atrasos en los aspectos centrales del tratado (CIDAI, 1992). Cabe destacar el papel central de la ONU como mediadora durante los conflictos referidos. Para el año siguiente, el último de la administración Cristiani, las tensiones en el proceso de pacificación se incrementaron. En efecto, los militares y otros sectores con intereses afectados en el proceso de paz retrasaron los procesos de depuración y desmilitarización (Cardenal, 2002).

Paralelo al proceso de reforma política el FMLN experimenta profundas transformaciones organizativas e ideológicas. Así, los reacomodos y reajustes -abordados con más detalle en el capítulo anterior- decantan en un dramático tránsito que va desde la ofensiva militar insurgente desplegada en 1989, la negociación en los Acuerdos de Paz, hasta la primera participación electoral en 1994; en la cual se constituye como la segunda fuerza electoral del país. En el fondo, hacia finales de la década de 1980 las posibilidades de plantear un modelo estatal fuerte se desvanecieron y la dirigencia del FMLN aceptó la democracia liberal y la modernización capitalista como las reglas válidas y el marco en el cual disputar la hegemonía en el país (Pearce, 1998: 596).

A grandes rasgos, la primera administración del proyecto de derecha se caracteriza por ser un momento de tránsito hacia la redefinición de país, en el cual la negociación y la firma de los Acuerdos de Paz, por un lado, y la implementación de las medidas de ajuste estructural, por el otro, conforman los rasgos básicos del período. Por ello, no resulta extraño que, en la consolidación de *la hegemonía neoliberal*, temáticas como democracia, paz o cambio económico se convierten en ejes centrales dentro los discursos políticos de la derecha y como dispositivos ideológicos de legitimación.

4.1.1 “El presidente de la Paz”

Hacia mediados de la década de 1980 ARENA lleva a cabo un proceso de recomposición interna que le permite consolidarse como proyecto político capaz de disputar la hegemonía del país. El cual deriva, no solo en la construcción de una imagen más moderada -en contraste con la identificación conservadora que lo caracterizó en sus orígenes-, sino más importante aún, en que un sector encabezado

por empresarios jóvenes se torna hegemónico dentro del partido, en detrimento del grupo más nacionalista.

La moderación del discurso radical funge como estrategia clave en la búsqueda de ARENA por convertirse en un proyecto político viable dentro de un país sumamente polarizado. Bajo esta lógica, en el *Plan Gobierno de Rescate Nacional de El Salvador* –documento que presenta el programa para el primer gobierno en manos de ARENA-, dicho partido se presenta a sí misma como opción política fresca, vital y portadora de cambio para un país agotado por la guerra civil de baja intensidad y la crisis económica.

En este sentido, el proyecto político se presenta como una oferta de reorientación de la sociedad que parte de la premisa básica de romper con un pasado desastroso. Es por ello que los dos proyectos políticos que se disputaban la hegemonía durante la década de los ochenta son concebidos como causantes de una crisis económica que debe ser enfrentada y revertida. De esta forma, en un primer momento, el movimiento revolucionario es concebido como una simple agresión terrorista y el gobierno precedente, conformado por una alianza entre el Partido Demócrata Cristiano, las Fuerzas Armadas y la política exterior norteamericana (1984-1989), se identifica con políticas económicas erradas que han subsumido al país en una terrible crisis, tal y como lo refleja el siguiente fragmento del documento referido:

“La República de El Salvador se encuentra en medio de una profunda crisis económica y social causada en gran medida por diez años de agresión terrorista, políticas económicas erradas... Para superar la crisis se requieren cambios profundos y decididos en materias económicas, sociales, institucionales y legales, con una clara proyección al futuro” (ARENA, 1990: I).

En este escenario, el partido ARENA se presenta a sí mismo como la única apuesta viable frente a tales circunstancias, tanto para el rescate económico del país como para aglutinar a los otros sectores que han quedado excluidos dentro del contexto de extrema polarización imperante hasta aquel momento. Se trata de un contexto interpretado como crítico, en el cual el país se encuentra ante un posible colapso provocado por graves desequilibrios macroeconómicos y un Estado interventor y distorsionado, situación agravada por la agresión *terrorista*. Frente a tal diagnóstico no resulta extraño que la idea de “rescate” constituya la bandera que legitima la necesidad de propuestas de corte radical que, para el caso, se expresa en la implementación de las recetas de ajuste estructural en boga para entonces:

“... el Gobierno de El Salvador impulsará un profundo “cambio en libertad y democracia”, con el fin de estimular el desarrollo económico y social, y robustecer el marco jurídico, administrativo y político. En este esfuerzo el Gobierno busca la participación de todo el pueblo, desde abajo, como una fórmula para lograr consenso y mejorar y ampliar el proceso democrático” (ARENA, 1990: I).

El pasaje referido contiene dos de las tres nociones claves con las cuales el partido ARENA se autodefine desde su constitución en 1981. Así, mientras las ideas *libertad* y *democracia* mantienen su centralidad como rectores del proyecto, destaca el poco peso conferido en el documento a la idea de *nacionalismo*, la cual -como se señaló en el capítulo anterior-, constituía uno de los fundamentos ideológicos más importantes en el momento fundacional del proyecto político. Al respecto, se puede aventurar a plantear que esto responde al interés de implementar una reforma económica orientada a insertar al país dentro de los mercados mundiales. Por otra parte, dentro del documento programático referido, las ideas de *libertad* y *democracia* heredadas del liberalismo occidental se reconceptualizan en el marco de una revitalización neoliberal. Al respecto, Zamora agudamente destaca que los principios con los que nace el partido ARENA dejan un vacío en relación a elementos sociales y económicos, lo cual permite la actualización de los principios filosóficos esbozados en dichos documentos, a la luz de nuevos elementos de corte neoliberal (Zamora, 1998: 65).

El primer concepto señalado hace referencia a un tipo de libertad: aquella de carácter individual que, ahora funge como premisa básica de una concepción de mundo centrada en el mercado como regulador de las relaciones sociales. Así, esta conceptualización permite establecer un vínculo directo entre libertad individual y progreso económico. La relación se lleva a cabo a partir de la idea de igualdad entre todos los individuos, lo cual permite homogeneizarlos, sean estos empresarios o trabajadores y la libertad individual permite la expresión de las aptitudes y capacidades de cada uno. La libre expresión de las potencialidades de cada individuo conduce inevitablemente hacia el crecimiento económico de una sociedad, que se ve como suma de progresos económicos individuales (ARENA, 1990). Rodrigo Chávez un profesional de FUSADES, institución académica clave en el desarrollo e implementación de las medidas de ajuste estructural, ejemplifica como opera esta lógica que vincula libertad con progreso individual:

Es que mira, es un modelo nuevo y coherente, donde el sector privado es el motor de la economía... lo importante de todo es la libertad individual, porque la libertad es

la que permite movilidad social verdad, y eso ha permitido que la gente se haya beneficiado con las medidas económicas (Entrevista a Rodrigo Chávez, Agosto 2007).

La primacía del individuo no sólo funge como rector de las relaciones económicas, sino que se expande hacia todas las relaciones sociales y políticas. Así, la defensa a ultranza de este principio como punto de partida del mundo social, permite que la libertad individual se sobreponga al bien común en la constitución de la comunidad política. Así lo expresa el Plan de Gobierno:

“La sociedad no es más que el conjunto de individuos que la conforman por lo que el bienestar de cada uno de sus miembros es igual al bienestar de toda la sociedad. Cuando se persigue el bien común se debe anteponer el bienestar de cada uno de los miembros se la sociedad al de entes como el Estado, ya que de lo contrario sólo se logra beneficiar a un grupo de privilegiados” (ARENA, 1990: III).

Aún cuando la idea de democracia y su uso político experimenta cambios a lo largo del período, en el Plan de gobierno se expone una noción relacionada directamente al funcionamiento del mercado. En efecto, el documento muestra una noción que dista de referir a una transformación en la lógica de las relaciones sociales y políticas, incluso se hace alusión a ésta como *democracia económica* (ARENA, 1990: 9). Este elemento revela el predominio del mercado sobre las relaciones sociales, lo cual está implícito en el modelo de desarrollo neoliberal desplegado desde entonces por los sucesivos gobiernos de ARENA en El Salvador.

Por otra parte, el modelo neoliberal se apropia de la noción de democracia representativa, lo cual permite la fácil adopción del concepto por parte de la elite empresarial salvadoreña. En efecto, con la reforma económica los grupos de poder revaloran la relación costo-beneficio respecto a la democracia, tornándose central de ahí en adelante en la subjetividad de estos actores (Ramos, 2002: 108). Al respecto, un analista político afirma que la democracia se convirtió fácilmente en un eje discursivo asumido y defendido por parte de la derecha, en tanto dicho régimen político fue concebido como el mejor escenario político para la actividad empresarial en un mundo globalizado.

“ARENA es el partido de la derecha económica; no sólo del gran capital, sino de mucho mediano y pequeño. El fin primero y último de todo empresario es ganar dinero, y hoy por hoy, existe la idea de que en una democracia se hacen más y mejores negocios” (Príamo Alvarenga, 1994: 29-30).

Príamo Alvarenga también llama la atención sobre el papel que juega la comunidad internacional, especialmente los Estados Unidos y los institutos de financiamiento

ligados a este, por consolidar las transiciones a la democracia en los países de América Latina durante las décadas de 1980 y 1990 (Príamo Alvarenga, 1994: 30). Frente a ello, la noción de democracia se vuelve un elemento *necesario* en los discursos de cualquier proyecto con pretensiones hegemónicas, en un contexto post guerra fría.

La implementación del modelo de desarrollo neoliberal implica un doble proceso. Por una parte, destacan las transformaciones en la estructura económica y, por la otra, implica un replanteamiento del rol y áreas de intervención del Estado en la sociedad y la economía. Este último básicamente consiste en limitar las funciones del Estado al control y protección de la población y a la defensa de la propiedad privada. La restricción de las funciones redistributivas del Estado, forma parte de la primera ola de medidas de ajuste estructural propuesta en el Consenso de Washington a partir de 1990. En este sentido, vemos una propuesta fresca para el país, pero nada original en contraste con el rumbo tomado por la mayoría de países en América Latina y el mundo.

La reforma del Estado constituyó uno de los elementos más importantes que debían ser deslegitimados en la pretensión de ARENA de romper con el pasado. Así, aún cuando el modelo keynesiano tuvo serios límites en su implementación en el país, la reapropiación del elemento reformista de corte desarrollista como parte de la estrategia contrainsurgente, lo ubica como uno de los principales elementos que deben ser replanteados. Al respecto, Ramos señala que, dentro del país, el problema fue planteado sin mayor complejidad e incluso la reforma del Estado se planteó a través de un discurso y práctica anti-estado bastante simple, consistente en debilitar la capacidad de intervención del mismo y en trasladar sus activos estratégicos a manos privadas. El autor también señala que, los argumentos de la reforma del Estado, se orientan a defender las supuestas funciones “naturales” y universalmente legítimas de un Estado limitado frente a los supuestos abusos del pasado (Ramos, 2002: 95-96). En este sentido, se evidencia la forma en que opera la naturalización de la visión de mundo ligada al modelo neoliberal. Al respecto, el Plan de Gobierno correspondiente a la Administración Cristiani, ejemplifica claramente la forma en que se dota de carácter universal el ímpetu anti- estatal:

“El Estado tiene una esfera de acción bastante limitada en una sociedad libre, ya que su principal papel es el de velar porque se respeten las libertades y los derechos de las personas y contribuir en forma eficiente a proveer a la población más necesitada de los servicios básicos que no se pueden proveer a sí mismos. Las funciones del

Estado son dar seguridad a los ciudadanos, garantizar una administración de justicia neutral en la que no haya privilegios para nadie y actuar solidariamente en la atención de los más necesitados de la población” (ARENA, 1990: IV).

Al momento, se ha analizado como el modelo de desarrollo neoliberal funge como la propuesta articuladora del proyecto de derecha, tanto hacia su interior como hacia la sociedad en general. Sin embargo, éste resulta insuficiente como soporte ideológico del proceso de constitución de la hegemonía del proyecto referido durante este período. En este marco, el proceso de diálogo y firma de los Acuerdos de Paz terminó de legitimar este proyecto de derecha. En efecto, más allá del papel real que jugaron los sectores ligados a ARENA en el proceso de reforma política, éste se presenta como proyecto capaz de dirigir y buscar consensos dentro de la sociedad salvadoreña en general, más allá de los intereses corporativos de los empresarios. En este sentido, temáticas como la pacificación o la búsqueda de consensos en la sociedad, se convierten en un ejes articuladores de una derecha que temía que la prolongación de la guerra restara efectividad e incluso impidiera una adecuada implementación de las medidas de ajuste estructural.

Al respecto, Dada señala que, la paz fue un elemento ausente en los inicios de la gestión del gobierno de Cristiani, pues éste llegó a la presidencia con el objetivo de imponer la paz por la vía del triunfo militar (Dada, 1994: 47). Este elemento debe replantearse, entre otras cosas, frente a los sucesos más relevantes de los primeros años de la gestión, entre los que destacan la ofensiva de 1989 y asesinato de los jesuitas de la UCA. Éstos ponen en evidencia las dificultades de la victoria militar sobre un proyecto insurgente capaz de movilizar a grandes sectores de la sociedad, mientras desgasta la imagen proyectada del gobierno a nivel internacional en materia de respeto a los derechos humanos. Así, aún cuando históricamente este sector había priorizado métodos de acción política opuestos al diálogo o concertación, temas como el consenso y la paz fueron rápidamente apropiados en su bagaje discursivo, tal y como destaca Chacón:

“Es lógico que el primer punto de consenso del nuevo ciclo político en El Salvador sean los Acuerdos de Paz porque antes de estos el grupo dominante buscaba aniquilar a los grupos disidentes y no dirigirlos. Es decir que en el nuevo momento de paz, hay un rompimiento entre los grupos de la misma clase con el consenso anterior. Por el lado del FMLN, se agotan las alianzas que sustentan la idea de hacerse del control del Estado por la vía armada y al otro lado ideológico, impedir que eso ocurriera y surge una hegemonía basada en principios distintos “la búsqueda de la paz” que significa el control del Estado por la vía pacífica” (Chacón, 2006).

Los Acuerdos de Paz además de convertirse en una especie de pacto fundacional para una *nueva sociedad*, introdujeron un giro semántico en las nociones básicas que servían de bandera para la gestión de la derecha. Así, el discurso del presidente Alfredo Cristiani durante la ceremonia de firma del tratado de paz resulta revelador. En primera instancia, el momento clave de ruptura con el pasado se traslada desde el momento en que se rescata al país de la grave crisis económica en 1989 hacia el momento en que se establece el pacto nacional de pacificación:

“El carácter inequívocamente nacional del acuerdo de paz suscrito este día, le da la posibilidad efectiva de paz que de él deriva una condición muy especial que tampoco tiene precedentes entre nosotros, en realidad entendemos que desde lo que ahora comienza a ocurrir en El Salvador, no es el restablecimiento de una paz preexistente, sino la inauguración de una paz auténtica fundada en el consenso social, en la armonía básica entre sectores sociales, políticos e ideológicos y sobre todo en la concepción del país, como totalidad sin exclusiones de ninguna índole” (Discurso de Alfredo Cristiani, enero de 1992).

La centralidad del tratado de paz como parteaguas de la historia salvadoreña, trae consigo una complejización de la concepción política del pasado. El discurso referido de Cristiani revela que, el pasado con el que se busca romper, va más allá de la crisis económica agudizada durante la década de 1980 que fungió como punto de partida cuando, tres años antes la derecha asumió por primera vez el ejecutivo. Ahora se plantea un pasado en el cual aparece por primera vez el componente político como rasgo esencial, que, vinculado a las libertades individuales juega un papel central como factor explicativo de la crisis a la que se pone fin.

“Nos quedaríamos injustamente cortos si viéramos solo hacia el pasado inmediato para medir la magnitud de lo que ocurre en El Salvador de un tiempo a esta parte, la crisis en que se vio envuelta la nación salvadoreña en el último decenio no surgió de la nada, ni fue producto de voluntades aisladas, esta crisis tan dolorosa y trágica tiene antiguas y profundas raíces sociales, políticas, económicas y culturales. En el pasado una de las perniciosas fallas de nuestro esquema de vida nacional fue la inexistencia o insuficiencia de los espacios y mecanismos necesarios para permitir el libre juego de las ideas, el desenvolvimiento natural de los distintos proyectos políticos derivados de la libertad de pensamiento y de acción, en síntesis, la ausencia de un verdadero esquema democrático de vida” (Discurso de Alfredo Cristiani, enero de 1992).

En la medida que el momento fundacional y la ruptura con el pasado se refiere a los Acuerdos de Paz, el FMLN ya no puede ser visto como simple agresión *terrorista* local o como mero portador de un ataque ideológico internacional. Resulta interesante destacar que, durante un primer período de la administración en cuestión, se omitió la idea de crisis política de los discursos. Sin embargo la ofensiva que el

FMLN despliega cinco meses después de la toma de posesión de Cristiani, puso en evidencia que no se trataba de un simple problema doméstico que sería fácil controlar militarmente, sino que estaban frente a un actor contrahegemónico fuerte. El papel del Frente como contraparte de peso se consolida durante las negociaciones y la firma del acuerdo, tornándose en actor legítimo, sobre todo de cara a los procesos futuros:

“En lo que el interior del proceso mismo se refiere, no podríamos dejar de manifestar unas palabras para el FMLN con quien el gobierno ha suscrito el acuerdo de paz y en quien descansa tan importante responsabilidad para que este trascendental proyecto de paz se consolide y se desarrolle. Le decimos al FMLN con respetuosa convicción que su aporte es necesario para desarrollar en El Salvador una democracia estable y consistente y que estamos seguros de que la nueva etapa que iniciamos todas las fuerzas políticas y sociales, podemos trabajar en conjunto para el beneficio del país como El Salvador se lo merece” (Discurso de Alfredo Cristiani, enero de 1992).

La noción de democracia toma un giro luego de los procesos de diálogo. Como el mismo Cristiani reconoce en el discurso analizado, a diferencia de un primer momento, ahora no se hace referencia a una democracia exclusivamente orientada hacia las relaciones económicas. Este proyecto político se apropia, al menos a nivel discursivo, de una noción más amplia que se convierte en fundamento último del nuevo pacto social y establece el marco en el que se llevarán a cabo futuros consensos sociales. Sin embargo, en este ensanchamiento de la noción, la democracia se vincula a un sistema institucional previamente establecido, lo cual apunta a la defensa de una democracia procedimental que no necesariamente se traduce en las relaciones sociales y políticas del país.

Resulta interesante destacar que durante el proceso de diálogo de los Acuerdos de Paz el gobierno fungió solamente como una parte de la negociación, al lado del FMLN, mientras que, como señala Wood, el proyecto popular insurgente constituyó un actor clave para entender el proceso de transición a la democracia en el país (Wood, 2000). Sin embargo, en la versión oficial de la derecha, fueron ellos “los protagonistas” del proceso, adjudicándose a sí mismos un papel rector dentro de los procesos de pacificación y democratización del país. Tal y como señala quince años después un profesional ligado a FUSADES:

...en aquella época ARENA finalizó la alianza con los militares, firmó la paz, institucionalizó al FMLN y encima modernizó el sistema judicial... (Entrevista a Rodrigo Chávez, Agosto de 2007).

El análisis de los discursos que se generaron en torno a los dos grandes ejes en los que se fundamentó la hegemonía de la derecha revela dos momentos. Uno ligado al cambio en el modelo de desarrollo económico y social, el cual contaba con un alto grado de legitimidad a partir del reacomodo del escenario internacional y la consecuente hegemonía neoliberal. Así, por una parte, el éxito del modelo en materia de estabilización macroeconómica constituyó un eje de legitimación para el fin del período, tal y como lo hace notar Dada en un análisis sobre la campaña electoral desplegada hacia finales del gobierno de Cristiani:

“Un elemento central de la campaña fue la generalizada aceptación del mercado como principio regulador de la actividad económica ... Para ARENA ya las bases de esa economía han sido establecidas a través del ajuste iniciado en 1989 de conformidad a las normas de los organismos financieros internacionales” (Dada, 1994: 52).

El otro eje se vincula a la disposición de Cristiani a negociar con la insurgencia los Acuerdos de Paz -por lo cual fue denominado *el presidente de la paz*-. Así, además de producir un giro semántico en las principales nociones que buscan legitimar el proyecto de derecha, la *paz* en sí misma se vuelve parte de la esencia de la primera gestión a cargo de este proyecto político. Este elemento también se hizo visible durante la campaña electoral, en la cual aparece al lado de los resultados positivos del cambio de modelo, como las principales cartas de presentación:

“La campaña de ARENA fue de una notoria calidad técnica, y estuvo fundamentada en cuatro pilares: convertir al voto en una expresión de aceptación o rechazo al supuesto “artífice” de la paz, de la estabilización económica y política, y de la política de compensación social, Alfredo Cristiani; la amenaza de desestabilización del país si no ganaba ARENA, afirmando que los capitales huirían, las empresas cerrarían, y la guerra se reiniciaría” (Dada, 1994: 52-53).

El giro semántico que acompaña la apropiación del proceso de paz por parte de dicho proyecto político, se vuelve evidente sobre todo en la percepción del pasado y de los otros actores políticos. Esto se relaciona con el “ablandamiento” del anticomunismo como el principal fundamento ideológico del partido (González, 2003), elemento necesario para poder firmar la paz y, más necesario aún, para construir un proyecto que, aún cuando beneficie sobre todo a la elite económica, logre coordinar intereses generales y presentarse como “nacional”, requisito fundamental para construir hegemonía.

En el fondo, durante este período se lleva a cabo un proceso de institución hegemónica, en el cual, elementos ideológicos nuevos se combinan y complementan

a viejas ideas filosóficas con el fin de operacionalizar una visión de mundo coherente tanto con los intereses de la aristocracia financiera, como con el auge del modelo neoliberal en el mundo. Así, destaca una ideología que, mientras retiene elementos tales como el *anticomunismo* y el *nacionalismo*, privilegia la libertad individual, la primacía del mercado y la defensa de una democracia formal procedimental. Se trata de la combinación entre elementos residuales de corte conservador retomados de la ideología oligárquica pero vigente en durante el período analizado, con nuevos significados y formas de relación relacionados con el modelo neoliberal. Se observa así, un proceso en el cual se entremezclan lo que Williams denomina elementos emergentes y residuales (Williams, 1980), reflejando el carácter abierto del proceso hegemónico que ha tenido lugar durante este período.

4.2 El modelo de desarrollo neoliberal se profundiza: Calderón Sol

Durante el segundo quinquenio analizado se profundizan las reformas económica y política que dan vida al nuevo orden social. Con la profundización de las medidas de ajuste estructural y de aquellos mecanismos encaminados a fortalecer la democracia y el estado de derecho en el país, se da un proceso de consolidación de la hegemonía del proyecto de derecha dentro de la nación salvadoreña. Sin embargo, no se trata de un proceso homogéneo, más bien se pueden distinguir dos fases. Por una parte, durante los primeros años de la gestión se observa una etapa en la cual el nuevo consenso toma fuerza. Por otra parte, durante la segunda etapa, que tiene lugar hacia los últimos años del mandato, comienzan a visualizarse los primeros signos de agotamiento del proceso hegemónico, sin que ello constituya un cuestionamiento sustancial al nuevo modelo de desarrollo instituido en el país.

Si el primer mandato de ARENA se inserta en un momento de transición económica y política a nivel mundial, en el cual la guerra fría se agota –pero aún continúa fresca en la memoria internacional y nacional-, mientras el capitalismo en su nueva versión neoliberal celebra su triunfo; para el momento en que inicia la segunda administración en manos de la derecha, los proyectos políticos alternativos que cuestionaban al capitalismo pierden fuerza y el neoliberalismo se consolida como la *única* opción de desarrollo viable para el mundo entero. En efecto, la guerra civil era parte del pasado, el país ha comenzado el programa de ajuste estructural

recetado por las agencias de financiamiento internacional y el movimiento de liberación ahora se había insertado a la institucionalidad democrática en forma de partido político.

En este marco, se llevan a cabo las primeras elecciones democráticas del país denominadas *las elecciones del siglo*²⁷. En 1994 se lleva a cabo un proceso que incluyó elecciones presidenciales, municipales y legislativas. El resultado fue contundente: ARENA se consolida como el vencedor de los comicios al obtener la presidencia de la república, mientras que, a nivel parlamentario y municipal alcanza una clara ventaja sobre el resto de partidos políticos. Durante el proceso electoral ARENA constituye el partido más grande y mejor organizado del país para ese entonces (Cardenal, 1994: 13). Por otra parte, a raíz de los resultados electorales el FMLN, en su primera incursión como partido político legal, se constituye en la segunda fuerza electoral del país e, incluso, participa en la segunda ronda electoral llevada a cabo para definir el presidente como adversario de ARENA. De tal suerte, el proyecto político insurgente que disputa la hegemonía por la vía militar durante la década de los ochenta, continua vigente como la principal fuerza contrahegemónica del país durante la posguerra.

Posterior a los resultados de las *elecciones del siglo* se llevan a cabo una serie de reacomodos dentro de los principales partidos políticos del país. Respecto a ARENA, se profundizan las primeras fisuras generadas por la hegemonía de la aristocracia financiera al interior del partido. Dos situaciones profundizan las divisiones al interior de ARENA; por una parte, con el fin de la guerra y de una posible revolución marxista los elementos anticomunistas y nacionalistas que unificaban al partido se debilitan (González, 2003); por otra parte, la muerte en 1991 del Mayor Roberto d'Aubuisson -figura que dotaba cohesión al proyecto político - genera un vacío al interior del partido, mientras debilita al sector más conservador del mismo.

En 1994 se pueden distinguir tres sectores en disputa por la hegemonía del partido. De un lado, se encuentra el gran beneficiado de la reformas económica y política, el grupo ligado al sector financiero -en el cual destaca la figura del ex presidente Alfredo Cristiani-, de otro lado se ubica un segmento constituido por

²⁷ Participan por primera vez aquellos actores que habían sido históricamente excluidos del sistema político. De esta forma, la antigua fuerza revolucionaria tiene la posibilidad de disputar el poder mediante un proceso electoral dentro de la nueva institucionalidad democrática procedimental.

fieles seguidores de la figura y principios del Mayor Roberto d'Aubuisson –los “verdaderos nacionalistas” y, por último emerge un nuevo sector entre los dos polos, así aparece un nuevo grupo conformado por empresarios conservadores, liderado por el entonces presidente Armando Calderón Sol (Martínez Peñate, 2000).

Durante el período se observan distintos momentos en los que se manifiestan crisis y reacomodos dentro del partido ARENA. Así, hacia finales de 1994, en medio de escandalosas denuncias de corrupción, se ventilan por primera vez las divisiones al interior del partido mientras importantes personajes se separan del partido (ECA, 1994). Por otra parte, para 1997 se llevan a cabo una serie de reacomodos dentro del partido de derecha, entre los que destaca la incorporación de Roberto Murray Meza, un poderoso empresario que buscaba dar al partido una imagen de fresca y el retorno del ex presidente Alfredo Cristiani –figura ligada a la *aristocracia* financiera– al control de la estructura central del partido: el Consejo Ejecutivo Nacional (COENA). Finalmente, hacia finales de la Administración Calderón Sol, las pugnas entre los sectores de ARENA se agudizan, sobre todo entre aquéllos que no estaban de acuerdo con la primacía de los intereses financieros. Esto se expresó en la repentina candidatura de Francisco Flores para las elecciones presidenciales de 1999, este personaje representaba una figura independiente que traía aires de renovación al proyecto de derecha. Hacia finales de 1998 el boletín Proceso destaca los vínculos del candidato presidencial con el grupo liderado por el entonces presidente de la República:

“Si ARENA pretendía innovar debía elegir a un candidato fuera de lo común, fue el razonamiento que llevó a Calderón Sol y los suyos a respaldar a “Paquito”. Pero este respaldo no fue unánime. Al interior del principal partido de derecha, otras figuras importantes discrepaban con la opinión del Primer Mandatario. Una de ellas fue la del presidente del COENA, Alfredo Cristiani” (CIDAI, 1998: 6).

Pese a las divisiones, el grupo financiero conserva la hegemonía del partido durante este período. En el fondo, durante el segundo gobierno se llevan a cabo procesos de reacomodo al interior de ARENA que, sin embargo, no derivan en la pérdida de la hegemonía del sector financiero y su capacidad de cohesionar al proyecto político. Aún cuando la candidatura de Calderón Sol constituye una propuesta de los sectores tradicionales del partido en su afán por recuperar el control del partido, el nuevo gobierno terminó dando más muestras de continuidad que de ruptura respecto al gobierno anterior (Ramos, 2003: 114-115). En efecto, las medidas de ajuste estructural desplegadas por Cristiani y profundizadas con Calderón Sol generan un

proceso de recomposición de la elite en torno a la privatización de la banca (Albiac, 2007), beneficiando sobre todo al sector vinculado a la actividad financiera. Esto no solo fortalece la hegemonía de este grupo al interior del partido, sino también se reconfigura el modelo de acumulación en el país. De tal suerte, durante este período, pese a que los conflictos se agudizan al interior del partido, éste no se desarticula mientras continúa cohesionado en torno a un proyecto socio-económico y político más o menos definido.

“Durante la administración de Armando Calderón Sol (1994-1999), la derecha económica, específicamente el sector de ésta dedicado a la actividad financiera, no solo consolida a su proyecto político- económico, sino que lo convierte en proyecto hegemónico” (González, 2002: 41).

Por su parte, el FMLN sufre una aguda crisis y un proceso de recomposición posterior a los comicios de 1994. En un contexto en el cual desaparece tanto el verticalismo propio de una organización militar, como la unidad derivada de la existencia de un enemigo armado en común, no resulta difícil que las diferencias político-ideológicas salgan a flote. Así, dos de las cinco fracciones que históricamente formaban parte del Frente deciden separarse del mismo. De esta forma, entre mutuas acusaciones, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y la Resistencia Nacional (RN) se independizan, mientras afloran conflictos ideológicos y políticos remanentes de los tiempos de guerra civil²⁸.

Las dificultades del Frente para mantener cohesionadas a las diferentes organizaciones que lo conforman, produjo un impacto negativo en la consolidación interna como partido político, a la vez que expone la impresión de que se trata de un proyecto político débil y con dificultades para “democratizarse”. En el fondo, esto deriva en la idea de que ARENA es el partido político con más capacidad establecer consensos e incluso de conducir una nación recién reestructurada. El boletín Proceso, revela el fuerte impacto de la crisis del Frente en el reacomodo postelectoral:

“...la sensación fue de desconcierto ante una izquierda que se mostraba con absoluto descaro como incapaz para el diálogo y la concertación, así como renuente a emprender en serio su democratización interna. En términos políticos, la izquierda, lejos de presentarse fortalecida ante el gobierno de ARENA, se presentaba como una fuerza política débil, que no sólo deslegitimaba su propia capacidad para conducir el

²⁸ Guido Béjar señala como desde 1983 el ERP y la RN adoptaron posiciones distintas al PCS y las FPL, y para 1987 expresan fuertes críticas frente al marxismo y comienzan a identificarse ideológica y políticamente con la socialdemocracia. Por el contrario, aún cuando el PCS y las otras fuerzas políticas compartían críticas al socialismo real no llegaron a descartarlo de su horizonte utópico. El autor señala que para entonces: “Las fisuras comenzaron a notarse en el organismo unitario de la izquierda” (Guido Béjar, 1996: 60).

país, sino que legitimaba a ARENA como la alternativa política más viable” (CIDAI, 1994: 10).

El segundo gobierno de ARENA permitió profundizar la reforma económica iniciada por el gobierno de Alfredo Cristiani y, de esta forma fortalecer la hegemonía de una nueva derecha identificada con el modelo de desarrollo neoliberal. Bajo esta lógica la estrategia económica no sufre cambios importantes, más bien se plantean propuestas de desarrollo económico que, bajo la misma línea, se enfocan en la privatización de empresas estatales y apertura al comercio internacional (Segovia, 1999: 78). En efecto, la privatización de activos estatales constituyeron el rasgo central en la política económica de un período que termina con las telecomunicaciones, los ingenios azucareros, las distribuidoras de energía eléctrica, del sistema trámites de tránsito y el sistema de pensiones en manos privadas; profundizando un modelo que, mientras privilegia la lógica del mercado, reduce el papel del Estado en las relaciones económicas y sociales.

En contraste con el fuerte impulso al programa de estabilización y ajuste estructural, disminuye la tendencia de crecimiento macroeconómico desplegada durante la Administración Cristiani. En efecto, datos oficiales revelan que la tasa de crecimiento anual del PIB pasa de ser de 5.9 durante el período 1990-1995, a un promedio de crecimiento de 2.8 para el siguiente lustro; es decir, después de haberse posicionado como el segundo país con mayores índices de crecimiento económico durante el primer quinquenio de los noventa, pasa al décimo tercer lugar entre las 19 economías latinoamericanas (Acevedo, 2000: 2). Se trata de la desaceleración en la tasa de crecimiento de la economía salvadoreña que, no deriva en una crisis aguda dentro el sistema económico durante este período, lo cual se vincula a la continuidad del papel de las remesas familiares como sostén de la economía salvadoreña a lo largo de toda la posguerra. Con el fin de exponer esta ligera disminución en los índices de crecimiento económico durante el período analizado, el siguiente cuadro contrasta el crecimiento del PIB durante los dos primeros gobiernos presididos por ARENA.

Cuadro No. 6: Tasa de Crecimiento económico El Salvador 1989-1999

Año	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999
Porcentaje de crecimiento del PIB	1.0%	4.6%	3.2%	7.4%	1.8%	5.3%	6.5%	1.7%	4.5%	3.8%	3.7%

Fuente: Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES) en base a información del Banco Central de Reserva. Elaboración Propia

Otro elemento de continuidad con relación a la primera administración consiste en el carácter negociador por parte del gobierno, imprescindible en la implementación de los Acuerdos de Paz en los cuales éste se había comprometido y, que además, resultaban un punto de partida para la profundización del nuevo modelo económico. Desde el inicio de su gobierno, Calderón Sol manifestó su compromiso con los Acuerdos de Paz, elemento que se confirma con los acercamientos por parte del gobernante a los funcionarios de las Naciones Unidas durante los años de su mandato (ECA, 1994: 947). Por otra parte, las entrevistas realizadas para la presente investigación revelan cómo distintos actores políticos reconocen en el período de Calderón Sol la continuidad de un ánimo conciliador por parte de la derecha. De tal forma, la mayoría de los entrevistados rescatan el papel de Calderón Sol como buen negociador político²⁹. Incluso una diputada del FMLN sostiene que, el Frente decidió apoyar al gobierno ante un intento de golpe de Estado por parte de las Fuerzas Armadas:

Con Cristiani y Calderón Sol había un estilo más abierto de gobernar, había posibilidad de diálogo ... en ese momento (1994) el FMLN y otros partidos respaldamos a Calderón Sol, pues al fin y al cabo estaba impulsando los Acuerdos de Paz (Entrevista a Blanca Flor Bonilla, Agosto de 2007).

Hacia la mitad del segundo mandato de la derecha, se llevan a cabo importantes transformaciones en la vida política, social y económica del país. Por una parte, en 1996 se clausuran oficialmente los Acuerdos de Paz, lo cual deriva en la disminución de los espacios de discusión y negociación en torno al desarrollo de la reforma política y del proceso de democratización en el país. Con el cierre del proceso de negociación más importante en la historia del país, se limitan además, los espacios

²⁹ Tal como se indicó en la introducción, durante la investigación se llevó a cabo una etapa de diagnóstico, que consistía en la aplicación de entrevistas semi-estructuradas a catorce actores claves, entre los que destacan integrantes del proyecto político de derecha, integrantes de otros partidos políticos y académicos expertos en el tema. La lista de entrevistados y la pauta de la entrevista se incluyen como anexo en el presente trabajo.

formales para debatir sobre las medidas socioeconómicas del nuevo modelo de desarrollo; es decir, cristaliza un nuevo orden social.

Otro importante cambio durante este período se relaciona con el fortalecimiento del FMLN como actor político de oposición. En 1997 se lleva a cabo el segundo proceso electoral dentro de la naciente democracia salvadoreña, se trata de elecciones municipales y legislativas que modifican el panorama político nacional como producto del aumento de cuotas de poder a nivel local por parte de la izquierda. Los resultados electorales manifiestan no solo el aumento de escaños en la Asamblea Legislativa y del número de municipalidades –incluida la capital- por parte del Frente; sino más importante aún, la tasa de crecimiento negativa de los votos obtenidos por el partido ARENA en relación a la elección anterior. Al respecto, el cuadro expuesto a continuación refleja este fenómeno, manifiesto en la variación en el número de votos obtenidos por ambos partidos entre las elecciones de 1994 y de 1997 a nivel municipal y legislativo:

Cuadro No. 7: Variación en los votos obtenidos por ARENA y el FMLN durante las elecciones de 1994 y 1997

Partido	1994	1997		1994	1997	
	Consolidado nacional para concejos municipales	Consolidado nacional para concejos municipales	Tasa de crecimiento (%)	Consolidado nacional para diputados	Consolidado nacional para diputados	Tasa de crecimiento (%)
ARENA	598,391	410,537	-31.39	605,775	396,301	-34.58
FMLN	273,498	365,176	33.52	287,811	369,709	28.46

Fuente: ECA, 2000: 243. Elaboración propia

El proceso electoral no solo señala signos de debilitamiento de ARENA, sino, además, se comienza a hacer evidente el carácter polarizado del sistema político. La tenue participación de los partidos políticos pequeños y la confrontación entre ARENA y el FMLN fueron las características principales de la campaña y las elecciones de 1997 (CIDAI, 1997). Un estudio revela que la concentración del voto en dicha elección entre los dos partidos mayoritarios fue alrededor del 70%, mientras en elecciones posteriores la tendencia de concentración del voto ha ido en aumento (Martínez, 2007). La polarización política no constituye un fenómeno nuevo en la sociedad salvadoreña, más bien conforma una lógica en las relaciones políticas que encuentra su punto álgido durante la guerra civil. Se trata así, de una característica que se traslada y se consolida dentro del nuevo sistema democrático del país.

Por otra parte, la seguridad pública se convierte en un problema de primer orden durante el período del presidente Calderón Sol. Los altos índices de violencia delincriminal constituye uno de los problemas que más aquejan a la sociedad salvadoreña durante la posguerra. Cruz, en un estudio realizado sobre las tendencias de las principales preocupaciones ciudadanas, revela que, a lo largo de la segunda mitad de la década de los noventa los salvadoreños llegaron a estar más preocupados por la violencia criminal, que lo que en su momento les preocupó la violencia política y la guerra (Cruz y González, 2003: 1150). Por otra parte, este analista también revela que la tasa de homicidios por cada 100 000 habitantes fue de 41.3 para el período señalado, la cuarta más alta de América Latina después de Colombia, Guatemala y Honduras (Cruz, 2004: 1151). La tendencia sostenida y creciente de este fenómeno en la sociedad salvadoreña exige un análisis profundo que, excede por mucho los objetivos de esta investigación, sin embargo, se puede mencionar que este fenómeno funge como síntoma de los límites del pacto social establecido en los Acuerdos de Paz y fundamentado en un modelo de desarrollo neoliberal.

Se trata de un período que manifiesta profundas continuidades en la gestión económica y política respecto a la Administración Cristiani. Lo fundamental radica en la profundización de la reforma económica neoliberal y del proceso de democratización y pacificación de la sociedad. Sin embargo, hacia la segunda mitad del mandato de Calderón Sol, salen a luz los primeros signos de agotamiento la hegemonía tanto al interior del partido ARENA, como respecto a la comunidad nacional. No obstante, esto no implica quiebres profundos capaces de poner en peligro este proyecto político.

4.2.2 Democracia y Privatizaciones

La llegada al poder de Armando Calderón Sol en 1994 constituye un indicador de la consolidación de ARENA como proyecto hegemónico dentro del país. No solo se trata del segundo triunfo electoral consecutivo de la nueva derecha, sino, más importante aún, la primera victoria de la derecha empresarial dentro de unas elecciones democráticas, en las cuales participan el Partido Demócrata Cristiano y el FMLN, los cuales encarnan los dos grandes proyectos que se disputaban la hegemonía durante la década anterior.

En un contexto caracterizado por la consolidación del neoliberalismo como modelo universalmente válido, el nuevo gobierno dispone profundizar la reforma económica de corte neoliberal implementada a partir del gobierno anterior. Paralelo a ello, el país experimenta una serie de transformaciones políticas encaminadas a la apertura de espacios políticos y a democratizar la sociedad. En efecto, el consenso en torno a una nueva forma de concebir el desarrollo del país se había conseguido. Ahora quedaba pendiente la tarea de consolidarlo.

En este marco se desarrollan una serie de mecanismos discursivos encaminados a fortalecer la visión de mundo ligada al modelo de desarrollo neoliberal, sin perder el toque sui géneris característico de este proyecto. De esta forma se observa la continuidad de una ideología que combina elementos neoliberales y conservadores. El análisis del Plan de Gobierno correspondiente al período 1994-1999 revela las matices que toma esta combinación, lo cual se evidencia en la forma en que se conceptualiza la noción de *nacionalismo* –uno de los tres principios de ARENA-. Así, a la vez que la noción queda subyugada a la primacía de la esfera económica, permite la continuidad del carácter conservador dentro del partido, expresado en la vigencia de la defensa de conceptos como Dios, valores, costumbres y patria. El doble papel que asume la noción señalada se refleja en el siguiente fragmento del documento:

“Lograr la autonomía económica, enalteciendo el sano nacionalismo y el aprecio a nuestros valores y costumbres... ..la trilogía inspiradora de la unidad y el progreso de la Nación entera: Dios, Patria; Libertad. Estos principios proveen el marco básico democrático, consistentes con nuestra ideología republicana nacionalista, en la que siempre está Primero El Salvador, Segundo El Salvador y Tercero El Salvador, como respuesta al contexto histórico de grandes cambios en nuestra Patria. Estos ya han sido iniciados por el actual Gobierno de ARENA. Sin embargo, aún queda mucho trabajo por delante para construir El Salvador que todos queremos y consolidar el mayor cambio en democracia y libertad de nuestra historia” (ARENA, 1994: 2).

Pese a la persistencia de elementos residuales, la construcción ideológica da un giro que privilegia una serie de nociones encaminadas a fortalecer la visión de mundo neoliberal sobre los remanentes conservadores. Con el fin de la guerra civil y la adopción de un nuevo modelo económico encaminado a insertar al país en la economía global, disminuyen las potencialidades interpelatorias de un discurso centrado en la defensa de un nacionalismo decimonónico característico de los documentos fundacionales del partido. Se trata de un proceso de “ablandamiento” ideológico que deriva en la reorientación de los discursos hacia objetivos más

pragmáticos, tales como la mejor forma de administrar el Estado y la economía (González, 2003: 1177).

El análisis del Plan de Gobierno revela claramente como opera el proceso de “ablandamiento” señalado. Frente a la pérdida de peso del *nacionalismo* e incluso del *anticomunismo*, las nociones de *democracia* y *libertad* permanecen como ejes articuladoras de los discursos políticos. En este sentido, aún cuando resulta bastante cuestionable la autoría exclusiva de la derecha en la conducción del proceso de reforma política, este elemento se torna central como mecanismo de legitimación durante este período. De esta forma, dentro del documento referido, la democracia – apenas señalada en el documento programático del gobierno anterior-, aparece como el gran triunfo de la gestión de derecha. Se trata de la defensa de la democracia representativa fundamentada en el vínculo intrínseco entre ésta y la libertad individual. De lo que deriva la primacía de una noción fundamentada en elementos legales y no en transformar las relaciones autoritarias y jerárquicas que han caracterizado históricamente a la sociedad salvadoreña.

“...consolidar una democracia sustentada en la libertad del individuo y, así, prepararnos para enfrentar con éxito los desafíos del Siglo XXI...Transformar la sociedad salvadoreña inculcando el verdadero significado de la democracia, fundamentada en el respeto a la Constitución, las leyes y el orden establecido y la apertura política, para consolidar la paz y la reconciliación” (ARENA, 1994: 1,5).

El fragmento referido revela que se establece un estrecho vínculo entre la noción de *democracia* y la idea de *justicia* y de *paz social*. Resulta interesante destacar que, ambas nociones constituyen elementos novedosos en contraste con los documentos fundacionales del partido, en los cuales se privilegiaban elementos de seguridad nacional por encima de referencias a la idea de justicia (Zamora; 1998). En este sentido, se da un giro discursivo en el cual la idea de paz se incorpora al bagaje ideológico de la derecha e; incluso, se torna uno de los elementos más potentes de legitimación frente a la comunidad nacional que se busca dirigir:

“La libertad, la justicia y la paz social son tres valores íntimamente relacionados, que forman un todo indivisible, basado en un consenso mínimo para desarrollar un Proyecto Funcional de Nación ... Reconociendo que la sociedad salvadoreña se encuentra en un proceso de transformación profunda. Derivado del desarrollo democrático del país y de los contenidos emanados de la solución política del conflicto armado, se debe seguir impulsando decididamente el proceso de paz” (ARENA; 1994: 1-2).

Aunado al énfasis en la democracia y la paz, se despliegan una serie de nociones que revelan las matices que va tomando la ideología vinculada modelo neoliberal en el país. Así, las ideas de privatización, modernización, progreso y oportunidades se convierten en los elementos primordiales que, en última instancia, permitirán consolidar los logros de la reforma política. Lo fundamental radica en conseguir un eficaz desarrollo nacional, para lo cual se llevan a cabo una serie de privatizaciones de algunas empresas estatales, esta medida se plantea como una propuesta necesaria y válida *per se* para el progreso del país. Es decir, la defensa de las privatizaciones, como forma específica de concebir el desarrollo, constituye uno de los sustentos ideológicos más importantes durante este período (Ramos, 2002: 97).

Por su parte, el *progreso económico* además de convertirse en la gran promesa del gobierno dirigido por Calderón Sol, permite establecer un puente entre lo económico y lo social. El tránsito se sustenta en la idea de que el crecimiento económico genera una serie de oportunidades de progreso individual, lo cual debe fortalecerse mediante la propuesta de programas de salud y educación. En este sentido, la política social deriva automáticamente de la política económica, manifestando la prevalencia del mercado como rector último de la vida social.

“Para ampliar las fronteras productivas y las oportunidades que genera empleo y recursos; incrementando la productividad del agro, conquistando el mar, y construyendo un país hacia arriba, mediante la creación de nuevas industrias, comercios y servicios” (ARENA, 1994: 3).

El *progreso* también se relaciona directamente con la construcción de consensos dentro de la sociedad salvadoreña. Al respecto, el documento señala la existencia de *sectores progresistas*, categoría que corresponde a aquellos grupos sociales que comparten un proyecto de corte neoliberal. En el fondo la búsqueda de consenso se plantea a través de la conformación de una alianza entre el gobierno y estos grupos que permita mantener el diálogo permanente entre los mismos. Lo anterior revela que, dentro de esta visión de mundo, se excluye implícitamente a cualquier actor social que cuestione el modelo de desarrollo neoliberal, al punto de no ser incorporado como parte de la comunidad política.

“Construir una Gran Alianza Nacional, con todos los sectores progresistas, para consolidar un ambiente político estable, democrático, tolerante y bajo el imperio de la ley, que garantice el desarrollo humano pleno; que genere confianza para la inversión económica y social, y que facilite la apertura mental y espiritual para ejecutar las reformas políticas y jurídicas necesarias” (ARENA, 1994: 2).

Por otra parte, nociones como *Estado de derecho* y *transparencia* complementan la reconceptualización del rol estatal inherente a dicho modelo. El absoluto rechazo al Estado manifiesto en los discursos de la derecha durante la administración Cristiani, se torna menos radical durante la segunda mitad de la década de 1990. Este elemento se enmarca dentro de un contexto internacional, en el cual, se comienza a discutir los límites de la implementación de una serie de recetas orientadas a minimizar al extremo el rol estatal tanto en la economía como en la vida social. De tal suerte, el Estado ya no es concebido como uno de los principales enemigos del proyecto político, sino que se manifiesta una actitud más moderada respecto a aquella que se despliega hacia finales de la década de los ochenta:

“El Estado debe garantizar: el derecho al trabajo y la libertad para escogerlo; el bienestar de todos los integrantes del cuerpo social, estimulando la cooperación y la solidaridad entre los mismos; y las condiciones para la existencia de un moderno sistema de libre empresa, que atienda con equidad y eficiencia las necesidades de todos sus miembros” (ARENA, 1994: 1).

La adopción del Estado de derecho como modelo normativo que orienta la actividad política se vincula a la hegemonía de un modelo de desarrollo que privilegia la tecnificación del espacio político. Este elemento va de la mano con las recetas impulsadas por instituciones de financiamiento internacional, las cuales, luego de la implementación de las primeras reformas del consenso de Washington, comienzan a promover una serie de ajustes dentro de las llamadas reformas de segunda generación, enfocadas en fortalecer la calidad de la democracia y las instituciones políticas. En efecto, ahora lo jurídico y procedimental invade y se apropia de las dinámicas políticas, tal y como lo manifiesta el documento en cuestión:

“El Plan de Gobierno Republicano Nacionalista 1994-1999 da una importancia primordial a la existencia y fortalecimiento del Estado de Derecho, entendiéndose éste, como el que se encuentra bajo la supremacía de la Constitución de la República y el imperio de la Ley, la división e independencia de los poderes, la legalidad de la administración y el que reconoce las libertades y derechos fundamentales de las personas” (ARENA, 1994: 13).

Por otra parte, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales- Programa El Salvador realizó en 1994 un debate en torno a los resultados del primer proceso electoral democrático en la historia del país. El documento arroja datos interesantes que ayudan a matizar los elementos ideológicos expuestos al momento. Al respecto destaca la forma en que, ARENA y algunos analistas ligados al proyecto político de derecha, se presentan en espacios discursivos menos formales, lo cual permite

aproximarse a la forma particular en que se combinan elementos emergentes con aquellos residuales de corte conservador. Asimismo, los resultados del debate revelan que, pese a la primacía de discursos conciliadores, democráticos e incluyentes explayados por la derecha, el FMLN persiste como el principal “enemigo indeseable” frente al cual se define ARENA. Cardenal, analista político y vicerrector de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), señala cómo operan los elementos señalados. En efecto, este autor muestra como subyace un doble discurso que, por una parte busca proyectar una imagen moderada y conciliadora, en la cual la derecha se torna como portadora de paz, democracia y progreso; mientras por otra parte, destaca la persistencia de elementos más conservadores, desplegados por sectores ligados a ARENA durante la campaña electoral. Estos elementos residuales –entre los que destaca el nacionalismo, el anticomunismo o el carácter incuestionable de la autoridad- se relacionan directamente con la continua descalificación del FMLN durante los períodos preelectorales. El fragmento expuesto a continuación refleja la forma en que subyace el doble discurso en un contexto preelectoral determinado:

“El partido oficial introdujo subrepticia pero eficazmente la polarización en la campaña electoral, la cual se caracterizó por una ideologización extremada e intensa. Esto no afloró tan claramente en la publicada oficial del partido gubernamental, en la cual se proyectó una imagen de moderación y ecuanimidad, como en la publicidad de las instituciones y los medios de comunicación social identificados con la ideología tradicional de ARENA, cuyos elementos fundamentales son el anticomunismo visceral, el nacionalismo decimonónico, el autoritarismo y la prepotencia... La amenaza y el miedo que prevalecieron durante la guerra se volvieron a percibir con fuerza en los meses de campaña. La elección se planteó abiertamente como una opción entre el comunismo y la democracia, la libertad y la esclavitud, ARENA y la destrucción del país” (Cardenal, 1994: 11).

Dentro del documento referido, un artículo elaborado por el periodista de derecha Hermann Bruch constituye un claro ejemplo de la forma en que operan los discursos de deslegitimación durante los momentos preelectorales. A modo de ejemplo, a continuación se reproduce un fragmento del artículo referido, el cual, manifiesta cómo el FMLN es vinculado al comunismo y a todas los posibles males y desgracias políticas, económicas y sociales:

“Yo soy de los que plantean la teoría de que hay que combatir al comunismo como una doctrina intrínsecamente mala y al igual que a un cáncer, debe de buscarse el tratamiento adecuado para erradicarlo... El comunismo es una idea, una mala idea, no por la maldad de sus precursores, sino porque estar fundamentada en un sofisma que atenta contra toda la naturaleza humana... mi teoría de que los esquemas originales planteados en la doctrina comunista siguen vigentes para ellos (FMLN) y

lo único que ha cambiado por el momento es el método y el campo de batalla, pero no así las tácticas confrontativas, contestatarias, violentistas y rupturistas” (Bruch, 1994: 65-66).

La estrategia de deslegitimación del otro se torna inherente y complementario a todo el aparato discursivo expuesto. En el fondo, las ideas de *libertad, democracia y paz*, se presentan como la esencia de ARENA en la medida que le son negadas al otro. Este mecanismo deriva en el progresivo proceso de polarización del sistema político salvadoreño que, adquiere nuevas dimensiones en la medida que el principal partido político de oposición adquiere mayores cuotas de poder a partir de los resultados electorales en 1997 (Martínez, 2007).

A grandes rasgos, durante este período ya no se discute sobre la viabilidad del modelo económico neoliberal, sino que se asume como única posibilidad para el desarrollo del país. En este marco, se asiste a un proceso de “ablandamiento” de la ideología de ARENA, que deriva en la construcción de un doble discurso. Así, por una parte, se observa un proceso en el cual pierden peso algunos elementos residuales de corte conservador dentro de los discursos oficiales del partido. Por otra parte, éstos continúan vigentes en los espacios discursivos informales, tales como las campañas electorales, manifestando así, su vigencia como elementos capaces de cohesionar y movilizar a los sectores aglutinados en torno al proyecto político de derecha en El Salvador.

4.3 Hegemonía en crisis. Francisco Flores

Hacia finales de la década de los noventa el modelo de desarrollo neoliberal comienza a presentar importantes signos de agotamiento en América Latina. Luego de casi dos décadas en que se privilegian las políticas de ajuste estructural como estrategia de desarrollo económico, la mayoría de países de la región comienzan a experimentar bajas tasas de crecimiento y productividad, a la vez que se agudizan los problemas de gobernabilidad (CEPAL, 2000). Se trata de contexto en el cual se comienza a cuestionar la viabilidad del modelo neoliberal tal y como se plantea a partir del Consenso de Washington. Incluso las instituciones de financiamiento internacional, como el Banco Mundial, reconocen una serie de “fallas” que deben ser

corregidas mediante una serie de reformas institucionales, sin transformar el modelo de desarrollo³⁰.

En un escenario caracterizado por el debate en torno al alcance de los beneficios y las externalidades producidas el modelo de desarrollo neoliberal, Francisco Flores asume la presidencia para 1999. De esta forma termina el segundo gobierno de ARENA y la promesa de “vivir mejor” mediante la profundización del modelo neoliberal no se cumple. Así, los balances en materia social reflejan que, para 1999, el país se ubica en la posición 107 entre 174 países en el índice de desarrollo humano del PNUD (Acevedo, 2000: 4). Esto impone nuevos retos a un gobierno que pretenda gobernar bajo la misma línea que los anteriores.

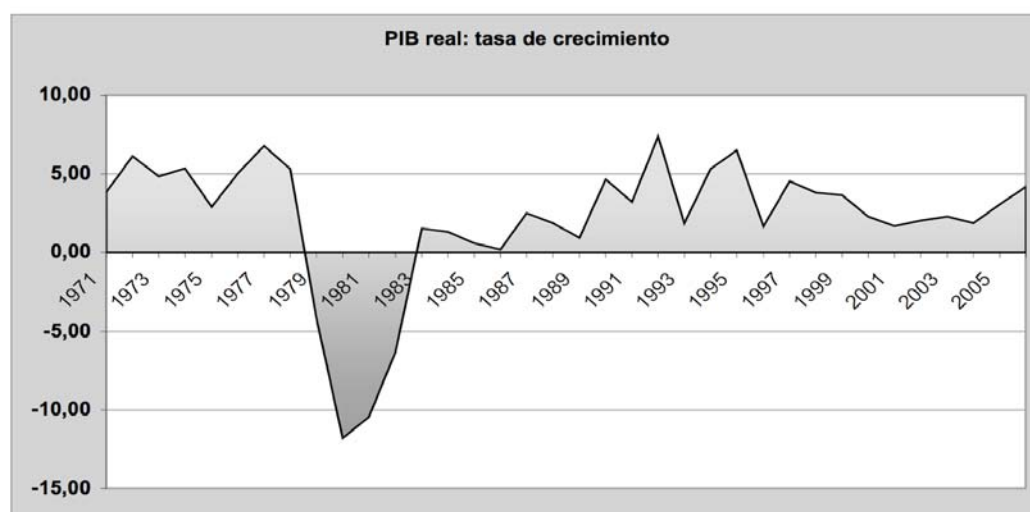
A grandes rasgos, este período busca dar continuidad al modelo de desarrollo neoliberal impulsado desde el mandato de Alfredo Cristiani. En efecto, se asiste a la implementación de una serie de políticas orientadas a consolidar el modelo, tales como la dolarización de la economía a partir del año 2001 y la negociación y firma de una serie de Tratados de Libre Comercio con República Dominicana, Chile y México. Sin embargo, estas políticas económicas se enmarcan en un contexto internacional adverso caracterizado por la crisis asiática –crisis financiera de alcance mundial- y la caída en los precios internacionales del café, lo cual, aunado al desarrollo de frágiles equilibrios macroeconómicos en el país, deriva en un panorama de estancamiento económico a nivel nacional. Esto se expresa en un sector externo incapaz de sobreponerse a precios internacionales adversos, en la dependencia extrema de las remesas como sustento de la economía y en condiciones de vida de la mayor parte de los salvadoreños que continúan siendo de las más bajas de América Latina (Acevedo, 2000:4).

Pese a la valoración triunfalista por parte de las voces oficiales, también se comienzan a palpar los límites en el crecimiento económico durante este período; así, este gobierno tiene que lidiar con fuertes cuestionamientos sobre los supuestos logros del modelo en el mediano y largo plazo. Acevedo señala que, el programa de liberalización económica en el país, no estuvo acompañado de políticas correspondientes para fortalecer la competitividad internacional del aparato productivo doméstico, de ahí su debilidad para insertarse exitosamente dentro de los mercados internacionales luego de diez años de implementación (Acevedo, 2000: 6).

³⁰ Al respecto véase los resultados de la Segunda Cumbre de las Américas, también denominado Consenso de Santiago, llevada a cabo durante 1998.

El gráfico expuesto a continuación revela una caída en la tasa de crecimiento a partir de 1997, mientras a partir de 1999 se manifiesta un giro hacia la *ralentización* – crecimiento lento en el tasa de crecimiento- la economía salvadoreña, la cual no recupera el dinamismo característico de los primeros años en manos de ARENA.

Gráfico No. 1: Tasa de crecimiento económico en El Salvador 1971-2005



Fuente: FUSADES en base a datos del Banco Central de Reserva. Elaboración Propia

Por otra parte, la tercera victoria electoral de ARENA se lleva a cabo frente a un opositor político consolidado. El segundo triunfo presidencial de la posguerra se da en un escenario doméstico caracterizado, por una parte, por la progresiva polarización del sistema político, manifiesto en la concentración del voto entre los dos partidos políticos mayoritarios de un 81% durante el proceso electoral de 1999 (Martínez, 2007); por otra parte, por el aumento de las cuotas de poder legislativas y municipales por parte del FMLN. Durante este período el Frente se consolida como actor político de oposición. En el mandato de Flores se llevan a cabo dos procesos electorales a nivel municipal y legislativo (2000 y 2003), en las cuales persiste la tendencia positiva para el FMLN de las elecciones de 1997. De esta forma, el Frente continúa gobernando la capital del país y otros municipios importantes del país, mientras mantiene mayoría simple dentro del congreso. El siguiente cuadro muestra cómo, aún cuando ARENA obtiene mayor porcentaje de votos durante los comicios señalados, el FMLN se consolida en el terreno electoral:

Cuadro No.8: Porcentaje de votos obtenidos por ARENA y el FMLN en elecciones municipales y legislativas 1997-2003

Partido	1997	2000	2003	1997	2000	2003
	Porcentaje de votos en elecciones municipales	Porcentaje de votos en elecciones municipales	Porcentaje de votos en elecciones municipales	Porcentaje de votos en elecciones legislativas	Porcentaje de votos en elecciones legislativas	Porcentaje de votos en elecciones legislativas
ARENA	61.1%	48.5%	42.4%	36.8%	36.0%	34.9%
FMLN	20.6%	30.2%	28.2%	32.7%	27.8%	33.7%

Fuente: ECA , 2003: 178-180. Elaboración propia.

Por otra parte, el FMLN experimenta una serie de reacomodos que le permiten conformar un proyecto político más sólido respecto a los períodos anteriores. Ahora el debate se lleva a cabo entre dos facciones: “renovadores” y “ortodoxos”, en el cual el ala más radical logra imponerse y hegemonizar el partido. Esta facción aboga por mantener el carácter revolucionario del partido, lo cual lejos de reivindicar un comunismo estalinista, refiere a delinear un perfil político unificado cercano a la izquierda latinoamericana y a la Revolución Bolivariana (Sáenz de Tejada, 2007: 185). Este elemento marca un momento de transición al interior del partido, que permitió mayores niveles de cohesión interna así como avanzar hacia lineamientos ideológicos más definidos frente a la hegemonía de la derecha.

Si bien el Frente se convierte en un partido político influyente en la posguerra de El Salvador, a nivel nacional ARENA mantiene el poder y continua las políticas de estabilización y ajuste estructural que comenzaron desde antes del fin de la guerra (Van der Borgh, 2000: 40). Así, los resultados positivos durante los comicios legislativos y municipales se revierten en los procesos electorales presidenciales, e incluso no implica que la izquierda sea capaz de dirigir la actividad legislativa durante este período. Al contrario, la derecha liderada por ARENA establece alianzas con otros partidos políticos dentro del congreso, entre los que destacan el Partido de Conciliación Nacional (PCN), pequeño remanente del período de gobiernos militares, e incluso con el Partido Demócrata Cristiano (PDC) que nunca pudo salir de la crisis en que cayó desde 1989. El siguiente cuadro elaborado por Artiga-González, revela las alianzas encaminadas a obtener mayoría dentro de la Asamblea Legislativa:

Cuadro No. 9: Apoyos legislativos a los gobiernos salvadoreños 1989-2003

Período	Mayoría en el Congreso (% de escaños)	Partido con el control del ejecutivo
1989-1991	ARENA-PCN (61.7%)	ARENA
1991-1994	ARENA- PCN (57.1%)	ARENA
1994-1997	ARENA- PCN (51.2%)	ARENA
1997-2000	ARENA-PCN-PDC (55.9%)	ARENA
2000-2003	ARENA-PCN (51.1%)	ARENA

Fuente: Artiga-González, 2003: 218

Las causas de este fenómeno requiere un profundo análisis que exceden los objetivos de la presente investigación; no obstante, revela un elemento primordial, que refiere a la persistencia durante este período de la idea de que ARENA constituye el único partido político capaz de gobernar el país.

El partido ARENA también asiste a una serie de reajustes internos durante este período. En efecto, las fisuras existentes entre los diferentes sectores que conforman este proyecto político se destapan y la hegemonía del sector financiero al interior del partido comienza a ser puesta en cuestión, sobre todo por el sector más “nacionalista” y conservador del partido. Cabe destacar que las señales de estancamiento del modelo neoliberal y el aumento de las cuotas de poder por parte del Frente fungen como telón de fondo y detonante de crisis al interior de la derecha, tal y como lo señala el boletín Proceso luego de las elecciones municipales y legislativas del año 2000:

“A raíz del descalabro electoral, diferentes sectores dentro del partido de derecha han pugnado por una reestructuración interna que permita a este instituto político recobrar su vigor y su otrora fuerza electoral. En un proceso insólito, se han dado las más variables discusiones al interior del partido de derecha. El partido conocido por su hermetismo y sus estructuras verticales empezó a resquebrajarse cuando el llamado movimiento de los fundadores irrumpió en la escena política, como abanderado de los cambios internos. Por primera vez, ventilaban públicamente los desatinos de los dirigentes areneros en cuanto a su manejo del partido” (CIDAI, 2000: 9).

Un síntoma de la conflictividad al interior del partido ARENA se refleja en las fisuras entre el gobierno de Francisco Flores y la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP). Cabe destacar que la ANEP, además de ser una de las gremiales que más incidieron en el proceso de politización de los empresarios durante la década de 1980, constituye un actor político clave en la constitución del proyecto político durante los primeros años de la posguerra. Al respecto, un importante ideólogo de la derecha y director por muchos años de la ANEP afirma que, durante

esta gestión hubo tensión constante con la empresa privada (Entrevista a Juan Héctor Vidal, Agosto 2007).

Pese a los fisuras señaladas, el mandato de Flores corresponde a los últimos años en los cuales el sector financiero conserva la hegemonía al interior del proyecto político de derecha. Durante esta etapa se da un paulatino quiebre entre los sectores articulados en torno al partido ARENA, que decantará hasta el siguiente quinquenio. José Chacón, analista entrevistado, señala que se trata de un proceso de transición en el cual, un nuevo grupo de empresarios de menor rango con capital invertido en el país comienza a fortalecerse al interior de la estructura partidaria en detrimento del sector financiero, el cual por su parte comienza a sacar su capital del país (Entrevista a José Chacón, Agosto de 2007). Rubio, otro analista coincide con el argumento señalado por Chacón:

El grupo de capital que con la llegada de ARENA al poder se transnacionalizó, en los últimos años han venido perdiendo paulatinamente influencia al interior del partido, ahora hay dos grupos con dos visiones, una que quería llevar a ARENA a una visión más de centro, y los operadores con apoyo de empresarios con capital invertido en el país, fijate que este grupito quiere mantener continuidad (Entrevista a Roberto Rubio, Agosto de 2007).

Con la entrada de Francisco Flores a la presidencia, se da un giro en los mecanismos de concertación y en la dinámica de las relaciones políticas que habían caracterizado a los mandatarios de ARENA. Aún cuando se reconoce que elementos residuales de corte autoritarios no han estado ausentes durante los primeros diez años analizados, este elemento toma nuevas dimensiones durante el último quinquenio en estudio. Al respecto, durante el mandato presidencial de Flores se llevan a cabo 58 vetos, el mayor número registrado en la historia del país, e incluso fue criticado por los dos ex presidentes anteriores por su incapacidad para concertar con la oposición y su poco contacto con la población (ECA, 2003: 514).

En esta etapa se profundiza la polarización del espacio político, manifestando dimensiones inéditas desde el fin de la guerra civil. Martínez señala que durante el período 1994-2006 el promedio de concentración del voto entre ARENA y el FMLN fue de 70.08% en elecciones parlamentarias y de 82.79% para las elecciones presidenciales (Martínez, 2007). En este marco, mecanismos como la confrontación o la descalificación del otro se tornaron centrales en la forma de hacer política dentro de la sociedad salvadoreña. El aumento en la polarización del sistema político, es reconocido por algunas voces de derecha entrevistadas para la presente

investigación. Destaca que uno de los fundadores del partido ARENA, que pertenece al sector que defiende los valores originales encarnados en la figura de Roberto d'Aubuisson, apunte que la estrategia de polarización ha sido profundizada durante los años de madurez de ARENA frente a la pérdida de cohesión ideológica del partido:

Creo que la gran debilidad del partido ha sido no creer en la ideología, los intereses originales del partido no son los mismos, para nada, fijate que ahora lo que yo veo es un servilismo antinacionalista, todo se ha transformado tanto... que ya en los últimos años se ha tenido que recurrir a la estrategia de polarización, algo así como tener que ponerse como el menos peor que el otro: porque sino vas a perder tu libertad... (Entrevista a Ernesto Panamá, Agosto 2007).

La polarización cobra auge en un período en cual el modelo de desarrollo neoliberal enfrenta fuertes cuestionamientos a nivel internacional y nacional, a la vez que, el Frente se vuelve un protagonista clave en la política. Los bajos índices en materia de desarrollo social, aunados al aumento de las cuotas de poder del principal partido de oposición, constituyen el telón de fondo en el cual resurge y se promueve el temor a lo “viejo” que traía el FMLN; este elemento se torna uno de los mecanismos privilegiados de la derecha en su búsqueda de legitimidad durante los períodos preelectorales. Por otra parte, esto coincide con la primacía de los “ortodoxos” y miembros del Partido Comunista al interior del proyecto contrahegemónico, lo cual da pauta para que los sectores conservadores vinculen, en el plano discursivo, al Frente con el tan temido *comunismo*.

Por otra parte, desde el inicio del tercer mandato de ARENA se incrementa la conflictividad social respecto a los años anteriores de posguerra. Cabe apuntar que, a partir el año 1999, se incrementa la actividad sindical y las movilizaciones sociales en contra de diversas medidas económicas impulsadas por los gobiernos de ARENA. Destaca la importancia que tiene el movimiento generado por el Sindicato de Médicos y Trabajadores del Instituto Salvadoreño del Seguro Social (SIMETRISSS) contra la privatización de la salud pública a partir de ese año, el cual permanece, con diferente intensidad, durante la mayor parte del período de la administración Flores.

“Paradójicamente, los sindicatos regresaron de su exilio de la dinámica social, realizaron una actividad frenética y llamaron a atención de la opinión pública, pero sin lograr casi nada” (CIDAI, 1999: 28).

El movimiento encabezado por el SIMETRISSS y el Sindicato de Trabajadores del Instituto Salvadoreño del Seguro Social (STISSS) junto con otros sectores de la

sociedad toma su punto más álgido hacia el año 2002. En ese entonces se lleva a cabo la huelga general de los trabajadores del instituto de seguridad social que se extiende por nueve meses, durante los cuales destaca la negativa del gobierno a negociar. Esta discusión adquiere fuerza en un contexto en el cual varios servicios públicos ya han sido privatizados –la banca, las telecomunicaciones, la energía eléctrica y el sistema de pensiones, entre otros–, la economía ha sido dolarizada y en el que la negociación de un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos se encuentra encaminado. Blandino, revela la magnitud de la movilización social que se opone al intento de incluir a la salud dentro del paquete de las privatizaciones:

“En septiembre del 2002 la huelga de los trabajadores de la salud en el Instituto Salvadoreño del Seguro Social marca un salto de calidad en la lucha y conduce a una amplia movilización de diferentes sectores en contra de la privatización de la salud, la huelga se convierte en el catalizador del rechazo social al modelo neoliberal y es precisamente por el amplio respaldo del pueblo y la correcta combinación de lucha masiva en las calles y lucha parlamentaria que culmina 9 meses mas tarde en victoria en cuanto a detener la privatización de la salud por este momento” (Blandino, 2003).

La huelga y movilización social, además de fungir como catalizador de demandas y de rechazo de un buen sector de la sociedad frente a los efectos no deseados de la implementación de las medidas de ajuste estructural, constituye una indicador de los altos niveles de polarización política. En efecto, el conflicto se convierte en el escenario en el cual se agudiza el enfrentamiento entre ARENA y el FMLN - identificado con la lucha en contra de la privatización de la salud- elemento predominante en la vida política del país durante el período (CIDAI, 2003).

Resulta fundamental destacar que el incremento de la conflictividad social no se puede interpretar como producto exclusivo de la debilidad del gobierno de Flores para establecer consensos dentro de la sociedad. Se deben tomar en cuenta una serie de elementos que influyen en este fenómeno; tal como el impacto durante los primeros años de posguerra de la desarticulación de los movimientos sociales que se encontraban aglutinados en torno a un proyecto insurgente durante la guerra civil (Pirker; 2008); el giro llevado a cabo por el Frente con la hegemonía del ala “ortodoxa” al interior del partido, que deriva en un renovado esfuerzo por vincularse con demandas sociales y grupos organizados de la sociedad civil (Entrevista a Blanca Flor Bonilla, agosto del 2007); o el debate en torno a los resultados a mediano plazo del modelo neoliberal a nivel nacional e internacional, entre otros.

Por otra parte, los elevados niveles de la violencia social y delincuencia persisten durante este período. Pese a la ambigüedad en los registros expuestos por las fuentes oficiales, un estudio realizado por el PNUD apunta que, hacia el año 2003, la tasa de homicidios supera los 30 por cada 100 000 habitantes. Esta cifra ubica al país en condición de “epidemia” según la clasificación de la Organización Mundial de la Salud (OMS), mientras es reconocido como uno de los cuatro países más violentos en América Latina, junto a Colombia, Honduras y Venezuela (PNUD, 2007). La problemática de la violencia también implica una dimensión subjetiva vinculada a la “victimización”. Al respecto, Cruz y González destacan el fuerte impacto de la violencia y la delincuencia en la percepción social de los salvadoreños, ubicándose como una de problemas de primer orden en la sociedad:

“Esta sensación de inseguridad generalizada, que ha provocado movimientos y decretos a favor del endurecimiento de las leyes penales, que ha promovido la proliferación de las agencias de seguridad y tiendas de armas y que ha causado que regiones productivas del país se declaren en paro y protesten contra el gobierno por el alto índice delincencial, entre otras cosas, ofrece de antemano una idea de la magnitud del fenómeno en el caso salvadoreño” (Cruz y González, 2002: 208- 209).

La gestión de Flores lleva a cabo una serie de políticas encaminadas a enfrentar el problema de la violencia. En el año 2003 se instituye *el Plan Mano Dura* como mecanismo de fortalecer la seguridad ciudadana mediante una serie de acciones policiales en combinación con el ejército, focalizadas en las zonas afectadas por las pandillas juveniles. Meses más tarde el plan se legaliza con la *Ley Antimaras*³¹, que consistía en una serie de reformas al código penal y procesal penal orientadas a establecer un marco legal más rígido en el combate a la delincuencia juvenil (IDHUCA, 2003). Estas medidas, de carácter represivo derivan en el fortalecimiento del aparato coercitivo del Estado y en el retorno de los militares en materia de control civil, inédito después de los Acuerdos de Paz.

Por otra parte, el descontento de distintos sectores de la sociedad frente a la gestión de Flores se vuelve un tema recurrente en los balances de noticias que anualmente elabora el Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI) de la Universidad Centroamericana (UCA). De esta forma, el boletín Proceso señaló este elemento como una característica primordial durante los

³¹ LEY ANTI MARAS: publicada en el Diario Oficial el 10 de octubre de 2003 y ocho días después de esta publicación entró en vigencia.

cinco años de la tercera administración de ARENA, tal y como lo muestra el cuadro a continuación:

Cuadro No. 10: Análisis político del CIDAI durante la gestión presidencial de Francisco Flores

Año	Análisis del Centro universitario de documentación e información (CIDAI)
1999	“Francisco Flores es la viva imagen de la actitud que caracteriza a los políticos en El Salvador: el cinismo. Se llena la boca hablando de un país democrático con oportunidades para todos mientras se da el lujo de derrochar vetos contra decretos favorables para el desarrollo social del país.” (p.5)
2000	“En definitiva, el signo que marca la dinámica social actual es la constante conflictividad. Y las raíces últimas de este signo se ubican en el progresivo cierre de espacios que le permitan a la población ofrecer su punto de vista y, al menos, criticar las decisiones que, tomadas a altos niveles, le afectan directa o indirectamente.” (p. 22)
2001	“Uno de los temas más destacados en la vida política en el 2001 fue la poca capacidad para dar respuestas a las demandas de la población. A las múltiples reivindicaciones de los salvadoreños, los partidos políticos y sus líderes han respondido con arrogancia e incapacidad de concertación.” (p. 5).
2002	“...una nota característica del gobierno de Francisco Flores ha sido su desvinculación con la opinión ciudadana sobre la conducción de los asuntos del país. En esta línea a lo largo del 2002, el gobierno de Flores se ha destacado por su autoritarismo en el manejo de la política nacional...Respecto del manejo político de las problemáticas nacionales, el gobierno de Flores se destacó por su incapacidad de dialogar con la oposición.” (p. 6)
2003	“Basta con revisar los discursos de los diferentes actores políticos para hacerse una idea del fuerte enfrentamiento que se ha experimentado a lo largo del año entre los sectores políticos.” (p. 5)

Fuente: Balances anuales del Boletín Proceso editado por el Centro universitario de documentación e información (CIDAI) de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA). Elaboración propia.

Una vista panorámica de este período revela signos de crisis de hegemonía del proyecto de derecha liderado por ARENA en el país. Así, se asiste al aumento de la conflictividad social; a la debilidad en los mecanismos de diálogo y negociación hacia el interior de la propia derecha y, entre ésta y otros sectores de la comunidad nacional; y al fortalecimiento de los mecanismos de control y coerción social, entre otros. Aún cuando la hegemonía tanto hacia el interior del partido, como hacia la

sociedad en general se erosiona, esto no deriva en el colapso de un proyecto estructurado en torno al modelo de desarrollo neoliberal durante dicho período. Si bien, durante este período prima la coerción sobre el consenso, cabe recordar que la hegemonía no implica la negación absoluta de la coerción, mientras la visión de mundo ligada al modelo neoliberal continúa vigente.

4.3.1 El retorno del Miedo

Francisco Flores entra en la escena política con la pretensión de liderar un país que cumplía diez años desde que comenzó a implementarse un modelo de desarrollo neoliberal; siete años de firmados los Acuerdos de Paz y en el cual el FMLN se había consolidado como contrapeso político de la derecha. La conjunción de estos elementos genera un escenario difícil para el tercer mandatario de ARENA en tanto se vuelve menester argumentar la pertinencia de consolidar un modelo de desarrollo que ha comenzado a mostrar límites tanto a nivel económico como social.

En este contexto, destacan dos características en los discursos orientados a legitimar el proyecto político de derecha. Por una parte, el análisis de los discursos oficiales revela un proceso de lo que González denomina “ablandamiento” ideológico (González, 2003). Así, en los documentos analizados destaca la primacía de elementos técnicos y pragmáticos sobre aquellos residuales de corte conservador característicos de los años ochenta e, incluso, sobre los elementos vinculados a la reforma política. De tal suerte, tópicos como *nacionalismo*, *paz* y *democracia*, que pocos años antes resultaban fundamentales, pierden peso como mecanismos de legitimación del proyecto político de derecha. Asimismo, se incorporan nuevos elementos vinculados a la idea de *reactivación económica* con el fin de fortalecer legitimar las gestiones de derecha y el orden económico instituido. Por otra parte, destaca el auge de elementos ideológicos de corte conservador como mecanismo privilegiado de legitimación durante los momentos electorales. De esta forma el *anticomunismo* regresa a los discursos políticos y el “miedo” se vuelve un recurso movilizador de capital importancia, lo cual se hizo visible sobre todo en la campaña electoral del año 2004, en la cual ARENA resulta nuevamente triunfador (Ortega, 2007).

El proceso de “ablandamiento ideológico” puede verificarse a través de los giros y las nuevas connotaciones que toman los tres principios de ARENA en los

documentos elaborados durante este período. De esta forma, el Plan de Gobierno correspondiente al período 1999-2004, revela que la noción de *nacionalismo* deja de constituir el hilo conductor, mientras se torna como un satélite del modelo económico (ARENA, 1999: 4). Se trata de un nacionalismo desvinculado de un plan de país. Así, el individuo y su libertad se afirman con más fuerza, mientras desaparecen los discursos orientados a plantear a la nación como lo común que nos vincula a todos (ECA, 2003: 855).

La *democracia y paz* como nociones centrales en el bagaje ideológico del partido ARENA, sufren la misma suerte. Aún cuando no desaparecen de los discursos, ya no cumplen el papel articulador de antes. Esto se relaciona con un contexto en el cual los principales objetivos de la reforma política, al menos en términos formales, se ha cumplido; es decir, la guerra es parte de un indecoroso pasado, mientras se ha instituido el sistema democrático. Cabe recordar que, durante la Administración Calderón Sol se declara clausurado el proceso de pacificación del país, incluso la misión de las Naciones Unidas para verificar el cumplimiento de los acuerdos se retira del país. Así, la promesa de paz y estabilidad política se había cumplido. Frente a ello las nociones referidas pierden capacidad interpelatoria y, poco a poco, se vuelven marginales dentro de los discursos de la derecha.

En este marco, emergen nuevos elementos con el fin de sustentar la hegemonía del proyecto político. Nuevamente se hace evidente el carácter dinámico e inacabado del proceso hegemónico, en el cual elementos residuales se entremezclan continuamente con elementos emergentes. Así, la *reactivación económica* como nueva categoría rectora se vincula a la noción de *eficacia*. La “misión” del plan de gobierno 1999-2004, destaca que esta noción se torna el adjetivo principal del gobierno, mientras introduce nuevas categorías, tales como *participación y transparencia*:

“Ser un Gobierno efectivo, participativo, transparente y respetuoso, que propicia condiciones y oportunidades para el desarrollo sostenible, que siendo garante de la paz, la democracia y el estado de derecho, y fortaleciendo los valores e identidad nacionales, procura el bienestar, el progreso y la realización personal de todos los salvadoreños” (ARENA, 1999: 4).

Otro elemento novedoso corresponde al giro en la forma en que el proyecto político se dirige hacia el público. A diferencia de la gestión anterior, el plan de gobierno ya no se dirige exclusivamente a los sectores progresistas, sino que, busca interpelar a un “todos” abstracto y, de este modo delegar responsabilidades y posibles

externalidades en el resto de la sociedad. De esta forma, en el presente *todos* disfrutamos los logros de las gestiones de ARENA, en la ejecución del programa participamos *todos* –de ahí el énfasis en *la nueva alianza* como esencia de la propuesta-; en ese sentido el futuro también es responsabilidad de *todos*:

“El desarrollo de nuestro país debe basarse en un esfuerzo común de responsabilidad compartida, en una acción solidara de todos los sectores” (ARENA, 1999: 4).

La extensión de los actores que se busca interpelar se relaciona directamente con el papel asignado al Estado dentro del modelo de desarrollo neoliberal. Ahora las funciones que ya no le competen al Estado, y que el mercado –luego de diez años de fungir como actor privilegiado en la conducción de la sociedad- ha resultado incapaz de absorber, deberán ser asumidas por el resto de la sociedad. El siguiente fragmento que forma parte del plan de gobierno para el período en cuestión, manifiesta como opera esta nueva responsabilidad compartida como fundamento último del progreso económico:

“La base del progreso es la creatividad, la identidad nacional, la responsabilidad y el trabajo de los salvadoreños. La principal fuerza está en la participación de las personas organizadas a nivel de la comunidad, empresas, asociaciones e instituciones que conforman el tejido social. Es por ello que necesitamos consolidarnos como una nación, como una comunidad que tiene valores compartidos, que asume con fuerza su identidad, que fortalece los lazos de solidaridad, que está dispuesta a cambiar para convertirse en una nación emprendedora que asume los desafíos nacionales del desarrollo, de la consolidación de la democracia y los que deviene de la globalización” (ARENA, 1999: 5).

El énfasis en nociones como *eficacia*, *descentralización* y *participación ciudadana* se encuentra estrechamente vinculado con el auge de las reformas de segunda generación –también conocidas como el Consenso de Santiago- promovidas por las instituciones de financiamiento internacional. Estas reformas básicamente se orientan a corregir las fallas de la implementación de las reformas propuestas por el Consenso de Washington, mediante una serie de mecanismos encaminados a fortalecer las instituciones políticas. De tal suerte, por primera vez se plantea un programa que contempla la participación social en la gestión del gobierno, elemento que contrasta radicalmente con el carácter autoritario del mandato de Francisco Flores y con la creciente polarización del sistema político.

Con se señaló, el carácter polarizado del sistema político de posguerra se consolida durante este período. En este marco, en el año 2004 se desarrolla la campaña más violenta desde el fin de la guerra, mientras se desarrolla un proceso de

movilización de los sectores conservadores que, utilizan una estrategia de miedo y descalificación del otro centrada en el discurso del *anticomunismo* (ECA, 2003: 524). No obstante, el retorno de este elemento en los discursos de los sectores ligados a ARENA, lejos de implicar un retorno a los principios fundacionales del partido, manifiesta vacíos en una construcción ideológica que, durante este período, pierde capacidad de interpelar a diferentes sectores de la sociedad. En este sentido, se trata de una retórica anticomunista que busca tanto articular durante la campaña a los sectores más conservadores de la sociedad, como evadir la discusión en torno a las debilidades de un modelo de desarrollo que ha entrado en crisis. Una editorial de la ECA apunta que este elemento refleja la debilidad ideológica de ARENA, ante su incapacidad de desarrollar una plataforma que convenza a la población:

“Si ARENA sólo puede ofrecer más de lo mismo, no le queda otra alternativa que el anticomunismo como gran tema de campaña... es un tema que tiene algunas ventajas para ARENA, ya que le ahorra el esfuerzo por elaborar un buen plan de gobierno, le evita comprometerse con medidas concretas y atemoriza a un sector grande de la población, para el cual el anticomunismo tiene profundas resonancias históricas” (ECA, 2003: 516).

La capacidad interpelatoria del anticomunismo se relaciona con la persistencia de valores residuales de corte autoritario en la sociedad salvadoreña. En efecto, el comunismo no representa ya un peligro real, se trata más bien de un tema que articula elementos relacionados con la seguridad, que hacen eco en una sociedad plagada de inseguridades. Van der Borgh señala que ARENA logra movilizar actitudes autoritarias sobre todo en relación al tema de la seguridad (Van der Borgh; 2000: 49). Así, se busca movilizar a la población en torno a una serie de temores sustentados tanto en la incapacidad del Frente para gobernar el país, como en la amenaza por parte de los empresarios de retirar los capitales de la economía nacional, elemento directamente relacionado con la generación de empleos. Al respecto, Chacón, un analista político entrevistado apunta sobre esta cuestión:

Yo creo que todo ese discurso anticomunista que aparece en las campañas no es miedo al comunismo de verdad, fijate que de fondo se maneja la idea de que si gana el Frente, “nosotros los empresarios nos vamos y vos te quedas sin trabajo”, como te podrás imaginar el resultado es miedo, es como una fachada de una amenaza real (Entrevista a José Chacón, Agosto de 2007).

A nivel general, durante la gestión Flores se desarrolla un discurso ideológico orientado a justificar un modelo económico que manifiesta sus límites. Asistimos a lo que González denomina “ablandamiento ideológico” que deriva en un ejercicio

político más pragmático y centrado en objetivos de corto plazo (González, 2003). En el fondo este proceso genera una serie de vacíos en la visión de mundo que se busca legitimar. Estas debilidades se reflejan en una serie de ambigüedades en la construcción ideológica del partido, que, por una parte, se manifiesta en la pérdida de peso en el discurso oficial de algunos elementos de corte conservador como el nacionalismo, y, por otra parte, estos elementos afloran con el discurso del *anticomunismo* durante las campañas electorales. Pese a las ambigüedades referidas, el espíritu conservador permanece como reflejo de una cultura política autoritaria que persiste más allá de los Acuerdos de Paz.

4.4 La fragilidad de un orden social excluyente.

A grandes rasgos, el análisis de los tres períodos presidenciales permite distinguir una fase de conformación y consolidación de la hegemonía y, otra en la cual ésta comienza a mostrar signos de agotamiento. La primera se desarrolla a partir de 1989 y perdura durante la primera mitad de la década de los noventa. En este momento se consolida un proyecto hegemónico que se vincula a una visión de mundo fundamentada en torno a la promesa de un nuevo modelo económico y de la inédita democratización de la sociedad. En este marco, destaca la capacidad de la derecha de implementar las políticas neoliberales sin ser sustancialmente retado por los actores políticos de oposición (Van der Borgh, 2000: 37).

La segunda fase, correspondiente a un proceso de crisis de hegemonía, comienza a palpase hacia finales de los noventa y sobre todo durante los primeros años del presente siglo. Hacia finales de la década pasada comienzan a evidenciarse los límites del modelo neoliberal hegemónico a nivel mundial; mientras en el país, si bien el ajuste estructural a corto plazo estabilizó la economía salvadoreña, en un plazo más largo surgen serios cuestionamientos sobre la viabilidad del modelo en relación al desarrollo social e incluso a sustentar la paz (Van der Borgh, 2000: 44). Por otra parte, destacan conflictos y fisuras al interior de ARENA, claros signos del agotamiento de la hegemonía de la *aristocracia* financiera dentro del proyecto político. En el fondo la política económica del ajuste se tradujo en un golpe terminal a los tradicionales centros de poder agrarios, los cuales buscaron recomponerse sin

éxito (Ramos, 2002: 103), elemento que exacerba el malestar contra el grupo que ha obtenido la mayoría de los beneficios del cambio de modelo: la elite financiera.

Dentro de la nación se asiste al aumento del descontento social mientras se fortalecen los mecanismos de coerción. Así, la idea de que los conflictos sociales y políticos se resolvieron mediante el Acuerdo de Paz es verdad en un nivel formal, pero en la vida cotidiana de la población ha imperado la pobreza y la violencia, mientras persiste –con nuevas matices- la dinámica política polarizada de los años ochenta (Pearce; 1998: 589). Por otra parte, destaca el fortalecimiento del principal actor de oposición (FMLN), que durante esta fase se consolida como actor contrahegemónico dentro del sistema político salvadoreño.

Si bien durante la primera fase el proyecto de derecha logra generar un consenso dentro de la sociedad salvadoreña en torno a la viabilidad de la visión de mundo que sustentaba su proyecto político, los últimos años estudiados revelan la debilidad del proyecto hegemónico. Esto se manifiesta en el progresivo “ablandamiento” ideológico que deriva en una visión de mundo frágil y llena de ambigüedades, y en el predominio de discusiones de carácter pragmáticas orientadas a la mejor forma de administrar el Estado y la economía (González, 2003: 1177).

Conclusiones

Con la reformas política y económica se abre una nueva etapa en la historia del país. La implementación del modelo de desarrollo neoliberal y el proceso de democratización y pacificación del país generan profundas transformaciones en las relaciones sociales y políticas del país, en las cuales se redefinen posibilidades y límites a los actores políticos en el país. Se trata de la institución de un orden social relacionado con la hegemonía de un proyecto político de derecha asociado al partido ARENA. En efecto, dichas reformas además de enmarcar el proceso hegemónico que tiene lugar durante la posguerra, sirven de soporte económico, político, cultural e ideológico al mismo. Cabe destacar que dichas reformas se enmarcan en un contexto caracterizado por el auge de los procesos de transición a la democracia formal y por la implementación de las políticas de ajuste estructural propuestas en el *Consenso de Washington* en América Latina; es decir, existe un contexto internacional que favorece la implementación de un nuevo orden social vinculado a la democracia liberal en el país.

Por una parte, la reforma económica implementada por ARENA constituye el eje en torno al cual se desarrolla el proyecto político de derecha. Cabe destacar que, este proceso conforma el fundamento material del proceso hegemónico. Así, se lleva a cabo un proceso de sustitución del modelo productivo agroexportador por otro modelo encaminado y focalizado en el desarrollo del sector financiero y la liberalización de la economía, lo cual genera la recomposición de la elite económica; con este proceso emergen grupos económicos con más poder que en el pasado en tanto ahora tienen en sus manos el poder político, tienen más poder económico -tanto en la nación como en la región centroamericana- y, además, controlan buena parte de los servicios públicos básicos que décadas antes estaban en manos del Estado (Segovia, 2005: 23). Asimismo, la defensa de este nuevo modelo económico subyace en la visión de mundo promovida por este sector de la sociedad, la cual privilegia al mercado como rector de las relaciones sociales y políticas. Finalmente, la reforma económica incluye un proceso de redefinición del papel del Estado en el país, en el cual se reduce la capacidad de intervención del Estado, mientras que, como se señaló, se trasladan importantes activos estatales a manos privadas, con lo cual se limita la injerencia de este actor dentro de las relaciones sociales y económicas.

Por su parte, la reforma política deriva tanto de una serie de transformaciones institucionales cuyos orígenes se encuentran en la década de los ochenta, como de distintos procesos de negociación entre el gobierno y el proyecto insurgente, en los cuales este último actor tiene un papel fundamental en el proceso de democratización de la sociedad. Sin embargo, el grupo aglutinado alrededor de ARENA se apropia discursivamente de los procesos de pacificación y democratización. Así, la democracia, la paz, el consenso y el diálogo se convierten en la bandera con la cual el proyecto político de derecha se presenta y busca legitimarse. Se podría afirmar que la elite económica fue uno de los grandes beneficiados de los Acuerdos de Paz, ya que a partir de este proceso, desaparece el cuestionamiento militar- insurgente a la legitimidad del poder en manos de ésta y la amenaza directa de cambios estructurales que pudieran poner en tela de juicio la extrema concentración del acceso a la riqueza que ha caracterizado al país.

Un rasgo importante del proyecto político analizado en la presente investigación, radica en la capacidad de la elite empresarial de hegemonizar éste proyecto durante la década de los noventa e implementar su propuesta de desarrollo para el país. Como se señaló, se trata de un esfuerzo por rearticular la representación política de la elite económica, el cual permite el retorno directo de este sector a la escena política luego de seis décadas. Este grupo logra cohesionar a una serie de actores entre los que destacan algunos integrantes del ala más dura de los militares o miembros radicalizados de las capas medias. Con temor a reducir la complejidad de los actores que integran este proyecto, se pueden diferenciar dos grandes bloques durante la mayor parte del período analizado, uno conformado por sectores conservadores radicalizados que dan vida a los *escuadrones de la muerte* hacia finales de los años setenta y al partido ARENA en 1981, en el cual destaca la figura del Mayor Roberto d'Aubuisson. El otro bloque se encuentra ligado a sectores empresariales que se politizan hacia la mitad de la década de los ochenta frente a las reformas económicas contrainsurgentes, las cuales fueron llevadas a cabo por la democracia cristiana en un intento por frenar el avance de la guerrilla. Lo interesante de esta alianza estriba en el fundamento conservador y *anticomunista* que, en última instancia, permite la cohesión en torno a un proyecto político.

El proceso de conformación de un proyecto político se lleva a cabo en un contexto caracterizado por la crisis de hegemonía más dramática en la historia de la nación. Así, con respecto a los procesos hegemónicos a nivel nacional, el

surgimiento y consolidación de este proyecto político se enmarca en una etapa caracterizada por un vacío de poder en el sistema político y la confrontación militar en el seno de la sociedad salvadoreña, en la cual un proyecto revolucionario cuestiona de manera directa el status quo. Por otra parte, frente a la amenaza de otra revolución en Centroamérica durante la guerra civil emerge un proyecto contrainsurgente de corte reformista, dirigido por el Partido Demócrata Cristiano (PDC) en alianza con las Fuerzas Armadas y la política exterior norteamericana. Este proyecto además de llevar a cabo medidas económicas cercanas al modelo keynesiano que no contaban con el apoyo de la elite económica, cierra la puerta a la participación de los sectores más conservadores de la sociedad.

A nivel internacional el proyecto político de derecha se desarrolla un contexto caracterizado por el cuestionamiento al keynesianismo -y el consecuente papel del Estado como rector de procesos económicos y sociales- como modelo de desarrollo de las sociedades capitalistas, por la caída del bloque socialista y por el auge del neoliberalismo, propiciado por Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Inglaterra, como alternativa *única* para el desarrollo a nivel mundial; factores que enmarcan la hegemonía del sector empresarial al interior de ARENA y dentro del país. De tal suerte, en diametral oposición a los *comunistas*, frente a una estrategia contrainsurgente reformista que reivindica elementos del keynesianismo y, en un contexto internacional en el cual la hegemonía del modelo neoliberal cobra fuerza, esta alianza decide darle vida a un partido político: ARENA.

En este marco nace un nuevo actor político eminentemente conservador. Sin embargo, este carácter se matiza cuando se consolida el sector empresarial-financiero al interior del proyecto político de derecha. De tal forma, el carácter conservador paulatinamente pierde peso en favor de elementos de corte neoliberal que subyacen a la reforma económica. Así, durante la posguerra se lleva a cabo un proceso hegemónico fundamentado ideológicamente en una combinación sui generis de elementos conservadores y neoliberales que busca tanto mantener cohesionado a los bloques que dan vida al proyecto político, como dotar de legitimidad al régimen político. Dentro de esta construcción ideológica destaca el papel conferido a las nociones de *libertad* y *democracia* por un lado y, a elementos ligados al *anticomunismo* por el otro.

La idea de *libertad* reivindicada por este proyecto establece un vínculo intrínseco entre *libertad individual* y *desarrollo económico*. Este último se concibe

como producto de la suma de progresos individuales, los cuales son posibles únicamente en un marco de “libertad”. Se trata de una actualización de los postulados del liberalismo económico dentro del nuevo escenario mundial, en el cual el desarrollo económico se asume como el punto de encuentro de las relaciones sociales. En el fondo, la libertad se vuelve sinónimo de la defensa de un orden social que privilegia el rol del mercado como rector de las relaciones sociales y políticas, elemento fundamental en la visión de mundo desarrollada a partir de la reforma económica neoliberal implementada por los sucesivos gobiernos de ARENA.

Por su parte, la noción de *democracia* cobra importancia en el bagaje discursivo de la elite empresarial a partir de: a) la apropiación por parte de este sector de los resultados del proceso de reforma política y b) el planteamiento de la existencia de un vínculo inherente entre la noción de democracia representativa y el modelo de desarrollo neoliberal. Estos fenómenos desembocan en la revalorización de la relación costo-beneficio respecto a la democracia por parte de la elite económica, la cual reivindica en adelante el respeto y la promoción de la democracia formal –de carácter eminentemente procedimental- como componente intrínseco del proyecto político que impulsa. Esto responde en gran medida a la necesidad de establecer un contexto político estable que permita la adecuada implementación y profundización de las políticas de ajuste estructural. Cabe destacar que la *democracia* además se vincula con la idea de *paz* dentro de la construcción ideológica analizada, esta última noción es presentada por este proyecto político como el gran “triumfo” de ARENA, lo cual persigue invisibilizar el papel de la insurgencia en lo que se ha denominado transición a la democracia desde *abajo*.

Finalmente, la construcción ideológica del proyecto de derecha manifiesta la continuidad de elementos residuales de corte conservador heredados de la ideología oligárquica vigente durante la mayor parte del Siglo XX³². Así, en los orígenes de este proyecto se encuentra la reivindicación de elementos ligados al *nacionalismo* y al *anticomunismo*, los cuales pierden peso de manera paulatina en los discursos oficiales elaborados por ARENA durante la posguerra. De tal suerte, el análisis realizado muestra que el primer elemento apuntado, pierde capacidad interpelatoria en contexto caracterizado por la centralidad de los mercados globales. Por otra parte,

³² Esta ideología se caracteriza por la defensa de valores ligados a un nacionalismo decimonónico y a valores cristianos. Esta se expresa en el lema que ARENA retoma del MLN, partido ultra conservador guatemalteco: *Dios, Patria y Libertad*.

subyace una retórica *anticomunista* dentro de contextos discursivos informales ligados a períodos electorales, la cual busca interpelar a los sectores más conservadores de la sociedad, mientras moviliza actitudes vinculadas a la seguridad en un país plagado de inseguridades.

En el fondo opera un proceso de “ablandamiento” que deriva en un uso más flexible y pragmático de los fundamentos ideológicos (González, 2003). Esta flexibilidad genera un uso adaptativo de la ideología a la luz de las transformaciones de la década de los noventa y, sobre todo, frente al reto de instituir y consolidar un nuevo orden social; esto se expresa en la utilización dinámica de las nociones de *libertad y democracia*, que persigue legitimar la implementación del modelo de desarrollo neoliberal en el país. Sin embargo, también deriva en una construcción ideológica ambigua y frágil manifiesta en la vigencia de la retórica *anticomunista* e incluso en el carácter violento que caracteriza a las campañas electorales, sobre todo en la última etapa analizada en la presente investigación.

Si la hegemonía del proyecto de derecha constituye un proceso dinámico, destaca entonces el papel contrahegemónico que juega el FMLN desde su fundación en 1980. Surge en aquel momento, un proyecto de carácter insurgente y revolucionario que disputa la hegemonía dentro de un contexto de confrontación y crisis extrema. Con la firma de los Acuerdos de Paz en 1992 este actor se convierte en un partido institucionalizado dentro del sistema político, transformado organizativa e ideológicamente al mismo. Luego de más de quince años de vida legal, el FMLN se ha posicionado como el principal actor político de oposición y el contrapeso más importante que tiene ARENA, capaz de retarlo y obligarlo a negociar en el arena política. En este sentido, se puede afirmar que el FMLN además de constituir el proyecto contrahegemónico más importante de la historia salvadoreña, constituye un punto de referencia fundamental para entender el surgimiento y desarrollo del proyecto encabezado por ARENA. De tal forma, durante la década de los ochenta los sectores más conservadores se organizan frente a la amenaza representada por el FMLN y, durante la posguerra éstos siguen autodefiniéndose en oposición a todo lo que representa este “otro indeseable”. Esto se evidencia con fuerza durante los períodos electorales, sobre todo a partir de 1997, cuando aflora un discurso *anticomunista* como uno de los mecanismos privilegiados para legitimar las gestiones gubernamentales en manos de ARENA.

Con el triunfo de ARENA en las elecciones presidenciales de 1989 se cristaliza un acelerado proceso hegemónico en el país. Así, con la consolidación del proyecto político se sientan las bases de una hegemonía a nivel nacional. El análisis del período 1989-2004 permite identificar dos momentos dentro de este proceso. Una primera fase de institución y consolidación de la hegemonía de la derecha en el país, la cual se lleva a cabo sobre todo durante la primera mitad de la década de los noventa, cuando los resultados positivos a corto plazo de las medidas de ajuste estructural y los procesos de democratización y pacificación logran crear nuevos consensos dentro de la sociedad salvadoreña. La segunda fase, caracterizada por signos de crisis de la hegemonía neoliberal decanta hacia finales de la década de los noventa. Así, con las consecuencias “no deseadas” de la reforma neoliberal se comienza a cuestionar la defensa ciega de este modelo; por otra parte, los remanentes autoritarios y excluyentes vigentes en los sectores conservadores que conforman el proyecto se hacen visibles, elemento que dificulta los mecanismos de negociación que habían sido efectivos durante la primera fase. Durante los últimos años analizados en la presente investigación, la hegemonía del sector financiero al interior del partido ARENA y a nivel nacional comienza a mostrar signos de fragilidad. Se trata de una tendencia que persiste en años posteriores al mandato de Francisco Flores, lo cual presenta el reto de pensar en las debilidades intrínsecas de un orden social que, si bien, reestructura las relaciones sociales dentro de la nación salvadoreña, se fundamenta en lógicas sociales y políticas excluyentes de larga data.

Bibliografía

- Acevedo, Carlos. 1999. "Antecedentes históricos del conflicto". En Boyce, James (Coordinador). *Ajuste hacia la Paz. La política económica y la reconstrucción de posguerra en El Salvador*. Plaza y Valdez Editores – PNUD. México
- Acevedo, Carlos. 2000. *El Salvador 1999: Estabilidad macroeconómica y reformas estructurales*. FLACSO- El Salvador. San Salvador.
- Alexander, Jeffrey. 2006. "La Centralidad de los Clásicos". En Giddens, Anthony; Turner, Jonathan y otros. *La teoría Social Hoy*. Editorial Alianza Universidad. Madrid.
- Albiac, María Dolores. 2002. "Los ricos más ricos de El Salvador" En Cardenal, Rodolfo; González, Luis Armando. *El Salvador: la transición y sus problemas*. UCA Editores. El Salvador
- Acanda, Jorge Luis. 2007. *Traducir a Gramsci*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana. Cuba
- Anderson, Perry. 1977. "The antinomies of Antonio Gramsci". En *New Left Review*. No. 100. November 1976- January 1977. Inglaterra
- Anderson, Perry. 2006. "Las ideas y la acción política en el cambio histórico". En Borón, Atilio; Amadeo, Javier; González, Sabrina (Ccomp.). *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. CLACSO. Buenos Aires. Argentina
- Anderson, Thomas. 2001. *El Salvador, 1932. Los sucesos políticos*. CONCULTURA. San Salvador
- Alianza Republicana Nacionalista. 1981. *Estatutos*. ARENA. San Salvador.
- Alianza Republicana Nacionalista. 1990. *Plan de Desarrollo Económico y Social 1989-1994*. ARENA-Instituto de Formación Política Mayor Roberto D'Aubuisson. San Salvador
- Alianza Republicana Nacionalista. 1994. *Plan de gobierno republicano nacionalista 1994-1999. ¡Para convertir a El Salvadore en un País de Oportunidades!*. ARENA-Instituto de Formación Política Mayor Roberto D'Aubuisson. San Salvador

- Alianza Republicana Nacionalista. 1999. *Plan de Gobierno 1999-2004, La Nueva Alianza*. ARENA-Instituto de Formación Política Mayor Roberto D'Aubuisson. San Salvador
- Althusser, Louis. 2003. "Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado" En Zizek, Slavoj (Comp). *Ideología. Un mapa de la Cuestión*. Fondo de Cultura Económica. Argentina.
- Alvarenga, Patricia. 1996. *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. EDUCA. San José. Costa Rica
- Artiga-González, Álvaro. 2003. "Las elecciones del año 2003 y la "difícil combinación" institucional". En Estudios Centroamericanos No. 653-654. Año. LVIII. Marzo- Abril 2002. El Salvador.
- Berryman, Phillip. 2003. *Teología de la liberación*. Siglo XXI Editores. México
- Blandino, Roger. 2003. "Las Luchas Populares en El Salvador". En Encuentro sobre experiencias de poder popular en América Latina. Sao Paulo, 26-30 de Octubre 2003. <http://www.nodo50.org/americalibre/eventos/blandino21.htm>
Consultado el 10 de abril de 2008
- Bobbio, Norberto. 2005. *Diccionario de Política*. Siglo XXI Editores. México
- Bourdieu, Pierre. 1999. *Meditaciones Pascalinas*. Editorial Anagrama. Barcelona. España
- Bourdieu, Pierre y Eagleton, Terry. 2003. "Doxa y vida cotidiana: Una entrevista" en Zizek, Slavoj (Comp.). *Ideología. Un mapa de la Cuestión*. Fondo de Cultura Económica. Argentina.
- Boyce, James. 1999. "Introducción". En Boyce, James (Coordinador). *Ajuste hacia la Paz. La política económica y la reconstrucción de posguerra en El Salvador*. Plaza y Valdez Editores –PNUD. México
- Bruch, Hermann. 1994. "Después de las elecciones: ¿Hacia donde vamos?". En *Cuaderno de Trabajo No. 6. Foro: Proceso electoral y democratización*. FLACSO- El Salvador. El Salvador
- Burgos, Raúl. 2002. "The gramscian intervention in the theoretical and political production of the Latin American Left". En *Latin American Perspectives*. Vol. 29 No. 1
- Cabarrús, Carlos Rafael. 1983. *Génesis de una Revolución. Análisis del surgimiento y desarrollo de la organización campesina en El Salvador*. CIESAS- Ediciones de la Casa Chata. México

- Cardenal, Rodolfo. 1994. "Las elecciones: El fiasco del siglo". En *Cuaderno de Trabajo No. 6. Foro: Proceso electoral y democratización*. FLACSO- El Salvador. El Salvador
- Cardenal, Rodolfo. 2002. "La crisis del proceso de pacificación". En Cardenal, Rodolfo; González, Luis Armando. *El Salvador: la transición y sus problemas*. UCA Editores. El Salvador
- Centro universitario de documentación e información. 1991. *Balance del año 1991*. En Boletín Proceso No 500. Año 12. Diciembre de 1991. CIDAI-UCA. San Salvador
- Centro universitario de documentación e información. 1992. *Balance del año 1992*. En Boletín Proceso No 544. Año 13. Diciembre de 1992. CIDAI-UCA. San Salvador
- Centro universitario de documentación e información. 1994. *Balance del año 1994*. En Boletín Proceso No 642. Año 15. Diciembre de 1994. CIDAI-UCA. San Salvador
- Centro universitario de documentación e información. 1997. *Balance del año 1997*. En Boletín Proceso No 788. Año 18. Diciembre de 1997. CIDAI-UCA. San Salvador
- Centro universitario de documentación e información. 1998. *Balance del año 1998*. En Boletín Proceso No 836. Año 19. Diciembre de 1998. CIDAI-UCA. San Salvador
- Centro universitario de documentación e información. 1999. *Balance del año 1999*. En Boletín Proceso No 884. Año 20. Diciembre de 1999. CIDAI-UCA. San Salvador
- Centro universitario de documentación e información. 2000. *Balance del año 2000*. En Boletín Proceso No 932. Año 21. Diciembre de 2000. CIDAI-UCA. San Salvador
- Centro universitario de documentación e información. 2001. *Balance del año 2001*. En Boletín Proceso No 981. Año 22. Diciembre de 2001. CIDAI-UCA. San Salvador
- Centro universitario de documentación e información. 2002. *Balance del año 2002*. En Boletín Proceso No 1030. Año 23. Diciembre de 2002. CIDAI-UCA. San Salvador

- Centro universitario de documentación e información. 2003. *Balance del año 2003*. En Boletín Proceso No 1079. Año 24. Diciembre de 2003. CIDAI-UCA San Salvador
- Comisión Económica para América Latina. 2000. *Estudio económico de América Latina y el Caribe 1999-2000*. CEPAL- Naciones Unidas. Santiago de Chile
- Chacón, José. 2006. *Análisis territorial del voto salvadoreño 1994-2006*. Mimeo
- Chasse-Dunn, Christopher. 1994. "Hegemony and Social Change". En Mershon *Internacional Studies Review*. Vol. 38 No.
- Ching, Erik. 2007. "Comunismo, Indígenas y la Insurrección de 1932". En Ching, Erik; López Bernal, Carlos Gregorio; Tilley, Virginia. *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador*. UCA Editores. El Salvador
- Cruz, José Miguel; González, Luis Armando. 2002. "Magnitud de la violencia en El Salvador". En Cardenal, Rodolfo; González, Luis Armando. *El Salvador: la transición y sus problemas*. UCA Editores. El Salvador
- Cruz, José Miguel. 2003. "La construcción social de la violencia en El Salvador de posguerra". En *Estudios Centroamericanos* No. 661-662. Noviembre-Diciembre 2003. El Salvador.
- Dada Hirezi, Héctor. 1994. "El Salvador: Elecciones y democracia". En *Cuaderno de Trabajo No. 6. Foro: Proceso electoral y democratización*. FLACSO- El Salvador. El Salvador
- De Riz, Liliana; De Ípola, Emilio. 1998. "Acerca de la Hegemonía como producción histórica" en Labastida, Julio (Coord.). *Hegemonía y Alternativas Políticas en América Latina (Seminario de Morelia)*. Siglo XXI Editores. México
- Eagleton, Terry. 2005. *Ideología. Una introducción* Editorial Paidós. España.
- Estudios Centroamericanos*. 1994. "Editorial". En *Estudios Centroamericanos*. No. 551. El Salvador
- Estudios Centroamericanos*. 2000. "Editorial". En *Estudios Centroamericanos*. No. 551. El Salvador
- Estudios Centroamericanos*. 2002. "Editorial". En *Estudios Centroamericanos*. No. 646-646- Julio-Agosto 2002. El Salvador
- Estudios Centroamericanos*. 2003. "Editorial". En *Estudios Centroamericanos*. No. 661-662. El Salvador
- Ellacuría, Ignacio. 1989. "Una nueva fase en el proceso salvadoreño". En *Estudios Centroamericanos* No. 485. Marzo 1989. El Salvador

- Fediakova, Eugenia. 2003. "Conservadores e Innovadores: la derecha en la segunda mitad del siglo XX". En Dávila, Mireya; Fuentes, Claudio. *Promesas de cambio. Izquierda y derecha en el Chile contemporáneo*. FLACSO- Chile – Editorial Universitaria. Santiago de Chile
- Fonseca, Elizabeth. 1996. *Centroamérica: Su historia*. FLACSO- EDUCA. San José. Costa Rica
- Gaspar Tapia, Gabriel. 1989. *El Salvador: El ascenso de la nueva derecha*. CINAS. El Salvador.
- Gaspar Tapia, Gabriel. 1991. *La transición en América Latina. Los casos de Chile y El Salvador*. UAM- Iztapalapa. México.
- Giddens, Anthony. 2000. *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Cátedra. Madrid
- Goma, Ricard; Font, Joan. 1996. "Political change and socioeconomic policies in Central America: Patterns of interaction". En *Third World Quarterly*. Vol. 17. No. 4
- González, Luis Armando. 2002. "Acerca de la transición a la democracia". En Cardenal, Rodolfo; González, Luis Armando. *El Salvador: la transición y sus problemas*. UCA Editores. El Salvador
- González, Luis Armando. 2003. "De la ideología al pragmatismo. Ensayo sobre las trayectorias ideológicas de ARENA y el FMLN". En *Estudios Centroamericanos*. No. 661-662. Noviembre- Diciembre de 2003. El Salvador.
- Gordon, Sara. 1989. *Crisis política y guerra en El Salvador*. Siglo XXI Editores- Instituto de Investigaciones Sociales UNAM. México
- Gramsci, Antonio. 1998. *Escritos Políticos (1917- 1933)*. Siglo XXI Editores. México.
- Gramsci, Antonio. 2000. *Cuadernos de la Cárcel. Tomo VI*. Ediciones Casa Juan Pablos. México.
- Gramsci, Antonio. 2001. *Cuadernos de la Cárcel. Tomo III*. Ediciones Casa Juan Pablos. México.
- Gramsci, Antonio. 2002. *La política y el Estado Moderno*. Distribuciones Fonatamara. México.
- Guido Véjar, Rafael. 1982. *Ascenso del militarismo en El Salvador*. EDUCA. San José. Costa Rica

- Guido Béjar, Rafael. 1996. "La izquierda en crisis". En Guido Béjar, Rafael; Roggenbuck, Stefan (Editores). *Partidos y actores políticos en transición. La derecha, la izquierda y el centro en El Salvador*. UCA Editores- Fundación Konrad Adenauer. El Salvador.
- Instituto de Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas". 2003. *Análisis del IDHUCA sobre la "Ley Antimaras" y las propuestas de reformas*. UCA- Editores. San Salvador
- Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal. 2004. *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. FCE. Buenos Aires. Argentina.
- López Bernal, Carlos Gregorio. 2007. "Lecturas desde la derecha y la izquierda sobre el levantamiento de 1932: Implicaciones político culturales". En Ching, Erik; López Bernal, Carlos Gregorio; Tilley, Virginia. *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador*. UCA Editores. El Salvador
- Lungo, Mario. 1990. *El Salvador en los 80: Contrainsurgencia y Revolución*. EDUCA- FLACSO. San José. Costa Rica
- Martí i Puig, Salvador. 2006. "Nacimiento y mutación de la izquierda revolucionaria centroamericana". En Martí i Puig, Salvador; Figueroa Ibarra, Carlos (eds). *La izquierda revolucionaria en Centro América: de la lucha armada a la participación electoral*. Libros de la Catarata. Madrid
- Martín Álvarez, Alberto. 2006. "El Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN): De Movimiento de Liberación a partido político". En Martí i Puig, Salvador; Figueroa Ibarra, Carlos (eds). *La izquierda revolucionaria en Centro América: de la lucha armada a la participación electoral*. Libros de la Catarata. Madrid
- Martínez, Carlos. 2007. "El contenido de la distancia. Análisis sobre la polarización salvadoreña". Ponencia presentada en el III Congreso Centroamericano de Ciencia Política. Julio 2007. San Salvador
- Martínez Peñate, Oscar. 2000. "ARENA. Divisiones y Protagonismo político". En Revista Electrónica Teoréticos. No. 004. Octubre-Diciembre 2000.
- Menjívar Ochoa, Rafael. 2006. *Tiempos de Locura. El Salvador 1979-1981*. FLACSO- Programa El Salvador. San Salvador.
- Montobbio, Manuel. 1999. *La metamorfosis de pulgarcito. Transición política y proceso de paz en El Salvador*. Icaria Editorial – FLACSO Guatemala- El Salvador. Barcelona. España

- Mouffe, Chantal. 1998. "Hegemonía, política e ideología". En Labastida, Julio (Coord.). *Hegemonía y Alternativas Políticas en América Latina (Seminario de Morelia)*. Siglo XXI Editores. México
- Ortega Monche, Nivaria. 2007. *El partido Alianza Republicana Nacionalista, ARENA, como factor de consolidación del nuevo sistema político en El Salvador. (1992-2004)*. Tesis para optar al grado de Doctora en Ciencias Políticas con especialidad en Estudios Iberoamericanos. Universidad Complutense de Madrid
- Ortiz Ruiz, Eliseo; Sánchez, Irene. 1993. "El Salvador: La construcción de nuevos caminos". En Vilas, Carlos (Coord.). *Democracia emergente en Centroamérica*. UNAM. México
- Paige, Jeffery. 1993. "Coffee and Power in El Salvador". En *Latin American Research Review*. Vol 28. No 3. University of Texas Press.
- Panamá, David. 2005. *Los guerreros de la libertad*. Versal Editorial Group. Estados Unidos
- Pearce, Jenny. 1998. "From Civil War to Civil Society: Has the end of the cold war brought peace to Central America?". En *International Affairs- Royal Institute of International Affairs*. Vol. 74. No. 3
- Pirker, Kristina. 2008. *La redefinición de lo posible. Militancia política y movilización social en El Salvador*. Tesis para optar al título de Doctora en Estudios Latinoamericanos. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Portantiero, Juan Carlos. 1982. "Socialismos y política en América Latina". En Lechner, Norbert. Editor. *¿Qué significa hacer política?* DESCO. Lima. Perú
- Portantiero, Juan Carlos. 1998. "Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica". En Labastida, Julio (Coord.). *Hegemonía y Alternativas Políticas en América Latina (Seminario de Morelia)*. Siglo XXI Editores. México
- Portelli, Hugues. 2003. *Gramsci y el bloque histórico*. Siglo XXI Editores. México
- Príamo Alvarenga, Ivo. 1994. "Proceso electoral y democratización". En *Cuaderno de Trabajo No. 6. Foro: Proceso electoral y democratización*. FLACSO- El Salvador. El Salvador
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. 2003. *Informe de desarrollo humano. Desafíos y opciones en tiempos de globalización*. PNUD- El Salvador.

- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. 2007. *Seguridad y paz. Un reto de país. Recomendaciones para una política de seguridad ciudadana en El Salvador*. PNUD-UCA-Editores. El Salvador.
- Ramos, Carlos Guillermo. 2002. "El Salvador: Transformación y conflicto social a fin del siglo". En Artiga-González, Álvaro; Ramos, Carlos Guillermo; Turcios, Roberto. *Más allá de las elecciones: diez años después de los acuerdos de paz*. UCA Editores. San Salvador. El Salvador.
- Rojo Curiel, Graco. 1990. "El Salvador 1990: La coyuntura en perspectiva". En Revista de Ciencias Sociales y Humanidades. Año 10. No. 20. UAM-Iztapalapa. México.
- Saénz de Tejada, Ricardo. 2007. *Revolucionarios en tiempos de paz: Rompimientos y recomposición de las izquierdas de Guatemala y El Salvador*. FLACSO-Guatemala. Guatemala.
- Sarti, Carlos. 1993. "Las negociaciones políticas en Centroamérica". En Vilas, Carlos (Coord.). *Democracia emergente en Centroamérica*. UNAM. México
- Segovia, Alexander. 1999. "La Actuación y las políticas macroeconómicas a partir de 1989". En Boyce, James (Coord.). *Ajuste hacia la Paz. La política económica y la reconstrucción de posguerra en El Salvador*. Plaza y Valdez Editores –PNUD. México
- Segovia, Alexander. 2005. *Integración real y grupos de poder económico en América Central. Implicaciones para la democracia y el desarrollo de la región*. Fundación Friedrich Ebert. San José. Costa Rica
- Taylor, Peter: 1994. "Hegemony and Social Change". En Mershon International Studies Review. Vol. 38 No 2.
- Torres Rivas, Edelberto. 1990. "Centroamérica: Guerra, transición y democracia". En Revista de Ciencias Sociales y Humanidades. Año 10. No. 20. UAM-Iztapalapa. México.
- Vásquez, Mario. 1997. "Del desafío revolucionario a la reforma política. El Salvador 1970-1992". En Sosa, Ignacio (coord). *Insurrección y democracia en el Circucaribe*. CCyDEL- UNAM. México
- Van der Borgh, Chris. 2001. "The politics of neoliberalism in postwar El Salvador. En International Journal of Political Economy". Vol. 30. No. 1. Spring 2000

- Walter, Knut; Williams, Philip. 1993. "The military and democratization in El Salvador". En *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Vol. 35. No. 1.
- Williams, Raymod. 1980. *Marxismo y literatura*. Oxford University Press-Ediciones 62. Barcelona
- Wood, Elizabeth. 2000. *Forging democracy from below: Insurgent transitions in South Africa and El Salvador*. Cambridge University Press. Reino Unido
- Wolf, Eric. 2001. *Figurar el poder. Ideologías de dominación y crisis*. CIESAS. México.
- Zamora, Rubén. 1998. *El Salvador: Heridas que no cierran. Los partidos políticos en la post-guerra*. FLACSO-Programa El Salvador. El Salvador
- Zizek, Slavoj. 2003. "Introducción. El espectro de la ideología". En Zizek, Slavoj (Comp.). *Ideología. Un mapa de la Cuestión*. FCE. Buenos Aires. Argentina.

Anexos

Anexo 1

Pauta para entrevista semiestructurada del grupo 1

–Actores políticos del proyecto de derecha–

Objetivo:

Identificación y caracterización de los temas vinculados a la legitimación ideológica del proyecto político.

Atributos de los entrevistados:

- Actores políticos con 15 años o más de participación política activa dentro del partido político o instituciones aliadas al mismo.
- Actores claves durante el período 1989-2004 en mandos de dirección y/o divulgación dentro del partido político.

Preguntas guía:

1. ¿Cuáles son las temas estratégicos que ha desarrollado ARENA desde que asumió el poder en 1989 hasta las últimas elecciones en el 2004?
2. ¿Porqué se han constituido dichos temas en clave dentro de su agenda política?
3. ¿En qué momentos de la historia reciente salvadoreña, estos temas han cobrado auge y porqué?
4. Podría identificar los principales actores que han discutido estos temas en el espacio público.
5. En caso de ser afirmativa la pregunta 4, ¿Qué postura asumen?
6. ¿Cómo ha sido el planteamiento en su partido político respecto a las políticas económicas a partir de 1989? (De no haber salido el tema)
7. ¿Cómo ha sido el planteamiento en su partido político respecto a los procesos políticos más relevantes a partir de 1989? (De no haber salido el tema)
8. Comentarios.

Anexo 2

Pauta de entrevista para grupo 2

-Académicos especialistas en la temática-

Objetivo: Identificación y discusión en torno a principales mecanismos de legitimación del proyecto político en cuestión

Atributos de los entrevistados:

- Académicos especialistas en ciencias sociales, que hayan trabajado en investigaciones relacionadas con nuestra temática: partidos políticos, procesos políticos, democratización, transformaciones recientes en las estructuras económicas y grupos de poder.
 - Académicos que no tengan participación política en ningún partido político.
1. ¿Cuáles considera usted que son los principales mecanismos por medio de los cuales el partido Alianza Republicana Nacionalista, busca generar consensos y legitimarse a sí mismo?
 2. ¿Qué papel ha jugado la izquierda frente a los mecanismos utilizados por ARENA?
 3. ¿Cuáles son a su criterio, los temas estratégicos del proyecto de derecha en el período 1989-2004?
 4. ¿Cuáles han sido las principales posturas de dicho proyecto en cada temática identificada?
 5. ¿En qué momentos de la historia reciente salvadoreña, estos temas han cobrado auge y por qué?
 6. ¿Cuál ha sido la reacción del partido político de izquierda ante estas cuestiones identificadas? ¿Identifica usted contrapropuestas?
 7. Reacciones de otros actores de la sociedad sobre las temáticas ¿Qué posturas han asumido?

Anexo No. 3

Lista de entrevistados:

Álvaro Artiga.

Director de la maestría en ciencia política de la UCA, especialista en sistemas de partidos en El Salvador.

Joaquín Samayoa.

Fundación Empresarial para el Desarrollo Educativo.

Waldo Jiménez.

Director de asuntos sociales. Asociación Nacional de la Empresa Privada

Carolina Monterrey.

Asociación Nacional de la Empresa Privada

Claudia Umaña.

Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social. FUSADES

Rodrigo Chávez.

Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social

Roberto Rubio.

Fundación Nacional para el Desarrollo. Analista político

Fidel Nieto.

Universidad Luterana Salvadoreña. Analista político.

Rafael Paz Narvarte.

Departamento de sociología. Universidad de El Salvador. Académico

David Ernesto Panamá.

Fundador del Partido ARENA

Blanca Flor Bonilla.

Diputada del FMLN

José Chacón.

Analista político

Juan Héctor Vidal. E

Ex -director de Asociación Nacional de la empresa Privada

Orlando Cocar.

Gerente del instituto de formación política e ideológica de ARENA.